



EN LOS
TORBELLINOS
DEL TIEMPO

LA LLAVE DEL
DESTINO.

ALBERTO
VELEZ LEON

An abstract painting with a complex, swirling pattern of colors. The dominant color is a vibrant red, which is interspersed with bright yellow and deep blue. The overall effect is one of intense energy and movement, with the colors appearing to flow and swirl together in a chaotic yet rhythmic fashion. The texture of the paint is visible, adding to the depth of the image.

EN LOS
TORBELLINOS
DEL TIEMPO

LA LLAVE DEL
DESTINO.

ALBERTO
VELEZ LEON

EN LOS TORBELLINOS DEL TIEMPO



ALBERTO VÉLEZ LEÓN

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Todo era oscuridad. Las cortinas cerradas. La calefacción encendida a máxima potencia, emitía un ronroneo extraño. Solo una pequeña y parpadeante luz verde que delataba al teléfono celular encendido, rompía la monótona negritud de la habitación.

Faltaban 5 minutos para las 6 de la mañana.

Afuera hacia mucho frío. Viena era una ciudad que trasnochaba siempre; pero a esa hora todo era quietud. Desde la ventana el Danubio parecía un gran escudo azulino de acero bruñido que protegía a la urbe.

El despertador con su timbre hostigoso lo obligó a levantarse con un salto de la cama.

Tenía el tiempo justo para llegar a su oficina a preparar su conferencia, cada acción debía realizarse de manera cronometrada para evitar el atraso.

Mientras se afeitaba se puso a pensar en lo extraño de su sueño. Fue tan real y podía recordarlo en cada detalle, lo que no le había ocurrido nunca. La memoria de lo vivido en sus horas de sueño, en ese mundo onírico, era siempre difusa, inconexa, escasa. Generalmente las imágenes se le venían a la mente de forma fragmentada confusa, abstracta.

Seguía convencido de que la Piedra, no funcionaba, más allá de provocar una ensoñación.

Una ensoñación demasiado real, que no había podido sentir nunca antes.

Hoy era diferente. Había precisión en cada elemento, en cada color, en cada aroma, en cada rostro que podía recordar. Los diálogos sostenidos los tenía grabados, como si en realidad los hubiese mantenido hace apenas unas horas. En su boca se paladeaban aún los sabores de la comida servida en ese mundo irreal.

De repente un hilillo de sangre corrió por su mejilla.

—¡Maldita sea! —profirió Alfer Weise al sentir que la hoja de afeitar lo había lastimado.

Con agua caliente retiró los restos de espuma de afeitar de su rostro y tomó una toalla que quedó manchada de carmesí.

—¡Fue tan real! ¡Por todos los cielos casi podría jurar que había visitado

la China de la dinastía Zhou y que pude conversar con el propio Kung Fu-Tse! —pensó Weise mientras miraba su cara de cansancio frente al espejo. Parecía no haber dormido ni un instante y de hecho así se sentía, como si la noche anterior hubiera sido una de esas, de juerga hasta el amanecer, que con alguna frecuencia solía tener.

Después de acicalarse debidamente se sentó un momento en el borde de la cama. Los recuerdos se agolpaban en su cabeza y no lo dejaba pensar con claridad. Se aflojó la corbata que ya había anudado y dejó escuchar un profundo suspiro. Hoy sería su conferencia en el Auditorio de la Ciudad y necesitaba estar lo bastante lúcido para ser el de siempre: claro, conciso y contundente con la palabra; sus «3C» decía él mismo, con esa obsesión de transformar todo en un objeto mnemotécnico, ya en siglas, ya en acrónimos.

Los jades tallados, las tumbas subterráneas, las antiguas pagodas aparecían vívidas, los templos, las murallas, el espléndido palacio imperial y la enorme y ornamentada explanada en la que soñó conversar con aquel sabio, más conocido como Confucio, tenían más consistencia que aquello que recordaba de su viaje a la capital la semana pasada.

De repente se le congeló la sangre en las venas. Allí sobre la mesa de noche estaba ese pequeño objeto que cambiaría para siempre su vida.

Giró en medio de un remolino, su cabeza daba vueltas, se sintió mareado y debió colocar sus palmas sobre el colchón para no derrumbarse.

Sin duda alguna, no lo había soñado.

¡Ocurrió!

El maduro profesor de filosofía, amante de las búsquedas arqueológicas, el rock de los años 60 y el chocolate, temblaba como una hoja otoñal a punto de caer.

Creyó por un momento que se estaba volviendo loco y que sufría de alucinaciones; pero cuando extendió su mano hacia la diminuta pieza verde y la empuñó, el contacto del frío elemento lo volvió a la realidad. Esa era la prueba inequívoca de que durante la noche que acababa de terminar, él, Alfer Wilhelm Wise, había viajado a la china imperial del siglo VI antes de nuestra era.

Un dragón rampante de jade, de apenas 3 centímetros de tamaño, con la boca abierta y con el pelaje de su cabeza que parecía volar empujado por el viento, cuerpo escamado y ojos feroces era la certificación incontestable de su periplo y el propio Kung Fu-Tse se la había regalado.

—¡Abu!, gritó desesperado y salió en busca del único que iba a creerle.

CAPÍTULO II

La Petra Autem Sæculorum, se suponía que estaba compuesta de dos partes. Un mapa del mundo, bastante rústico, tallado como bajo relieve en arcilla cocida y que se rumoreaba que, tenía origen mesopotámico y lo otro, un artilugio de piedra articulado con dos ejes móviles que permitían ubicar fechas diferentes. Una parte no tenía sentido sin la otra y aunque la primera no fuera de roca sino una pieza de alfarería el conjunto fue denominado como la Piedra de los Siglos o más comúnmente Piedra del Tiempo.

La antigua piedra que el propio Alejandro Magno había tomado como botín en sus conquistas, en una de las batallas contra los persas junto al río Gránico, quienes la llevaban consigo en la creencia de que quien la portase sería invencible en la batalla. Contaban antiguos escritos que los persas ponían a custodiar la Petra a al menos cien hombres, los más bravos, los más fuertes; pero los persas desconocían que la roca móvil necesitaba de la tablilla de arcilla y por ello el verdadero funcionamiento de aquel peculiar objeto solo fue descubierto tiempo después por Tolomeo en Egipto quien la junto con la parte que había dejado a su custodia el gran Alejandro.

Años más tarde las dos partes llegaron a la antigua Bizancio a la que Constantino llamo Constantinopolis y que hoy es la bella Estambul a orillas del Bósforo ese estratégico e histórico enclave que divide el Mar de Mármara con el Mar Negro. Allí se la bautizó como Petra Autem Saeculorum: La Piedra de los Siglos. Un mercader llamado Ibrahim la llevó hasta Inglaterra que la puso, por un muy alto precio, al servicio de la dinastía Pendragón en la persona del propio Arturo. Se dice que, en las noches, quienes tuvieron la oportunidad de entrar a los aposentos del rey, constataron que este no se encontraba en su lecho, aunque los guardias aseguraban que nunca había salido y que no había puertas o ventanas emergentes por las cuales pudiera haber abandonado el recinto. Simplemente se esfumaba. Nadie supo nunca cuál era el destino del monarca o el lugar al que se dirigía en esas horas nocturnas.

La Piedra, eso está claro, solo confió sus secretos a unos cuantos: Su creador; quizás Ptolomeo, posiblemente Arturo y estaba esperando a que un nuevo destinatario la usase y diera rienda suelta a sus poderes ocultos.

«La Piedra podía descerrajar los aldabones del tiempo», se aseguraba; sin embargo, nadie sabía si era verdad y si lo era, en que forma lo hacía.

Las historias acerca de ella eran diversas. Estaba aquella que la ubicaba, en cuanto a origen, en Mesopotamia en tiempos próximos a los del rey

Hammurabi; pero también estaba quien decía que se originó en el Egipto de los tiempos hebraicos y que su creador fue el mismísimo “Maestro de los Maestros” Hermes Trimegisto al que los hombres del Nilo conocerían – asignándole carácter divino-como Thoth.

Alfer Weise había leído tanto sobre aquellas dos piezas de materiales distintos que constituían uno solo y le encantaba imaginar que en realidad tenía capacidades mágicas; pero él era un científico, un investigador y sabía que las leyendas antiguas eran eso, solamente leyendas. No obstante, leyó de cabo a rabo el Kybalión y memorizó sus “7 Principios Herméticos” pues creía a pie juntillas que en aquellos saberes estaban algunas de las respuestas que le serían requeridas en su búsqueda: la búsqueda de la Piedra de los Siglos.

El primer principio que reza que “Todo es mente” y vivimos un universo mental en el que El Todo hace que vivamos en sus pensamientos. En esa noción el tiempo no existe sino en los pensamientos del Gran Mentalizador. Por lo tanto, en esa mente viven todos los momentos y todas las épocas.

El segundo principio también le pareció tener un mensaje propicio para cumplir su objetivo: “Como es arriba es abajo” y pensó que estos niveles de correspondencia entre lo micro y lo macro, entre los niveles existenciales, nos abre la mente a los mundos desconocidos, que si la luz de una estrella muerta nos trae la luz que surgió hace milenios, nosotros – o los hechos terráqueos- proyectamos también una luz que puede ser percibida más allá del tiempo y por lo tanto basta con encontrar la forma adecuada de encontrar esa luz proyectada que pervive más allá de su elemento generador.

El tercer principio pareció hablarle: “Todo se mueve, todo cambia, todo vibra” entonces el tiempo también en una manifestación vibratoria en la que de encontrar la sintonía adecuada podemos entrar por sus diferentes puertas.

Cada cosa es bipolar; es dual. Nos hay verdades absolutas. Por lo tanto el tiempo es también relativo y puede ser recurrente. El Principio de Polaridad es entonces otro anuncio de que grandes verdades se ocultaban en el saber hermético, analizaba Weise, inquietándose cada vez más. Sin duda el Kybalion lo estaba, de alguna manera, enlazando con la Piedra de los Siglos pues había un viejo adagio sobre ella: “Tú no la buscas, ella te busca”.

Alfer, repitió en silencio el quinto principio. “Todo se mueve de forma Pendular” las cosas van y regresan en un movimiento simétrico y proporcional. El tiempo ido ¿tendría la posibilidad de regresar?

Karma le dicen los hindúes, bumerang prefieren llamarle algunos, pero la “Ley de Causa y Efecto” el sexto de los principios de Hermes parecía no tener

relación con el tiempo salvo en el efecto que las acciones provocan que necesitan de un vehículo: la acción temporal. Acaso esto más que una interrogante sería una respuesta, se repetía el profesor de filosofía.

Terminó su recitación con el “Principio de Generación” por el cual todo se crea, todo ocurre, todo nace. ¿Será por eso que a la Petra Autem Saeculorum también se la llamó la Roca del nacimiento?

—¡Si la Piedra me busca —espetó esta vez de manera audible—yo haré que me encuentre!

CAPÍTULO III

Alfer Wilhelm Wise, era como todo austríaco, un devoto natural de la música, la danza y los museos. Amaba caminar por su ciudad y detenerse siempre en sus lugares favoritos.

El quedarse a leer los diarios frente a un café fuerte y disfrutar de una doble porción de Sachertort en cualquiera de los restaurantes locales, no tenía precio. Visitar el Palacio Imperial, la iglesia Kirche am Steinhof, el Teatro de la Ópera o recorrer lentamente las galerías de ese museo que tanto visitaban los turistas y que a él le parecía especial el Kunsthistorisches, eran su diversión más frecuente. Dentro de casa los libros de filosofía, historia, arte antiguo, arqueología y otros, desfilaban por sus manos ávidas y hacían que sus ojos color miel saltasen de la emoción al devorar a Platón; Aristóteles; Séneca; Kant, Heidegger o Sartre, lo mismo que Herodoto o Flavio Josefo.

Vivía solo, su compañía era un gato viejo y melindroso. Se había divorciado hace tiempo y tenía tres hijos a los que escasamente visitaba, aunque los amaba entrañablemente. Era un reputado profesor en la Universität Wien en la cátedra de Filosofía Pura.

A veces tocaba el piano -de forma básica-pues había aprendido de oído; pero su sonido lo transportaba y disfrutaba mucho hacerlo, aun si el resultado no fuera de excelencia, en esas tardes tristes y frecuentes disfrutaba de pintar y escribir; los típicos hobbies de un solitario.

La barba recortada y prematuramente blanca le hacía parecer algo mayor. Tenía el rostro más bien redondo y siempre andaba un poco pasado de peso por su afecto a las golosinas, que consumía en especial, cuando estaba nervioso o algo le daba vueltas por la cabeza y necesitaba sacarlo.

Su primer hijo lo tuvo antes de tener 18 años -una de esas locuras de juventud, el segundo llegó 12 años más tarde y el último 8 después. No había sembrado ningún árbol; pero en compensación había tenido tres hijos y escrito 6 libros.

Amaba con locura –con cordura le corregía ella, de profesión psicóloga-a una mujer madura profesional y bella con la que solía quedarse 3 o 4 días de la semana. A ella también le encantaba viajar; descubrir; soñar y además compartir sus inquietudes intelectuales.

Había encontrado su otra mitad algo tarde, pero valía la pena. No sabía que de su mano correría la aventura más grande que jamás se hubiera imaginado.

Samira Faruk, era hija de emigrantes libaneses radicados en Francia y aún adolescente vivió –por las labores de su padre, gerente de la sucursal de un importante banco, en el norte de África. En Marruecos se enamoró del mar, desde las aguas límpidas de Nador en el Mediterráneo hasta los exóticos y agrestes arenales de Tarfaya y su belleza salvaje, precisamente allí donde el fabuloso Sahara se asoma al mar Atlántico, en ese beso casi imposible de desierto y humedad.

Samira se casó 2 veces con hombres que nunca fueron lo que ella esperaba de un esposo: Apasionado, aventurero, intelectual y romántico. ¡Qué pedía demasiado! le decían sus amigas, que ese tipo de personas no existía y que de haberlas sería en el cine y habría que sacarlas de una película de Indiana Jones.

En esos años mozos en Casa Blanca, ad-Dār al-Baīḍa en el dialecto marroquí, soñaba con viajar de la mano de ese hombre barbado, fornido, instruido, culto y caballero; pero no llegó. Se casó a los 19 con Abdesalam Bassir un hombre de negocios demasiado ocupado para atenderla ni en la aventura, ni en la cama.

Un fracaso total, aunque tuvo 2 hijos, lo único rescatable de su matrimonio. En ese ínterin estudió Psicología y se volvió devota del psicoanálisis: Leía con fruición a Freud y Lacan. Entonces llegó el segundo error ya de vuelta a Francia. Un vago, un don nadie, cuya intelectualidad llegaba apenas a la lectura del diario. Se había enamorado de él por su afecto a las motocicletas en las que regularmente competía. Tonto pero aventurero, se dijo a sí misma, pero fue más lo primero que lo segundo. Hombre de escasos modales, de poca cultura, terminó hastiándola.

Murió antes de que ella, que lo aborrecía, pudiera dejarlo. Entonces, la soledad, el vacío, la nada, ese estado de levedad y exclusión que la viudez provoca, la engulleron.

Pero no hay males eternos.

Alfer Weise dictaba una conferencia en la Universidad de Lyon esa tarde de hace ya tres años. La solitaria Samira acostumbraba mirar las carteleras de eventos universitarios para tener algo en que ocupar sus momentos libres, plagados de aburrimiento y monotonía. Ella nunca había sido muy buena en comprender la filosofía, así que se decidió asistir para ver si alguien lograba conectarla con aquella disciplina que le era tan esquiva y poco atrayente. ¡Una charla de filosofía, hay que no tener algo que hacer! Había pensado; sin embargo, fue.

Weise no era el hombre ideal a simple vista; mas cuando empezó a hablar, le gustó esa pasión que ponía en cada frase, la forma en que gesticulaba en el escenario, su conocimiento del tema.

Al final de la charla “La Escuela de Mileto”, se acercó para adquirir uno de los libros del doctor Alfer Weise y pedir que se lo autografiase.

Fue como el intercambio de luces que hacen los autos en la noche. Se miraron y al instante se atrajeron como imanes desde sus polos opuestos.

—¿Para quién? —preguntó el austríaco, tomando su pluma fuente.

—Samira, por favor.

—Samira es un nombre árabe que significa Princesa ¿lo sabía?

—Usted está equivocado Doctor, la palabra amira en árabe significa princesa.

—Vaya disculpe mi error, a veces no sé dónde tengo la cabeza ¿pero tiene usted ascendencia árabe?

—Sí doctor, tengo ascendencia libanesa.

—¡Tiene precisamente el tipo tan especial de la mujer de Líbano!

—¿Y cómo es ese tipo...?

—Alta, blanca, ojos almendrados de color pardo, cejas espesas y bien formadas, esbelta, de voz cálida...

—Vaya Doctor Weise, acabamos de conocernos y usted casi ha hecho de mí una pintura al óleo

—Pues le comento que, en mis horas de ocio, pinto.

—Mmmm, es una caja de sorpresas señor filósofo —añadió y ambos rieron.

—Samira... ¿qué le parecería un café y una buena conversación, cuando termine de firmar estos libros?

—Los esperaré aquí mismo, en el auditorio, en tanto hojeo su obra Alfer - se apresuró ella en responder sin esperar ruego o insistencia.

Así comenzó. Desde ese momento se volvieron cómplices y aunque estaban a 1.200 kilómetros de distancia se visitaban con frecuencia. Poco después ella consiguió trabajo como consejera en Viena, pero no se mudó al apartamento de Alfer. Odiaba los gatos y él no se desprendería de una mascota que lo había acompañado durante 12 años. Habían diferentes formas de amor y ella lo entendía, así que prefirió concederle su espacio. Weise era de esos individuos que necesitaba mucho lugar, ya para pintar, ya para sus instrumentos —su piano, en especialy para vivir a plenitud lo que él llamaba: su ordenado desorden, pues, aunque todo parecía estar patas arriba, Alfer sabía exactamente su ubicación.

No vivir juntos a tiempo completo no fue obstáculo para que compartiesen la pequeña casa que Samira había rentado en Ottakring cerca del mercado Brunnenmarkt. Alfer se quedaba en la última parada del metro U3 y caminaba un poco, generalmente se quedaba desde la noche del jueves para que estuvieran juntos el fin de semana. Viajaban mucho, reían mucho y se amaban mucho con el cuerpo y con el alma.

Alfer y Samira habían pensado que el amor verdadero ya no llegaría y que sus respectivas vidas transcurrirían entre la molición, el aburrimiento y la inacción. Estaban equivocados.

CAPITULO IV

Ese día y luego de repasar los siete secretos de Thot, Alfer Weise abrió unos cuantos correos en su ordenador personal, uno de ellos era el de su viejo y dipsómano amigo Abubakar Adom, “El Egipcio” como lo llamaba de forma coloquial.

Abubakar era un sexagenario comerciante de El Cairo que se especializaba en conseguir, a precios especialmente módicos, reliquias y antigüedades de cualquier parte y para esto viajaba constantemente por lo que se llamaba a sí mismo “ciudadano del mundo”. Tenía profundas ojeras, cejas pobladas una barba larga e hirsuta que dejaba entrever –entre el pelaje-una piel del color de las aceitunas oscuras.

Tenía dedos largos como los de un artista y las uñas algo desprolijas. Caminaba con un andar cansino, casi arrastrado. Le resultaba difícil adoptar una posición horizontal adecuada y eso hacía que sus vecinos le motejasen como “el dromedario” porque su cabeza y su incipiente calvicie sumadas a la gran joroba le dieran el aspecto del lomo de aquel animal del desierto.

Adom era un gran conocedor de la historia del arte antiguo y sus saberes se remontaban a las primeras culturas que poblaron el delta del Tigris y el Éufrates. Cualquiera que quisiera comprar o vender una pieza antigua debía consultarle para no ser timado o conocer simplemente el verdadero valor de un objeto. Pero que fuese un experto no lo eximía de cometer de vez en cuando errores garrafales, como el de aquella ocasión en que hizo que su amigo Alfer Weise adquiriera unos manuscritos que se decía tenían un valor cultural incalculable y que eran tan trascendentes como los de Qumrán o los evangelios gnósticos de Nag Hammadi.

Se los vendieron –y así lo certificó Abubakar- como textos que revolucionarían el cristianismo y resultaron ser simples copias contemporáneas hechas en papiro antiguo. Muy bien trabajadas y capaces de confundir a los letrados en el tema; pero falsos al fin.

El Dromedario era buen conversador, como lo suelen ser casi todos los vendedores y él era uno de los mejores. Quienes le conocían solían decir que “hablaba hasta por los codos” en una forma graciosa de decir que a veces hablaba más de la cuenta; empero cuando hablaba de arte pretérito, de piezas

egipcias, asirias, babilónicas, caldeas, sumerias o acacias, se transformaba en el erudito que en verdad era, mostrándose como el hombre sapiente, instruido y conocedor de ese pasado que le enorgullecía. Había algo –eso sí– que le había atormentado una parte importante de su vida: la dependencia del alcohol. No había día en que no bebiese al menos unos cuantos tragos y a veces toda una botella-

—¡Para comenzar bien el día! –repetía cotidianamente, al ingerir su primer vaso muy por la mañana-. ¡Para la buena suerte! –brindaba más tarde-. ¡Para la tristeza! –balbuceaba en medio de su frecuente soledad-!. ¡Para los buenos negocios! –soltaba en medio de carcajadas que enmascaraban su verdadero ser interior, el de un hombre que no tenía más parientes que su arte y más amigos que el alcohol. Egipto es un país islámico, pero fabrica su cerveza, aunque no se consiga en todas partes, excepto los hoteles internacionales. Abubakar siempre se procuraba cantidad suficiente de birras Stella que consumía en tazas tradicionales de té y así cuando sus clientes entrasen a la tienda no se incomodarían al ver a un “muslim” beber.

De vez en cuando se hacía con una botella de Obélisque que le gustaba saborear lentamente. Pero Adom no era en realidad musulmán ni le preocupaban los mandamientos del Corán. En sus lecturas había ido descubriendo que Dios no estaba en las páginas de ese libro sagrado; pero tampoco estaba en ningún libro de religión alguna.

Quería creer, aunque no podía hacerlo, lo que lo transformó en una suerte de agnóstico que después, sencillamente dejó de creer en que hubiera una fuerza superior o una deidad que regía los caminos de todos. Por su educación tradicional parece que en algún resquicio de su “yo” más profundo, las dudas lo atormentaban y solía decir en tono de broma y ante los extranjeros que no profesasen la fe del islam y que por tanto no le juzgarían:

—Soy un ateo temeroso de Dios.

Pero como podía creer si había perdido todo lo que un día amó. ¡Dónde estaba Dios en esos momentos! solía interrogarse. El egipcio tuvo una hija, tenía en los ojos los destellos de luz de los de su madre, el cabello negro como ala de cuervo y la piel blanca como su abuela materna que vino de Libano. Un día por robar su tienda la mataron, dos extranjeros drogadictos que necesitaban dinero y pensaban hallarlo en su caja registradora.

Ella quiso interponerse en el atraco y fue golpeada en la cabeza con tanta brutalidad que su cerebro quedó expuesto. Farah tenía apenas 16 años. Su mujer nunca se lo perdonó, decía que una niña nunca debió quedar a cargo del

negocio, y un día se fue para Ŷumhūriya Al-Lubnāni, el hogar materno y no volvió nunca. Ese día comenzó a beber de una botella que un cliente había olvidado en su tienda. Se dio cuenta que con un par de tragos todo era más tolerable y así se acostumbró a vivir. Bebiendo en un país y dentro de una religión en las que no se debía beber.

Sus antiguos amigos mahometanos por supuesto evitaban hablarle, porque, aunque no tomaba hasta perder el equilibrio, menos la consciencia, era un secreto a voces que era un “vicioso” y así un mal musulmán.

Por ello Weise era uno de esos escasos seres humanos a los que podía llamar “amigo” aunque no precisamente lo eran, pues lo suyo era más bien una relación comercial afectuosa; sin embargo, en medio de ese mundo sin querencias que le había tocado vivir en el tramo final de su vida, Alfer era lo más parecido a un amigo que se podía tener.

Alfer al igual que él, disfrutaba del ahwa turki, el café turco que siempre bebía como a su madre Fátima le gustaba. Ziada, muy, muy dulce. Y, claro, en ocasiones, algo de licor venía bien incluso en el café. Alfer tomaba poco, pero en algunas visitas que hizo al Cairo le acompañaba con ese café cargado de “espíritu” como aseveraba “el dromedario”. Las tertulias pronto tendrían la oportunidad de reeditarse porque Abubakar había conseguido información muy importante para Weise y esa misma tarde le había escrito un correo, que ya el destinatario había leído:

—Querido Alfer —decía el texto—, creo que he encontrado eso que has estado buscando desde hace tiempo, pienso, ahora sí, que La Piedra existe, que no es un mito y que alguien a quien podemos acceder la tiene. Me parece prudente que cuanto antes viajes al Cairo y podamos armar la estrategia para conseguir, eso que me has dicho que para ti sería tan importante.

—Apreciado Abu —saludó Weise en respuesta, llamándolo por la forma corta de su nombre—, no puedo creer que lo que me dices sea cierto; pero para ganar tiempo ¿por qué no me das datos por este medio y algo, quizás, podríamos adelantar? ¿Cuéntame si La Piedra está en Egipto?

—Amigo, es imposible arriesgar esta operación dándote detalles por este medio tan vulnerable, creo que me he excedido aun en hacértelo saber por este correo. En todo caso ¿puedes venir?

—¡Cuánto antes Abu! creo que la información que me tienes vale ese viaje y así podemos aprovechar para comer Kushari aderezado con Shatta. Extraño ese sabor intenso y picante.

—¡Y de postre Mahalabeya! —propuso y continuó— Espero confirmación de

tu fecha de llegada para hacer los preparativos. La Piedra no está en este país; pero su propietario estará un par de meses por estas tierras, así que debes apresurarte si queremos contactarlo.

CAPITULO V

El Aeropuerto Internacional del El Cairo, estaba tan concurrido como siempre. Había sido inaugurado en 1945, apenas terminada la Segunda Guerra Mundial. Alfer desembarcó en la Terminal número 2. Había leído en alguna parte que al año llegaban casi 15 millones de pasajeros. Gente ávida por conocer el valle de Ghiza y sus pirámides. El puerto aéreo quedaba a 22 kilómetros del noroeste del El Cairo y se podía acceder a él por la Joseph Tito St. Pronto el profesor de filosofía, aventurero y arqueólogo aficionado llegó a la ciudad y al desorden de siempre. Si una palabra definía a la capital egipcia, era: caos.

Gente vendiendo mercaderías a gritos, un tráfico infernal y desordenado, calles y callejas sucias y anárquicas. Quien la visitaba por primera vez se llevaba una sorpresa, pues siempre los destinos turísticos de primer orden suelen ser paradigmas de organización, limpieza y atención solícita. El Cairo por el contrario estaba llena de embaucadores que buscaban aprovecharse del turista intentando vender desde la máscara mortuoria original de Tutankamón a un simple paseo en camello que termina con la foto de recuerdo.

Esa misma tarde y antes de su reunión con El Egipcio pensaba comprar algunos papiros con jeroglíficos, un par de artículos de cobre y quizás una maqueta de las pirámides como souvenir para Samira. Pensaba visitar el bazar Khan al-Khalili, donde ya anteriormente había adquirido una cómoda chilaba que usaba en sus días de ocio en casa. Weise sabía que si quería un tiempo para baratijas y recuerdos esto debía ser antes de su encuentro, pues una vez impuesto en la búsqueda de la Piedra de los Tiempos, cada segundo sería ocupado en el objetivo propuesto.

La tienda de Abubakar Adom estaba ubicada a apenas una calle de Corniche an-Nil una de las más prestigiosas avenidas de la ciudad en la que se podía encontrar toda clase de cadenas comerciales y marcas de prestigio, por ello era una zona segura a la que Alfer se dirigía sin precauciones mayores. Había olvidado que en verano las tiendas en su mayoría cierran de 12.30 a 4 de la tarde por el calor insoportable. Aquello le retrasó un tanto para realizar sus compras, pero “el dromedario” lo esperaba. Llegar antes no hubiera tenido sentido porque la tienda de Abubakar estaba llena de gente y hubiera

resultado imposible la conversación.

A las 6 en punto las campanillas de acceso anunciaron su llegada.

Se dieron un fuerte abrazo luego del que Abu comentó, no sin antes cerrar por completo su negocio:

—No te hubiese reconocido si no llevases en la mano tus chucherías de siempre. ¿No te cansas de comprar baratijas querido Alfer? ¡Y si las compras; deberías comprarlas al menos en mi tienda! —le sermoneó con una enorme sonrisa que, dejaba ver sus dientes amarillentos por el cigarrillo, que también le había amarillado los dedos delatándolo como viejo fumador.

—Abu... ¿y tú no cambias tu terrible sentido del humor? —bromeó también el recién llegado.

—Acomoda esos abalorios en alguna parte y siéntate. Te traeré un té para que te relajes porque lo que voy a decirte es muy importante. A propósito ¿cómo está tu novia?

—Pues muy bien siempre en sus lecturas de temas de psicología y sus estudios, pretende hacer un doctorado en breve.

—Me alegra amigo, ella es la que te nivela, y te ha dado nuevos bríos; pero a lo nuestro...

Alfer puso lo que había comprado sobre una mesa. Se repantigó en un mullido sillón y tomó luego el té que su anfitrión le había ofrecido. Lo bebió a sorbos muy lentos. Era un excelente remedio para el calor aunque no lo pareciera. Las tribus en el Sahara lo beben siempre y mantienen sin problemas una temperatura corporal adecuada afirmaba El Egipcio.

En la mesa junto al sillón se había servido Halawa con nata que el visitante no tocó intrigado por lo que iba a escuchar.

—La Petra Autem Saeculorum querido amigo está a muy buen recaudo en una bóveda de un banco suizo...

—Y como sabes que se trata de ella —interrumpió Alfer cada vez más ansioso—.

—¡Toma! —resolvió lacónico el dueño de aquel lugar, en tanto le extendía varias fotografías impresas en papel corriente.

—¡Dios mío! —exclamó asombrado el profesor—.

—¿No eras ateo?

—¿Cómo las obtuviste? —respondió el viajero sin tomar en cuenta el comentario de su anfitrión y casi exigiendo una respuesta inmediata—.

—Su dueño me las envió por correo electrónico.

—¿Y si es una farsa y el artículo que muestra las fotos es falso como los

rollos que me recomendaste comprar alguna vez, Abu?

—Dime... ¿alguien conoce la forma de la Piedra de los Siglos? ¿Hay un dibujo en alguna parte?

—¡Pues no! —sentenció el europeo.

—¡Solo un estudioso del conocimiento hermético podría saber la forma real de la Piedra de los Siglos y después de un riguroso estudio y seguimiento de los antiguos textos, solo ahí podría determinar como son las dos partes que la constituyen!

—Pero podría tratarse de un estudioso, de un iniciado que sin embargo quiera estafarnos.

—Es un riesgo que debemos correr -concluyó el jorobado mercader-. Es eso o no volver a saber de la Piedra de los Tiempos.

—¡Escríbele entonces y dile que mañana lo visitaremos! —asintió decidido Weise, mientras se animaba a probar uno de los dulces con nata.

CAPÍTULO VI

Los recibió en el lobby del Four Season Cairo at Nile Plaza.

Donatien Fablet era un acaudalado hombre de negocios francés de origen bretón. Vestía de lino perfectamente blanco, pantalón y camisa arremangada, lucía impecable, aunque con la ropa algo arrugada por la propia naturaleza de la trama y el hilo. Usaba barba de perilla, lentes redondos de armadura dorada y sus manos, también muy blancas, tenían esas manchas que asemejan grupos de pecas y que son huella manifiesta de la edad. Tendría aproximadamente sesenta y cinco años, contextura atlética, cabello gris plata.

Era hombre de modales refinados lo que se percibía a simple vista por su manera acicalada de sentarse y su tono de voz mesurado y algo fingido. No llevaba medias y calzaba mocasines náuticos que le daban un aire de capitán de velero que había olvidado su gorra. Al pulso un brillante Cartier, se hacía notar.

—Salut —dijo en tono desenfadado para recibir a Alfer y Abubakar, mientras hacía el gesto de levantarse del sillón y estiraba su mano.

—Bonjour —respondieron casi al unísono extendiéndole las diestras sin permitir que el francés se pusiera de pie.

—Desean beber algo —propuso el huésped del hotel-, hace un calor insoportable y creo que nos vendría bien algo helado.

Pese a la sugerencia los recién llegados pidieron el tradicional té caliente, infaltable en cualquier reunión egipcia. El de origen bretón ordenó gaseosa dietética.

—Un millón de euros —pronunció solemne Fablet una vez servidas las bebidas y sin necesidad de ser interrogado aún, sobre el tema que allí los reunía, mostrando que era un hombre de negocios que no se andaba por las ramas.

—Vaya que es directo —comentó el egipcio mirando a Alfer y girando luego la cabeza para detenerse en el hombre de blanco.

—Un millón de euros es un montón de dinero —comentó Weise con gesto adusto-. Esa no es una cantidad fácil de reunir.

—Las obras de arte se cotizan en decenas de millones, podríamos decir que este objeto, en el mundo en el que yo me muevo, es una baratija —aseveró Donatien adquiriendo un tono despectivo y perdiendo algo de su compostura-. Recuerden que este artículo era venerado por los persas que le asignaban la capacidad de volverlos invencibles, también cuenta la leyenda que permite

romper los cerrojos del tiempo, abrir puertas temporales, aunque el mito, obviamente, no dice cómo hacerlo –rió el francés sin mucha gana.

Abu y Alfer se miraron como si aquello hubiese estado establecido en un guión previamente acordado y al verse a los ojos los dos supieron lo mismo: ese hombre no era un iniciado, ni un erudito real, ni un hermético. Era un simple comerciante y Abu, también lo era y mejor que cualquiera.

—Nos permite un momento Monsieur –se excusó Abu al tiempo que tomaba del brazo a su amigo y lo conducía unos metros más adelante-.

—¡Vamos a ofrecer doscientos mil euros, no más, por La Petra mi querido Alfer! ¡Esta es la tierra del regateo y hoy te voy a demostrar cómo funciona!

—¡Pero ha pedido un millón Abu, es imposible que se resigne a perder tanto; además no tengo tanto dinero!

—Él va a estar en Egipto un mes y el traspaso de la piedra debe ser personal y contra entrega del dinero, así que tienes un mes para reunirlo –concluyó el jorobado bajando el tono de voz al nivel de quien susurra un secreto-.

—Intentémoslo –asintió el profesor de filosofía, para volver de inmediato y del brazo de su amigo Abu hacia el sillón| en el que el francés se encontraba-.

—Muy bien Monsieur, hemos conversado con el Doctor Weise y creemos que la pieza que usted posee no vale más de cincuenta mil euros.

—¡Pero usted está loco mon ami! ¡Me está insultando! ¡Acaso me confunde con un falsificador de papiros, con un mercader cualquiera! ¡Por ese precio ni siquiera le vendería la fina caja en que La Piedra se encuentra contenida! ¡Por menos de ochocientos mil euros no vendería jamás tan valioso tesoro y eso en consideración a que el Doctor Weise como académico le dará un mejor uso que yo, que incluso ya no tengo donde poner o exhibir la reliquia! Solo por eso hago un descuento tan sustancioso. ¡Nada menos de ochocientos mil!

—Mire Monsieur Fablet, sobrevalorando la pieza y por el interés científico que mi amigo tiene sobre ella, estaríamos dispuestos a pagarle ¡setenta y cinco mil euros, ni un centavo más!

—¡Usted me continúa insultando señor, creo que de este modo no podremos avanzar en la negociación! ¡Aceptaré setecientos mil y es mi última palabra! –sentenció el galo, de modo que parecía ser concluyente, mientras hacía falsos ademanes de querer abandonar el lugar-.

—¡Cien Monsieur, cien mil euros, no disponemos de más!

Alfer miraba el ir y venir de comentarios y prefirió no decir palabra.

—¡Ya que me he tomado la molestia de recibirlos y porque mi tiempo vale oro y lo estoy perdiendo, serán quinientos mil!

—¡Nuestro tiempo es muy valioso también señor, no solo el suyo y para no pasar otro momento tan tedioso como éste, mi oferta final será de ciento veinte y cinco mil euros contra entrega de la pieza!

—¡Trescientos mil, tómelo o déjelo!

—¡Docientos, Monsieur Donatien Fablet y avísenos por correo porque tenemos prisa y no obtendrá de nosotros un décimo más! ¡Caso contrario, encuentre otro comprador! ¡Au revoir! —se despidió el egipcio arrastrando a su amigo hacia la puerta giratoria del hotel.

—Qué haces —alcanzó a mascullar Alfer increpando a Abu.

—Tu tranquilo, sé lo que hago —respondió mientras avanzaba hacia la puerta sin mirar atrás.

Estaban por atravesar el acceso al lobby cuando escucharon la voz fuerte del francés que para aquel momento ya había abandonado sus poses y su voz estudiaba.

—¡Está bien! ¡Acepto!

Lo demás fue trámite puro y establecieron una fecha para su encuentro en Suiza donde entregaría La Petra a sus compradores.

Alfer volvió dos días después a su hogar en Viena y “el dromedario” retornó a sus negocios junto a Corniche an-Nil.

CAPÍTULO VII

En el equipo de audio sonaban los acordes de una canción de Charles Aznavour. La ventana abierta dejaba pasar la brisa suave del Sena. Afuera la tour Eiffel se dejaba ver iluminada y majestuosa. A lo lejos la ciudad del amor lo era también del pecado y los excesos.

Donatien Fablet, buscó entre los contactos de su teléfono celular e hizo una llamada.

—Docientos mil —dijo en su peculiar estilo de lanzar los números, antes que nada-. ¡Pero lo hubiera dejado en cien!

—¡Por supuesto imbécil, lo que importa es deshacernos de ese objeto, podías regalarlo si era necesario! —dijo una voz a gritos al otro lado de la línea. Era una voz chillona, muy aguda con marcado acento oriental.

—¡No es para tanto Madame Xing! —dijo con tono melifluido el francés queriendo aplacarla-. Mañana mismo arribarán los compradores a Ginebra, yo por la madrugada tomaré un vuelo y coincidiremos a medio día en el banco.

—¡La Piedra debió haberse ido hace más de un mes, pero tu maldita necesidad de permanecer en Egipto haciendo negocios de poca monta ha impedido que ese artefacto maligno esté lejos de mi familia! Ni aun guardándolo en Suiza su influencia ha dejado de perseguirnos e irnos menguando uno a uno. ¡Soy la última de la dinastía Xing y pienso estar en este mundo mucho tiempo más! Y, además, haberte demorado 30 días en darme esta simple información preliminar es algo que debiste pagar con la muerte. ¡He sido demasiado magnánima contigo!

—¡Mañana se terminarán sus dolores de cabeza Madame, eso se lo puedo asegurar!

—¡Más te vale o el tiempo de vida que te quede, será insoportable! ¿Me entiendes?

—Está claro Madame.

Para cuando el francés dijo la última frase, la mujer ya había cortado la llamada. Fablet nervioso tamborileaba los dedos sobre la mesita contigua al sillón desde el que miraba la noche de la Ciudad Luz. Apuró su copa de coñac casi atorándose con su contenido. Hacía un poco de frío, pero una gota de sudor corrió por su frente. Si en algo estaba claro era, que, con la mafia china, nadie debía ni podía enfrentarse.

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando se dio cuenta en el lío que se había metido al ser intermediario en los negocios de una de las familias más

poderosas de Barrio Chino de Nueva York. Muchos le llamaban el clan Xing; pero ellos mismos preferían denominarse como la Dinastía Xing, aunque de aquella progenie de cuatro hermanos, solo ella quedaba.

Hacia Nueva York habían volado los mejores médicos del mundo, los especialistas más respetados se habían internado en el Barrio Chino para tratar de salvar a los Xing a quienes también conocían como la Hermandad del Loto, los más grandes traficantes de derivados del opio, posiblemente en toda Norteamérica. Nunca quisieron pisar un hospital porque sostenían que serían presa fácil de sus enemigos y que no saldrían vivos de una casa de salud.

Eran tantas las cuentas que tenían por pagar a las diferentes familias inmersas en el negocio, que solo en Chinatown se sentían seguros con el ejercito de servidores fieles que fácilmente entregarían la vida por protegerlos. La Hermandad, era casi una religión y los Xing, sus sumos sacerdotes.

—Lo que ocurre es que cuando la marca de la muerte se coloca en la frente de cualquier mortal, no hay lugar seguro y ella te persigue hasta alcanzar su objetivo, te escondas donde te escondas —habría dicho alguien al fallecimiento del tercer hermano.

Los Xing habían amasado una fortuna importante y eso les abrió las puertas para conseguir objetos valiosos a los que ellos eran muy apegados, especialmente si tras de ellos, habían historias mágicas o de poder pues su mundo lleno de supersticiones y creencias, les llevaban a convencerse de cualquier cuento que les asegurase más poder, más dinero... o más tiempo para disfrutarlo.

El primer “objeto de poder” con el que lograron hacerse fue “El Santo Grial” – o al menos eso que les fue vendido como tal-, aquel recipiente en el que José de Arimatea había recogido la sangre de Jesús en el Gólgota y que para otros era la copa en el que se compartió el vino en la última cena y que conforme al mito que llega desde Parsifal daba a quien bebiese de él, vida eterna. Si en efecto esa copa de barro que recibiera la familia Xing a cambio de casi un millón de dólares, hubiese tenido poderes de alguna naturaleza, seguro que en los diarios se hubieran escrito tres obituarios menos el de Tian Xing; el de Yun Xing y el de Shaoran Xing.

Al igual que con el grial, habían comprado, lo que decían era la Lanza de Longino o Lanza del Destino, esa pilum romana clavada en el costado de Jesús y que volvería al centurión –por la maldición de los cielos-un ser inmortal que vagaría entre los hombres sin poder encontrar la paz de un sepulcro,

saboreando cada día su dolor, su hastío y su soledad; pero esa lanza tenía también –en el campo mítico-poderes sobrenaturales o energías misteriosas como les llamó Trevor Ravenscroft un investigador del tema que incluso creyó que la lanza era poseída por entidades maléficas que traspasaban su esencia de maldad a su tenedor; mas si la perdías, tu muerte era segura. Así lo creyeron también los Xing que pronto se percataron que no tenía valor ni prestaba servicio alguno. Otra gran inversión sin frutos.

Finalmente adquirieron –después de muchos intentos por tener una verdadera reliquia con grandes atributos, que les garantizaría el dominio total del mercado de los opiáceos-La Petra Autem Saeculorum.

Nunca habían oído de tal tesoro ni estaban seguros de sus dones; mas el anciano que una noche llegó a ofrecérsela aseguró con su vida la mercadería que traía consigo.

—Les dejaré probarla esta noche antes de que ustedes me entreguen nada a cambio. Mañana por la mañana y después de que sepan lo poderosa que La Piedra es, negociaremos. Si por el contrario, esto que les he traído, para consolidar su fuerza y poder no satisface sus expectativas, aceptaré gustoso el pagar con mi propia vida. ¿Creen que es un trato justo?

Mayling Xing, la única mujer de entre los cuatro hermanos de la dinastía, respondió

—Si tienes tanta confianza que arriesgas tu vida para probar el poder del extraño objeto, creo que te daremos una oportunidad. Dormirás en uno de los cuartos de la servidumbre –vigilado por supuesto-y mañana ya veremos.

—Así será –respondió el anciano, mientras preparaba La Piedra del Tiempo para que entre en acción.

El anciano había pedido que solo quienes usarían el poder de La Piedra se quedasen. Lo hicieron todos los hermanos Xing.

Parsimoniosamente colocó la tablilla de arcilla cocida, que sacó de un estuche forrado en terciopelo, sobre una mesa que le había sido acomodada para ese efecto. Era una tablilla simple, parecía no tener nada especial. Era del tamaño de una bandeja para servir alimentos, pero plana y el dibujo parecía un mapa. Luego de un zurrón oscuro extrajo una caja que daba la impresión de ser de caoba. El objeto era de piedra, pero tenía en sus extremos dos ejes giratorios y un sinfín de caracteres extraños semejantes a los de la escritura cuneiforme.

—Cuál es su deseo más grande –interrogó el poseedor de La Piedra – Eso es indispensable para que podamos proceder. Ah sí... necesito saber quién de

ustedes la probará esta noche.

—No podemos ser todos –inquirió Tian con visibles muestras de temor.

—No. Uno solo –respondió el vejete.

—Seré yo, dijo Shaoran –poniéndose al frente y logrando con un movimiento de cabeza la aprobación de los otros, menos Mayling que permaneció inmóvil.

—Tú eres Shaoran ¿verdad? –interrogó el hombre que poseía el objeto de poder

—¿Y tú, ¿cómo lo sabes, nunca he dicho mi nombre?

—Sé muchas cosas gracias a la piedra; pero tu nombre lo saben todos en este barrio.

—Bien, procede anciano.

—¿Cuál es tu deseo más grande Shaoran?

—Riqueza ¡Infinita riqueza!... y con ella compraré todo el poder que también quiero.

—¿Estás realmente seguro? –insistió el viejo

—Lo estoy.

—Entonces ¡sea!

El misterioso sujeto dio varias vueltas a la roca de aristas móviles y empezó un canturreo extraño:

—Sham ga ata needel, vic al formur, atra sin doc paretec alan dur malsec sutan gar dadel, vic mar vic portri, vic catar, ung mol, sapur etnel falan.

Terminado el cántico colocó una cuña en uno de los pequeños orificios en el mapa de la tablilla arcillosa.

—Ya está –finalizó el extraño

—¿Y eso es todo? ¡No siento nada! –soltó con molestia Shaoran

—Ni vas a sentirlo

Los hermanos Xing comenzaron a reír y a mofarse del voluntario para el ritual. Shaoran indignado quiso en ese momento golpear al anciano, pero algo en su interior le contuvo.

—¿Qué clase de broma es esta? ¡Toda esta ceremonia para nada! ¡Debí haber aprendido mi lección, la magia ni los poderes ocultos existen!

—¿En verdad lo crees? –se animó a decir el vendedor de La Piedra.

—¡Eres un farsante! ¡Haré que mis hombres te pateen el trasero antes de lanzarte a la calle!

—Hicimos un trato y los tratos no se rompen, menos cuando la Petra Autem Saeculorum, La Piedra de los Siglos, está de por medio.

—Y entonces... ¿qué debemos esperar? —se interesó Yun.

—Qué transcurra la noche. Shaoran deberá llevar la piedra móvil a su aposento y simplemente dormir. Mañana me dirás cómo te fue. Recuerda solo puedes traer un objeto por viaje y que yo en el éxito de ese viaje he apostado mi vida.

—¿Qué quieres decir?

—¡Ya lo verás Shaoran, ya lo verás!

Todos guardaron silencio por un instante y fue Mayling quien rompió ese enmudecimiento repentino, luego de abrir la puerta de aquella habitación y llamar a uno de los guardias.

—¡Llévense a este hombre! ¡Denle de comer, asígnenle un catre y vigílenlo hasta mañana temprano en que lo veremos aquí mismo!

Pronto la Hermandad del Loto tendría la sorpresa más grande que pueda esperarse.

Los guardias se llevaron al sujeto por un largo y estrecho corredor y le asignaron una habitación con un camastro pequeño, una lámpara de luz amarillenta y un retrete con lavamanos a un costado. Parecía una habitación de presidio salvo que la ventana no tenía barrotes y daba a la calle, pero no se podía abrir. Afuera, luces de neón con grafías chinas identificaba a un restaurante cantonés. Una porción de cerdo agridulce y una taza de té, fueron la cena servida. De vez en cuando de afuera llegaba el ulular de las sirenas y una que otra voz que se perdía en el vacío cansino de la noche.

Tian; Yun y Mayling Xing., casi no pudieron dormir pensando siempre en lo acontecido en esa noche tan rara. Shaoran por el contrario se durmió de inmediato y soñó mucho... ¿soñó?

El hombre del camastro tampoco había podido pegar los ojos, la desesperación porque amaneciese le provocó una vigilia obligada. Lo levantaron con otra taza de té muy caliente.

—¡Bébela —le ordenaron-, antes de ir con los patrones!

Había en ese hombre, que aparentaba tener tantos años encima, una mezcla de alborozo y desasosiego, de sentimientos encontrados, que ni él mismo podía interpretar. Caminó con la cabeza gacha hacia la misma estancia de la noche anterior.

Shaoran lo esperaba sonriente, sus tres hermanos tenían rostros escépticos.

—Ven, acércate. No tengas miedo. Shaoram Xing hoy está más feliz que nunca y va a compensarte. Los del clan Xing perdieron su rostro de incredulidad cuando su hermano mayor extrajo de su bolsillo un doblón

español de oro puro que fue pasando de mano en mano. Luego de que todos comprobaron la autenticidad del metal lo bombardearon con preguntas.

—¿Cómo fue que conseguiste el oro? —fue lo primero que Mayling preguntó en tanto que sus hermanos se quedaban con la misma pregunta a medio decir.

—Bien..., pensé que lo había soñado y mi sueño transcurría en la España del siglo XV, los primeros instantes no entendía nada, pero de repente, hablaba español antiguo y me podía comunicar perfectamente...

—Poliglosia —dijo el viejo.

—¿Qué? —gritó Tian.

—Es otro de los dones que concede La Piedra. La poliglosia es la facultad de hablar muchos idiomas, todos diría yo, pues al lugar que viajes podrán entender y ser entendido luego de un muy breve periodo de adaptación — explicó quien ya había probado el don con anterioridad y por muchas veces.

Las interrogantes fueron muchas y muchas las explicaciones que mostraban cómo actuaba La Piedra. El cántico que debía realizarse, el manejo del mapa y sus cuñas, la rotación de la roca de dos ejes giratorios. Todo fue dicho hasta la minucia, salvo un detalle: nadie se había percatado del mechón blanco en el cabello de Shaoram y si lo habían visto ninguno pareció darle importancia.

—Bien, viejo, nos quedamos con la piedra y la pieza de arcilla —confirmó el Xing mayor-. ¿Cuál será tu precio?

—Tú, ponle un valor que consideres justo —balbuceó el anciano.

—Te daré 10.000 dólares.

—Creo que vale más.

El negro acero de una Browning de 9 milímetros brilló por un instante.

—¿Quizás prefieras esta otra forma de pago? —amenazó Shaoram.

—Esto es simplemente un regateo. Me parece justo lo que me ofreces.

—Veo que eres sabio viejo.

—Lo soy señor y debes saber que con este negocio lo demuestro sin lugar a dudas.

—Págale y que se largue —ordenó Shaoram a Yijie el guardaespaldas personal de Mayling.

—¡Gracias señor! —dijo el anciano con una sonrisa franca y los ojos humedecidos. Hizo una gran genuflexión y se retiró.

Shaoran Xing, se interrogaba porqué la felicidad de aquel hombre si le había pagado una miseria. La Piedra tenía miles de veces ese valor y aún así sería justo. Posiblemente tenía una enorme necesidad de dinero para que

accediera o se asustó demasiado ante la vista de la pistola.

El viejo con 10.000 dólares en el bolsillo caminó algunas cuadras hasta la armería más próxima. Compró una pistola de 500 dólares y regaló los otros 9.500 a un mendigo sin hogar que encontró en el camino.

—Estoy en paz-dijo.

Un estallido atronador, quebró la quietud del callejón.

Se hizo un orificio en plena sien que dejó salir un hilo grueso de sangre. El hombre primero cayó de rodillas con los ojos en blanco para luego golpear de bruces el pavimento del callejón.

En el fortín de La Hermandad del Loto, el cuartel general de los Xing, Mayling espetó:

—¡No debiste dejarlo ir hermano, no sabemos con exactitud cómo opera ese objeto y pueden surgir preguntas!

—Yo ya sé lo suficiente y voy a usar ese conocimiento —rió el del blanco mechón.

Así comenzó todo.

La dinastía Xing había descubierto el poder de la Piedra de los Siglos.

CAPÍTULO VIII

La ruta hacia el Charles de Gaulle se le hizo eterna. El chofer del Jaguar le dejó en la Terminal 2E frente a la puerta 14 donde recibían a los clientes de La Première de Air France. Hojeó unos libros de arte en aquella sala vip, con mobiliario rojo, blanco y gris de líneas contemporáneas.

—S'il vous plaît un verre de champagne –solicitó Fablet, siendo servido de inmediato por una bella mujer de pulcro traje azul con pañuelo rojo al cuello y una sonrisa que jamás se perdía.

Pronto estaría en el aire y si todo salía bien, la entrega de la Piedra de los Tiempos acabaría con muchas de sus preocupaciones. Sabía que Madame Xing no dudaría en eliminarlo si la transacción no se realizara ese mismo día, de hecho, casi lo manda a matar por el tiempo dedicado a su estancia en El Cairo. ¿Por qué era tan importante deshacerse de la reliquia? Fablet lo intuía, pero no lo sabía a ciencia cierta. Hace apenas 3 meses había sido presentado a la heredera única de la Hermandad del Loto, Mayling Xing y siempre lamentaría aquel día. Le pareció una mujer madura, bella e impositiva que no permitía que lo que dijese fuera contrariado. Las líneas de expresión no menguaban su belleza oriental clásica. Cabello totalmente lacio muy negro, delgada, de mediana estatura, labio carmesí siempre recargados de rouge y los ojos delineados con lápiz negro.

Parecía una figura sacada de los anime o de un juego de video de combate, popular hace ya algún tiempo. Usaba casi siempre un moño apretado y una peineta para adornarlo. Vestía Hanfus o Qipaos tradicionales. Lucía menuda, casi etérea; pero cuando comenzaba a hablar su don de mando era innegable y su rostro se transformaba en uno adusto y hasta marcial, tanto así que cualquiera la podía imaginar como una guerrera de la dinastía Wei del Norte, algo así como la mítica Hua Mulán de la que tantas historias se habían escrito.

En su primer encuentro el francés debió haber previsto el tipo de persona con la que iba a tratar cuando los guardias le ordenaron que agachara la cabeza cuando se dirigiese a La Emperatriz. Él quiso no hacerlo; pero un manotazo lo obligó. Ese día supo todo sobre ella: Qué era la sobreviviente de cuatro hermanos. Tres habían fallecido en circunstancias extrañas. Los médicos habían dicho que era un caso muy especial de progeria que estaba en los genes de la familia y que al contrario de lo que ocurre comúnmente con la enfermedad esta no había aparecido desde el nacimiento. Una especie de mutación –dijeron los especialistas-. Pero aquello era simplemente un rumor

no confirmado y Donatien lo escuchó con las reservas del caso.

El mundo de la mafia china era especialmente secreto y cualquier palabra de más podía costar la vida. Así que puso en práctica la recomendación que le dio Yijie, uno de los guardaespaldas de Mayling: Tú aquí debes ser: ciego, sordo y callado.

En esa primera entrevista la actual regenta de lo que fuera el Clan Xing, le preguntó si él estaba en capacidad de vender o ubicar un antiguo objeto que no podía entregarse a cualquiera ni destruirse, quien lo tomase debía conocer: qué era; qué hacía y las consecuencias de su uso. Qué su compromiso, desde ese día, no necesitaría suscribirse; sin embargo sería un contrato firmado con sangre y para ella, que no recibía un no por respuesta, Monsieur Fablet, pasaba a ser —de aceptarlo— un empleado más de la Hermandad del Loto.

El gallo no era un tonto. Sabía que el simple hecho de que se le hubiera permitido verla en persona y en su calidad de capo di tutti capi, como decían en la mafia italiana —para nominar al jefe de todos los jefes—, le hacía imposible negarse y de hacerlo sería hombre muerto.

Por supuesto, aceptó y en ese momento, la vida cómoda del marchand d'art adinerado que era, terminaba. Estaba a expensas de los ominosos designios de uno de los grupos más peligrosos del mundo. El dedo errático de la fortuna había dejado de tocarlo.

Tuvo una segunda ocasión de verla, poco antes de viajar a El Cairo. Era otra. De hecho, nunca había preguntado por su edad, pero la vio desmejorada, añosa, seca, las arrugas de su rostro habían dejado de ser líneas para ser surcos. La boca antes roja, le pareció marchita. Era tan erguida, tan firme y esa vez la vio tambaleante, frágil, tanto que podía romperse, aunque sus líneas eran más anchas y menos atractivas. Era como si hubieran pasado 20 años. Únicamente su ánimo dictatorial se mantenía enhiesto.

—Passager adresse votre vol... —escuchó decir a la hostess de la aerolínea invitando a abandonar la sala vip y tomar el vuelo. Ese instante dejó sus cavilaciones, que lo habían absorbido. La copa de champaña quedó casi intacta junto a su asiento. Respiró profundo y se encomendó a ese hipotético dios en el que a veces quería creer. Tomó su copia del parisien que no había abierto, se levantó y buscó resignado la salida.

Ya en el avión prefirió dormir. Su asiento se volvía una cama bastante cómoda, con almohadas de plumón. Pidió no ser interrumpido. Quería dormir un momento. La noche anterior no lo había hecho. En verdad, casi no lo hacía desde hace 3 meses. El cansancio lo venció y logró conciliar el sueño; pero

aun en ese espacio íntimo su inconsciente lo atormentaba y las imágenes de la ahora anciana china lo perseguían.

La nave surcó los cielos. Cada vez el destino estaba más cerca: Berna.

Un vuelo breve y un sueño breve.

El marchand se despertó sobresaltado. La azafata le ofreció algo de beber pidió una botella de Evian y un vaso con hielo. Restaban 10 minutos para arribar al destino.

En otra ocasión, hubiera primero pensado en su apetecido Birchermüesli y luego Röster, esa tortilla de patatas que no podía dejar de lado cuando visitaba Suiza. El queso Alpino y los chocolates, al igual que lo demás, quedarían para otra ocasión.

Abajo la ciudad del río Aare, deslumbrante y poética lo esperaba.

CAPÍTULO IX

Mayling llamó por teléfono al francés para verificar que sus instrucciones se estuviesen cumpliendo al pie de la letra; pero él ya estaba volando rumbo a Berna. Era un vuelo corto, de apenas seiscientos kilómetros, por lo que la china sabía que pronto la contactaría para darle un reporte.

Mientras esperaba el informe de Donatien Fablet, la mujer oriental, ahora Emperatriz del Loto, como se hacía llamar desde la muerte de sus hermanos, fue al tocador. Siempre se distinguió por estar bien maquillada y bien vestida. ¡Bella! Como ella misma solía decir. Al fin de cuentas era la dueña única de una red que manejaba cientos de millones de dólares en drogas.

Se miró al espejo y se apesadumbró al mirar las grandes bolsas bajo sus ojos, las ramificaciones de sus patas de gallo imposibles de disimular, los surcos en la frente, el cabello blanco, que pese al tinte, afloraba persistente, el temblor de sus manos, los grandes lunares por todas partes y su voz chillona que antes era dulce y delicada. Se notaba en esa imagen que era una mujer de al menos setenta años; ¡pero ella apenas tenía veinte y cinco!

La imagen horrenda fue irresistible esta vez. Dejó el tocador arrastrando los pies, pues le costaba caminar. Sus caderas se habían ensanchado y parecía pesar mucho más. Nada quedaba de la figura grácil de hace un año, cuando el anciano aquel tocó la puerta de su fortaleza en Chinatown.

Cuando comenzó a viajar la piedra móvil era indispensable y el rezo secreto lo era también; luego, aunque guardó La Piedra en la bóveda recóndita de un banco tan lejano a Nueva York, siguió viajando y cada viaje le pasó factura. Primero el pelo, luego los dientes, más adelante la artritis y ahora Alzheimer, tan avanzado que en ese momento no pudo recordar el nombre del francés cuya llamada esperaba.

Recordó su infancia feliz en Lijiang al noroeste de la provincia de Yunnan, ese lugar maravilloso lleno de puentes y canales. Su familia se enorgullecía al contar que aquella localidad tenía más de 800 años de historia y entornos espectaculares. Como olvidar sus paseos al lago Lugu -en los que las tres horas de viaje eran una oportunidad para bromear y contar historias con sus hermanos-o los días en la Garganta del Salto del Tigre que a 60 kilómetros les ofrecía una hermosa cascada en el Yangtsé.

El nombre de aquel condado lo decía todo Shangri-La, como en la novela “Horizontes Perdidos” de James Hilton. Sus padres habían nacido en Qingdao, pero los llevaron muy pequeños a Lijiang, esa distante prefectura tibetana.

Cuando murieron en un accidente, la mejor opción fue emigrar a la Gran Manzana en la que los Xing fueron estibadores y se hicieron fuertes y valientes para cuidar a su única hermana. A golpes se abrieron un espacio en el Barrio Chino y de pequeños micro traficantes terminaron creando un imperio. Parecía hace un siglo y apenas habían pasado 15 años.

La asiática se interrogó a sí misma, diciéndose que para qué había utilizado La Piedra de los Siglos, si dinero no le hacía falta; si poder le sobraba y más que nada, había visto, en un período muy corto, morir a sus hermanos, todos ellos por culpa del artilugio antiguo.

Parecía que La Piedra ejercía una especie de oscura seducción sobre quien la tuviese y resultaba imposible parar en su uso. Finalmente ella terminaba controlando a su poseedor, dominándolo, sometiéndolo. Además, aquellas palabras hipnóticas que se canturreaban antes de los viajes, tenían el don de romper tu voluntad, tu arbitrio, la capacidad de oponerte. Una vez que las recitabas, te volvías un esclavo de La Piedra.

Sham ga ata necedel, vic al formur, atra sin doc parettec alan dur malsec sutan gar dancel, vic mar vic portri, vic catar, ung mol, sapur etnel falan. Unas pocas palabras de un idioma pretérito y desconocido habían sido la llave para abrir las puertas del infierno.

En el Flughafen Bern-Belp, el vuelo de Airfrance aterrizaba sin novedades y a tiempo.

—¿Madame Xing? —preguntó Fablet al recibir respuesta a su llamada.

Cada vez la voz de su jefa era distinta, ahora sonaba gutural y aguda como aquella que en las películas de Hollywood ponen a las brujas malvadas. Casi un cacareo poco entendible.

—¡Claro que soy yo imbécil! ¿Quién más podía ser?

—En este momento me dirijo al banco, en breve le haré llegar noticias y usted ya no tendrá que preocuparse más por La Piedra.

El francés ya no tuvo respuesta. Asumió que, como siempre, la Emperatriz del Loto le había colgado el teléfono.

No esa vez. Un infarto fulminante había acabado con su vida -en los días finales, miserable-. Con su último hálito había visto la imagen de las minas africanas de diamantes que tantas veces visitó, en las horas del sueño y de las que había extraído un diamante por noche.

CAPITULO X

La banca suiza mantenía la tradición del secreto bancario desde épocas medievales. Las cuentas eran manejadas bajo un estricto sentido de sigilo, que hacía que el mundo entero confiase en ese paraíso de la reserva y la confidencia. Un tercio de los depósitos que las personas de todos los países mantienen en el exterior está en Suiza.

No solo el dinero encontraba un lugar seguro en ese bello país de los Alpes, las joyas, los valores, las obras de arte, los objetos únicos o de estimación superlativa, reposaban en número inimaginable en las arcas de seguridad de los bancos.

El Credit Suisse AG, era el segundo banco más grande de Suiza y el que la Hermandad del Loto había elegido para sus cuentas y cajas de seguridad bajo el parapeto de empresas legales como Xing Enterprises y Lottocorp.

Las oficinas estaban en la Bundesplatz 2, 3011, en un edificio neoclásico y algo gris, al más puro estilo de una institución que no buscaba el oropel barato sino el servicio.

Alfer Weise no había visto a Abubakar Adom personalmente desde su encuentro en la tienda de “el dromedario” en El Cairo y en pocas horas se encontrarían para adquirir la Petra Autem Saeculorum.

Alfer no había podido conseguir conexión directa por vía aérea hacia Berna, así que prefirió tomar el tren. Le resultó más cómodo viajar en la noche así que se embarcó en el nightjet Viena -Zúrich de la compañía ÖBB Österreichische Bundesbahnen. Eran 684 kilómetros que transitados por la noche no se sentían. En el asiento contiguo al que le fuera asignado viajaba una mujer atractiva de la que no pudo definir su nacionalidad. Parecía china o japonesa o coreana. Él nunca había sido bueno para determinar diferencias entre los orientales y todos le parecían bastante similares. Ellos seguramente nos verían de la misma manera –pensó-.

Habían entablado un diálogo agradable y ella se dirigió a su interlocutor en un muy correcto alemán. Le había interrogado por su nombre; pero ella prefirió decir que le llamase Kitty como le decían todos sus amigos.

—Mi nombre resulta difícil de pronunciar. La fonética de mi idioma suele ser complicada para los europeos por eso prefiero que me llamen de esa

forma –aclaró la viajera-. Además, me eduqué en Nueva York y en Berlín así que estoy acostumbrada a usar un apelativo que todos puedan decir, así que Kitty está bien.

—Pues, yo si tengo un nombre y no es muy difícil, creo. Me llamo, Alfer. Alfer Wilhelm Weise –bromeó; pero usando un tono protocolar y fingidamente serio, luego de lo cual rió abiertamente y ella le acompañó.

—Pues Alfer, se pronuncia fácil pero el resto de tu nombre le sería complicado a uno de mis compatriotas –flirteó ella haciéndole un guiño.

—¿Eres casada, soltera, viuda? –preguntó deliberadamente Alfer, al captar la insinuación, pues, aunque era un hombre no muy joven, no era inmune al coqueteo de las mujeres ni ciego para no notarlo.

—¡Sol-te-ra! –dijo alegremente Kitty silabeando la palabra para darle énfasis-. ¿Y tú?

—Pues tengo novia –respondió el vienés con el mismo tono divertido; pero marcando distancias. Recordó que su abuela Bertha le había dicho que nunca confiase en una mujer que le hiciera insinuaciones de primera mano.

—¡Qué pena! –dijo ella con una soltura que Alfer tomó como desfachatez-. Pero entonces podemos ser amigos ¿verdad? –añadió mientras le extendía la mano a su compañero de ruta.

—¡Por supuesto! –aceptó, estrechando la mano extendida y sabiendo que había puesto las cosas en su cauce.

—A qué te dedicas Alfer, por tu cara diría que eres médico o algo así...

—Trabajo en la Universidad de Viena, tengo un doctorado en filosofía y eso es lo que enseño a mis alumnos.

—Vaya, un filósofo fiel, una especie en extinción –dijo casi susurrando mientras ponía su mano izquierda sobre la diestra de Alfer, quien, con el pretexto de sacar un paño para limpiar sus lentes, la retiró.

—¿Amigos, te parece? –insistió Weise y ella asintió con la cabeza.

—Está bien no insistiré. ¡Amigos, pues! –repuso haciendo falsos pucheros y colocándose un dedo en la boca, como queriendo ser al mismo tiempo infantil y sexy.

—Me halagas Kitty; pero tengo la cabeza llena de preocupaciones. Acabo de contraer una deuda de €200.000 y no sé hasta el momento, como voy a pagarla. El sueldo de un profesor no se presta para excesos.

—¿Acaso te compraste un Ferrari? –continuó jugando la mujer oriental.

—Eso hubiera sido más fácil que lo que pretendo hacer.

—¿Y se puede saber de qué se trata?

—Por el momento es un secreto, prefiero no contar nada al respecto para evitar arruinar mi objetivo, no caer en la Ley de Murphy, ¿sabes? ¡Si cuentas tus planes indefectiblemente no se llevaran a cabo!

—Está bien, lo respeto Alfer. Solo deseo que todo te salga bien, sea lo que fuere.

—Gracias Kitty, quiero que me disculpes si no soy lo cortés que debería ser; pero debo dormir un poco.

—Tranquilo Doctor, yo también tengo mucho sueño. Buenas noches.

—Buenas noches.

El viaje transcurrió tranquilo, pero Alfer Weise, el profesor vienés, llevaba ahora en su chaqueta un transmisor con el que podrían ubicarlo a dónde fuera.

CAPÍTULO XI

Abubakar Adom contaba los minutos. Dentro de muy poco tendría en sus manos una de las grandes reliquias herméticas y uno de los objetos más deseados por los pocos que conocían sus virtudes *La Petra Autem Saeculorum*, a la que Lucio Anneo Séneca llamara *La Roca del Tiempo* después de encontrarla en sus lecturas helénicas.

Viajar de El Cairo a Berna no era tarea fácil, los cupos estaban siempre con varios meses de anticipación, copados por los turistas; mas, la transacción con el francés tenía día y hora, de modo que había que echar mano de alguien que tuviera un favor que pagar.

Mustafá Eljouri, era un comerciante del Soco Khan-el-Khalini que desde hace tiempo estaba en deuda con “el dromedario” quien le ayudó a pasar por el canal de Suez un contrabando de licores que de detectarse le hubiera llevado a la cárcel por mucho tiempo, máxime en un estado islámico. Él tenía una hija que trabajaba para Qatar Airways y esta era la ocasión de utilizar ese comodín.

En efecto para Salma Eljouri, no fue demasiado complicado encontrar un cupo para Adom, haciéndole saber antes, que la deuda de su padre, había sido saldada, evitando así que en el futuro fuera solicitado un nuevo favor.

Le esperaban 12h45m de viaje y dos escalas de por medio para llegar al lugar de la cita; pero ya todo estaba arreglado, partiría a tiempo, y claro, esperaba llegar a tiempo.

Desde la visita de Alfer Wise a El Cairo, Abu había estado investigando mucho sobre *La Piedra de los Siglos* y encontró que en numerosos textos antiguos era mencionada pero siempre con diferentes nombres: *Pétra Kairoú*; *Vasiká Chróno*; *Waq̄t Muhimun*; *Alttarikh Rayiysiun*; *Tempus Machina*; *Pýli tou Chrónou*; decenas de nominaciones: *piedra o llave o máquina del Tiempo*. Diferentes idiomas, diferentes nombres y un solo concepto, un objeto que permitía moverse, alterar o quizás controlar el espacio-tiempo.

Desde Hecateo de Mileto o Janto de Libia hasta Teófanos de Mítilene o Dionisio de Halicarnaso, pasando por el mismo Herodoto o Tucídides, todos sabían de la existencia del dual objeto y cada uno le asignaba poderes diferentes. Lo mismo, para unos, concedía el don de la invencibilidad, que, para otros, la vida eterna; sin embargo pocos la ubicaban como una forma de moverse en el tiempo poniéndolo en reversa, lo que significa que, lo vivido podía volverse a vivir. Únicamente Antiocles de Sínope había escrito:

—El tiempo es un río y por lo tanto no se puede volver a cruzar en el mismo lugar; sin embargo, más adelante del camino ese río pasará y será el mismo río. Hay solo una forma de ir al lugar del camino que nos permitirá mojarnos en las aguas deseadas y es la Βασικά χρόνο o llave del tiempo. Quien la encuentre tendrá una puerta hacia el poder supremo o hacia la misma muerte. Correr en el camino para alcanzar las aguas, merma el aliento y consume tus fuerzas. Ve con precaución, no todo lo que refulge, es una piedra preciosa.

Abubakar no había podido comprender a cabalidad lo que el historiador de Sínope había querido decir; pero había ido compartiendo con Alfer cada descubrimiento o lectura enriquecedora; Alfer hacía lo mismo vía correo electrónico.

Cabía la posibilidad de que aquellos objetos inmemoriales que irían a buscar a Berna, fueran una simple copia o una falsificación crasa basada en la descripción del Tres Veces Grande Hermes, recogida en unos papiros egipcios de la época Ptolemaica que pudieron ser fechados con mucha aproximación, porque junto a ellos, se encontró algunos octodracmas que contenían las efigies de Ptolomeo II junto a su esposa, Arsinoe II.

—En la arcilla el mapa del mundo cocido al fuego de la mano de Mercurius Ter Maximus que es Dyehuty y acepta el poder de la piedra que gira y porque, así como es arriba es abajo Orión abre sus puertas en su símil de tierra y la vibración del tótem es la vibración del todo. No hay tiempo no hay espacio, el can puede seguir su cola en una rueda sin fin.

Aristión de Hefestos, El Solemne, refiriéndose a La Piedra o Llave del Tiempo había dicho:

—Puede transmutar todas las esencias humanas y materiales y rompe las reglas del mundo que se inteligencia y del mundo que se siente. Presentadle plomo y os dará oro; pero recordad que esta acción generará reacción y ella escapa de cuanto entendáis y queráis saber.

Se colegía de los escritos del de Hefestos que los principios de la alquimia le habían sido revelados y quizás, solamente quizás, La Piedra de los Siglos no fuera otra que la mismísima Piedra Filosofal.

Aquella revelación hizo que Abubakar sintiera un escalofrío.

¿Podría ser? La reliquia más buscada de la historia; el objeto de poder más trascendente de todos los tiempos; la manifestación sublime de la alquimia, encontrada por casualidad.

Los esfuerzos de la Magnus Opus, la obra máxima ¿al alcance de la mano?

Adom había ya leído mucho sobre el tema; mas no lo relacionaba con La Roca del Tiempo. Siempre había creído que se trataba de objetos distintos. Sabía que una de las primeras manifestaciones escritas sobre ella era la Cheirokmeta de Zósimo de Panolis alrededor del siglo III o IV de nuestra era; pero había quienes llevaban su origen al propio Adán a quien Dios proporcionó el conocimiento de la Piedra y su poder. Argos de Laconia llegó a decir que los profetas bíblicos fueron herederos de esa sapiencia y que la famosa Arca de la Alianza no transportaba en realidad las tablas de la ley que Yahvé proporcionara a Abraham; sino que en realidad contenía la Piedra Filosofal en cuyo caso y de ser cierta la asociación, el propio Dios habría creado La Petra Autem Saeculorum.

—¡La Roca de Dios! —exclamó Abubakar y volvió a sentir ese temor a la divinidad que de niño le habían inculcado con las lecturas de las surah y ayas de al-qurʿān. Al fin de cuentas Abraham es Ibrahim y su Dios es el mismo — razonó de forma teológica e inusual en él.

Se le estaba haciendo tarde. Su vuelo saldría en unas horas y faltaba cerrar el equipaje. Abubakar debía apresurarse o no conseguiría vuelo en al menos 3 semanas.

Se dio toda la prisa que pudo y salió a la calle en pos de un taxi, pero todos pasaban ocupados. Comenzó a desesperarse. Luego de algunos minutos, expuesto al inclemente sol egipcio, consiguió transporte y en una ciudad en la que se conducía con mucha agresividad, justamente le correspondió un anciano chofer que no rebasaba los 20 o 30 kilómetros por hora.

—¡Por favor! ¡Necesito llegar cuanto antes al aeropuerto! ¡Le daré una propina si vamos un poco más rápido!

—No quiero importunar a Alá poniendo en riesgo su vida y la mía señor, así que permítame ir a mi ritmo. ¡Subhana-Allah!

Abubakar quiso bajarse, pero comprendió que tardaría mucho más en encontrar una unidad de taxi vacía que en respetar la lentitud de aquella tortuga. Los 22 kilómetros hasta el aeropuerto por la ruta Salah Salem solían remontarse en media hora con tráfico normal; pero a ese paso les tomaría al menos una hora.

Cuando finalmente arribó al mostrador de la línea Qatar su vuelo se había cerrado. Golpeó su cabeza contra su puño e hizo mil imprecaciones impronunciadas.

—Ya-Allah —gritó y en ese momento quiso salir a buscar al taxista para asesinarlo, pero intentó tranquilizarse repitiendo una frase de su abuela.

A'oozu bi laahi minash shaitaani aamantu bil laahi wa rusulihee -Me refugio en Allah del Shaytan. Deposito mi fe en Allah y en sus mensajeros. Había dicho, con ese oportunismo religioso que a veces se le despertaba.

En Egipto, la corrupción, como en muchos países, campea y Abu lo sabía mejor que nadie. Hombre escaso de escrúpulos, como era, ofreció una buena cantidad de libras egipcias a un agente de Turkish Airlines cuyo vuelo estaba por salir con destino a Estambul y luego a Barcelona.

Pocas eran las cosas que Adom no consiguiera con dinero, en su país infestado por la avaricia y el abuso.

Minutos después, estaba volando con destino a tierra catalana haciendo escala en el Atatürk de la antigua capital del Imperio Bizantino.

—Desde El Prat no debe ser difícil conseguir una conexión con Berna – pensó “el dromedario”. Y así sería; pero el retraso era evidente y Alfer ya estaría muy inquieto a esas horas y si no se equivocaba, el francés otro tanto.

CAPITULO XII

Samira Faruk había querido desde un principio acompañar a Alfer en su viaje a Suiza, había viajado tanto y no conocía ese extraordinario país; no obstante, Weise le había dicho que era un viaje muy breve y que se quedaría únicamente lo que tomase concretar el negocio de una pieza importante.

—Permití que se fuera a Egipto solo, ahora se ha ido a Berna y no ha querido que le acompañe. He dejado Lyon para estar cerca de él y viajar con él, así que no voy a permitir que me dirija como a una oveja, soy una mujer independiente, liberal, autosuficiente y no requiero el permiso de nadie. Es más... en cuanto llegue a Berna le cantaré unas cuantas verdades. ¡Lo amo sí!

Pero de ninguna manera aceptaré ser tratada como un objeto de segunda clase. ¡O compartimos la vida o simplemente cada uno por su andarivel! —pensaba y repensaba—. Ya he visto en Internet que hoy por la tarde sale un vuelo. Iré directo a su hotel y vamos a ver qué cara pone. Hay muchas cosas que no me están gustando. Ha contraído una deuda enorme y no ha querido contarme ¡Qué diantres le pasa! 200.000 euros no son un pelo de cochino. ¡Esta vez va a escucharme! ¡Cree que porque estoy enamorada de él puede hacer lo que le venga en gana! ¡Está muy equivocado!

De inmediato Samira abrió la tapa de su MacBook Air y compró un ticket con su tarjeta de crédito.

—Hay cosas que no pueden esperar —concluyó.

Estos 3 años junto a Alfer habían sido muy felices; pero desde el viaje repentino a El Cairo, él no había vuelto a ser el mismo. Era menos cariñoso, más distante, distraído y esquivo. Pasaba horas entre sus libros y el Internet. Siempre fue un investigador acucioso y constante, mas el tiempo que pasaba junto a Samira se lo dedicaba íntegro. Ahora no era así. Ese endeudamiento repentino le había creado muchas dudas y él no era persona que tomase riesgos innecesarios en lo financiero; menos que de manera desesperada moviese cielo y tierra para que su banco le otorgase un préstamo. Estaban también aquellos cientos de notas que escribía en papelitos de colores y que provenían de sus búsquedas en la red; sin embargo, Alfer siempre le comentaba acerca de sus investigaciones, sus objetivos y ahora: nada. Ni una sola palabra. Weise no era de tener aventuras, ni mucho menos, pero su actitud

era tremendamente sospechosa y ella quería una relación franca, sin secretos, sin misterio. Lo que fuera: bueno o malo, ella lo quería saber, pues hasta ahora lo único que conocía es que adquiriría un objeto extraordinariamente valioso.

La Gata, como Alfer cariñosamente había bautizado a Samira, llevaba ese apodo desde los primeros tiempos de la relación. Ella no había amado desde hace tanto, que en uno de sus encuentros iniciales la pasión se desbordó y ella marcó con sus uñas afiladas la espalda del filósofo dejándole hilillos de sangre marcados como las garras de un tigre. ¡Eres una gata! Le había dicho él, borracho de amor y encantado de la fogosidad de su princesa.

La de ancestro libanés, tenía apenas un año menos que Alfer Weise; pronto alcanzaría las 5 décadas; pero su cuerpo sin ser perfecto era muy atractivo, espigada como era, había conservado las formas de la juventud. ¡Ese cuerpo de guitarra! como le decía su amado y aun con esos años encima acarreaba las miradas al pasar. Era elegante, erguida, chic y dueña de un charme especial. Razones tenía el austríaco para haberse enamorado de ella y muy pronto y de manera impensada la iba a ver.

Camino al aeropuerto Samira rememoró algunos de los incontables momentos de dicha, como la ocasión en que le llevó flores a su oficina en la universidad. No era muy común que una mujer fuera la que regalase flores, de modo que él, se emocionó hasta las lágrimas. Ella se había escondido para que Alfer no la viese al recibir el regalo y de repente apareció sorprendiéndolo. Su primera noche juntos la habían pasado en un hotelito modesto e incómodo en la ruta hacia el Parc Naturel Régional des Ballons del Vosges.

Habían Salido de Lyon para acampar en ese esplendoroso parque, por la carretera principal haciendo breves escalas en Mâcon para visitar el Museo de las Ursulinas -aunque les significase un desvío importante-y luego hacia Besanzón para entrar al zoológico de la Ciudadela. En ese viaje había estado muy cerca de Suiza y estuvieron tentados a llegar al menos a la frontera para que Samira pudiese decir que había pisado el país helvético; sin embargo, continuaron el camino intentando llegar al parque de destino y una avería del coche los obligó a quedarse en ese ese hotel de muy mal aspecto y peor atención. La cama era extremadamente pequeña, la limpieza dejaba mucho que desear; pero nada importó. Era su primera noche completa y la disfrutaron como es debido. Olvidaron cuántas veces habían hecho el amor y desmadejados durmieron apenas una hora. Debieron despertar ante la llamada del mecánico para indicar que ya tenía el coche listo, que la falla era eléctrica y no revestía gravedad.

Y allí estaba... el aeropuerto. La Gata Faruk se frotó las manos, nerviosa. Pronto estaría con el dueño de su corazón, aunque no sabía si aquello duraría mucho tiempo.

El registro en mostrador fue rápido y tras pasar los filtros de seguridad se acomodó en la sala de espera. Desde hace años que fumar estaba prohibido en las terminales aéreas, pero a ella le había provocado tanto un cigarrillo que hubiera pagado cualquier suma para que le permitiesen encender uno.

Samira era fumadora de cigarrillo fuerte, prefería Gauloises, esa marca emblemática desde las guerras en las que fumar, de esa marca, era casi un acto patriótico. Adoraba su slogan Liberté toujours, libertad siempre y por ese mismo principio estaba esperando ya la orden de embarque a su vuelo.

CAPÍTULO XIII

¡La Emperatriz del Loto ha muerto!

Nunca algo que hubiera escuchado al otro lado del teléfono había sido tan impactante y tan grato para él.

Un millón de pensamientos se le vinieron en tropel a la cabeza y Marchand como era, inmediatamente transformó la información, en algo que le resultara beneficioso.

Jamás volvería a recibir las amenazas de aquella china inmunda, de aquella bazofia humana envilecida por el poder y el dinero, nunca otra vez alguien lo trataría como un pelele, a él que se preciaba de nobles orígenes y que se había ganado el respeto de la colectividad como un tratante de arte del más alto nivel. Por sus manos habían pasado obras de Degas, de Tintoretto, de Rafael, Renoir, Picasso y hasta un Vincent Van Gogh. Había comerciado piezas de la primera dinástica egipcia, arte etrusco, ídolos caldeos, y reliquias sagradas.

Maldijo otra vez el momento en que su vida se vio atravesada por Mayling Xing, esa emperatriz de caricatura acostumbrada a que todos le hicieran genuflexiones, caravanas y honores.

No volvería a agachar a cabeza a los ojos de nadie.

Una efervescencia festiva le iluminó el rostro. Le había deseado tantas veces la muerte que ahora que aquello era un hecho, parecía imposible. No lo podía creer. Casi bailó en la vereda exterior del Banco Suizo.

Tenías las llaves de la caja de seguridad, los códigos de acceso, las contraseñas de secretas, proporcionadas por la propia traficante de opiáceos, que no solo podía tomar La Piedra de los Tiempos y entregarla, sino todo aquello que contuviese la caja de seguridad y estaba seguro de que habiendo muerto los 4 hermanos Xing, nadie más sabría a ciencia cierta lo que contenían aquellas cajas de caudales.

Estaba a punto de sacarse la lotería.

En eso cavilaba cuando escuchó la voz de Alfer Wise que lo sacó de sus codiciosos pensamientos.

—Monsieur Fablet, listo para el negocio.

—Por supuesto monsieur Weise; pero debo pedirle un favor voy a preferir efectivo. No será factible aceptar una transferencia.

—No creo que haya ningún inconveniente; pero usted comprenderá que primero debo comprobar la autenticidad de la pieza y para ello necesito de mi

buen amigo Abubakar Adom, que tiene un retraso.

—Alfer, si me permite tratarlo por su nombre.

—Por supuesto monsieur...

—Por favor, dígame Donatien. Ya nos conocemos y hoy cerraremos un negocio importante de manera que creo que ya podemos tratarnos como los amigos que seremos de ahora en adelante.

—Estoy de acuerdo —sonrió el de Viena y apretó la diestra que le ofrecía aquel francés que hoy lucía radiante, exultante de felicidad y mostraba una sonrisa que dejaba ver todos sus dientes algo irregulares.

—Pues bien, Donatien —repuso Wiese—. Será necesario esperar a mi amigo el egipcio...

—Alfer usted sabe que el banco cerrará dentro de poco y me imagino que usted bien puede adelantar la provisión de efectivo. Si el negocio no se cierra porque ustedes se encuentran insatisfechos con la mercadería, pues simplemente usted deposita otra vez sus euros en la cuenta y todo queda solucionado. Podemos esperar en el interior del banco de modo que usted dispondrá de todas las seguridades de esta institución que es un bunker. Ni siquiera un grupo de soldados de la Legión Extranjera podría tomar por asalto el lugar.

—Me parece acertado lo que usted dice Donatien. Entremos entonces al banco, que en una cuenta especial que he abierto en esta institución tengo el dinero y lo pediré en contante y sonante.

—¡Excelente amigo! Me alegra oírlo; ¿pero ¿cuánto más le tomara a Abubakar llegar a (nombre de la calle del banco)?

—Según mis cálculos, una hora más.

—Mientras usted gestiona los euros yo revisaré el Neue Zürcher Zeitung.

—No sabía que usted hablaba alemán, de haberlo sabido nos habríamos ahorrado mucho esfuerzo en El Cairo en nuestra reunión inicial.

—El alemán lo hablo solo con los amigos. No lo domino y me causaría mucha vergüenza, además Abubakar apenas sabe saludar en esa lengua y hubiera sido muy descortés de nuestra parte haber mantenido una conversación que él no podía entender.

—Tiene razón Donatien, iré a preparar lo de su dinero.

—Muy bien Alfer aquí lo espero.

Abubakar sin cambiarse de ropa y visiblemente agitado arribó al aeropuerto de Berna. Sabía que llevaba un gran retraso y que lo primordial para hacer negocios en Suiza era la puntualidad. Envío un mensaje a Weise

notificándole que en pocos minutos estaría con él y el francés para revisar las piezas y cerrar el trato.

Tuvo suerte esta vez para abordar un taxi de inmediato, gracias al orden y eficiencia suizas.

Entregó un papel con la dirección del banco al conductor para no incomodarse con el idioma y se recostó en el asiento posterior, respirando primero profundamente para nivelarse a sabiendas de que alcanzaría sin problema a quienes ya desde hace rato lo esperaban.

Atrás del taxi había un auto color plata que nunca se les despegó durante el trayecto. Una mujer y un hombre orientales lo ocupaban, mientras que un tercero con apariencia local conducía.

Alfer había tomado una habitación en el clásico Waldhorn y había dejado allí sus maletas antes de dirigirse al banco.

Samira gracias a los mensajes recibidos hace poco sabía ya con precisión el lugar de hospedaje de Alfer.

Tuvo en primer término la tentación de esperarlo en su habitación hasta que él llegase; pero ante el impedimento del hotel para permitirle el acceso, pese a que ella mostrara fotos de los dos juntos e insistiera en ser la novia del señor Weise, decidió tomar el toro por los cuernos. No había hecho un viaje tan repentino para quedarse sentada en un café ni mucho menos esperar largas horas en un cuarto de hotel. Así que llamó reiteradamente a su amado que no le respondió sino hasta el cuarto intento.

—Amor, este momento estoy muy ocupado, estoy en el banco para realizar el negocio que tengo pendiente. Te llamaré en...

—Alfer estoy en Berna en el lobby de tu hotel. Necesito saber con exactitud en dónde estás este momento que de inmediato salgo para allá.

—Samira, eso es imposible, no puedes venir, pero si me esperas un par de horas, estaré contigo, aunque no debiste haber venido.

—¡Alfer, tú no eres de esos. ¡No me digas que trajiste a otra mujer y por eso no querías que yo viniera! ¡Dime dónde estás o no volveré a hablarte! ¡Lo nuestro se acaba en este instante si no permites que vaya!

—Compréndelo amor, no...

—¡No, nada! ¡Ándate a la mierda!

—¿Samira? ¿amor? ¿Samira? —repitió varias veces el filósofo, pero ella ya había cerrado.

Samira maldecía y lanzaba improperios contra el hombre que a su manera de ver la había traicionado. En ese momento un botones le tocó el hombro

suavemente.

—Fräulein, perdone que la importune, pero he estado pendiente desde que usted pidió entrar a la habitación de Herr Weise. Yo mismo acomodé sus maletas cuando arribó. Pero lo importante es que yo sé dónde se encuentra él en este momento.

—¿Está usted seguro? –interrogó La Gata, abriendo los ojos desmesuradamente y sin poder creer lo que estaba escuchando.

—Si lo sé. Lo escuché hablando con alguien que tenía un nombre que sonaba a árabe y que no puedo recordar.

—¡Abubakar!

—Posiblemente.

—Bueno dígame ¿dónde encuentro a mi novio?

—Por 100 euros se lo diré.

—¡Infeliz!... ¡Desgraciado! ¿Lo denunciaré ante el gerente del hotel! ¿Qué se ha creído? ¿Qué soy la gallina de los huevos de oro?

—No levante la voz Fräulein, no es necesario. Haga de cuenta que no le he dicho nada -concluyó el bellboy y dio media vuelta para comenzar a caminar hacia el counter de la recepción.

—¡Infeliz, no de ni un pasó más! ¡Le daré sus 100 euros!

—Primero debe disculparse. ¡Ni siquiera mi madre me gritaba! No permitiré que una turista histérica me levante la voz. Y si usted gusta puede quejarse ante el gerente. Prefiero perder mi empleo a tolerar este agravio – exclamó con tono de determinación, el muy joven botones.

—Esta bien. ¡Lo siento mucho! ¡No he querido ofenderlo! –masculló ella sin mucha convicción Samira, mordiéndose luego los labios para no lanzar una andanada de insultos al sensible extorsionador.

—Acepto su disculpa –sonrió el botones- ¡Aunque no me parece sincera!; pero no hay nada que un buen billete de 100 euros no arregle – se burló, extendiendo la mano con la palma abierta hacia arriba.

—Antes dígame dónde está Herr Weise.

—Dando y dando –replicó el botones.

—¡Debería golpearlo! –dijo ella entre dientes.

—Tengo muy buen oído señora, eso se lo aseguro. ¿Quiere tener la información? ¡Busque en su cartera!

—Bsbsbsbsbs –decía de forma inentendible Samira en un susurro que seguramente eran palabras de grueso calibre contra el botones chantajista, mientras metía la mano en su cartera y extraía 5 billetes de 20 euros.

Samira extendió su mano con los billetes sujetos hasta la mitad y no permitió que el muchacho los tomase por completo hasta que le dijera lo que quería oír.

—Credit Suisse Ag, Bundesplatz 2, 3011.

—¿Seguro?

—Mi negocio es la información absolutamente fidedigna. No sé imagina cuántas cosas se ven en un hotel como este y he descubierto que estando atento se puede ganar buen dinero.

—¿Podría, por lo menos, anotar esa dirección en un papel?

—Por 20 euros más, claro.

—¡Hijo de puta, ahora si te mato! —dijo ella con tanta rabia en los ojos y en la marcación de las palabras que el botones se apresuró en arrancar los billetes.

—Era una broma —rió nerviosamente y sacó una pequeña libreta del bolsillo posterior del pantalón y una pluma de su camisa.

—¡Si no está allí, te marcaré la cara, de tal forma, que nunca más podrás salir a la calle desgraciado!

—No le puedo garantizar que esté allí aún; pero si garantizo que hacia allá se dirigía.

Samira ya no respondió y caminó rápidamente hacia la calle. Levantó su índice para parar un taxi y marchó rauda al lugar cuya ubicación le había costado 100 euros.

Abubakar se había integrado hace apenas unos minutos a los dos que ya estaban en el banco.

Después de cumplir todos los protocolos de seguridad, el francés había extraído de la caja de valores, las dos piezas de La Piedra de los Siglos. Al mismo tiempo había constatado que joyas de un valor incalculable, así como un huevo Fabergé, reposaban en el casillero y que Mayling Xing sabía que Fablet no tomaría pues su vida no valdría nada al hacerlo. Ahora la china había muerto y nadie le pasaría factura si se quedaba, no solo con el dinero, sino con las joyas que fácilmente y en una estimación básica podían costar 6 o 7 millones de euros. Diamantes; esmeraldas, monedas de oro antiguas, pulseras, collares y anillos, fácilmente generarían esa suma o quizás mucho más ante una valoración más detenida.

En una salita contigua a la de los casilleros puso el estuche con forro de terciopelo y la caja de caoba frente a sus compradores; aunque esa ya no era su prioridad. Esos 200.000 euros eran nada ante el verdadero tesoro

acumulado por la última de los Xing.

—¡Señores la Petra autem Saeculorum! –anunció protocolariamente, como si estuviera presentando a los artistas de un circo.

Alfer y Abubakar se acercaron a los objetos con movimientos que asemejaban la cámara lenta de una película retro.

—¡Por Alá! –exclamó el egipcio.

—No lo puedo creer –le acompañó Weise.

Tomaron las 2 partes y las examinaron largamente extasiados.

—Parecen ser genuinas Alfer. Alá es mi testigo.

—Pienso lo mismo Abu.

—¿Y bien caballeros? –interrogó Donatien.

—¡Tenemos un trato! –contestó Alfer estirando con su mano un pequeño maletín que contenía 20 fajos de billetes de 100 euros.

CAPÍTULO XIV

Muchos hombres misteriosos de todos los tiempos no habían nacido en su época. Eran viajeros del tiempo, afirmaba el Dr. John Patterson de la Universidad de Yale.

Sus sentencias habían conmocionado a la sociedad científica que de inmediato reaccionó con ataques al otrora considerado adalid del positivismo, compeano, investigador de rigor y fiel seguidor de la regla de oro de la academia. “Lo que no se puede comprobar, no existe”.

—¡Acaso se volvió loco! —publicó Richard J. Erickson en el *American Journal of Archaeology*-. Jamás en mis años como investigador había escuchado tamaña estupidez dicha en un seminario internacional y publicada en una revista, que, desde ya, ha perdido su categoría de científica. Las afirmaciones del doctor Patterson son descabelladas e impropias de quien a pulso se había ganado un lugar en el mundo de la historia y la arqueología. *History Legacies* se ha convertido en un pasquín y recomiendo abiertamente que se deje al margen de cualquier texto serio, toda mención acerca de John Patterson. Cómo se puede hacer afirmaciones sobre simples presunciones, además fuera de toda lógica y sentido racional.

La academia es cartesiana y por lo tanto ha de primar la razón. Patterson se limita a realizar conjeturas, deducciones que caen por su propio peso y no presenta una sola prueba documental, contrastada, verificada. Ningún trabajo experimental lo respalda, pues lo empírico coadyuva a lo racional, al decir de Kant, en la *Crítica de la Razón Pura* —sostenía aquel afamado líder de opinión-. Asegurar que existen viajeros del tiempo y sostener que grandes hombres de la historia lo han sido, está fuera de toda consideración. El doctor Patterson debería someterse a un examen psiquiátrico y su estado delirante sería diagnosticado de inmediato. Un centro de salud mental, estoy seguro, espera a este pobre hombre en el futuro.

—Cada ser humano tiene creencias —opinaba William Greason en la revista *People*-. De no ser así deberíamos proscribir a todo creyente. Las relaciones con dios son relaciones inmateriales y no están regidas por los protocolos de la ciencia. La metafísica nos habla de elementos que van más allá de la física: el alma, el espíritu, el demiurgo son de suyo, creencias metafísicas; pero de ninguna manera se puede, con algo de criterio, mezclar en pleno año 2018 la ciencia con el dogma y decir que la tierra gira porque dios quiso. Qué el universo tiene leyes, porque dios las impuso. Qué hay que ser un

buen ciudadano y una buena persona para que el alma se salve y trascienda. Que Adán y Eva fueron los primeros seres humanos. Que las ciudades de Sodoma y Gomorra desaparecieron por la iracundia de un dios vengativo y homofóbico que consideraba las prácticas de sodomía como una aberración.

Eso es insostenible a ojos de la ciencia pura. En casi toda la tierra hay libertad de creencias y libertad de culto, salvo en unos cuantos enclaves extremistas; pero ya nadie se atreve, en un rol cientista, a sostener artículos de fe, como hechos incontrastables, salvo en el orden de la individualidad y el derecho a pensar como nos parezca. De ser así, ningún académico podrías ser creyente. Yo diría que en un laboratorio se cuelga la fe y se pone el mandil. Por ello, permitir que el Dr. Patterson genere especulaciones metafísicas, no es el problema.

El meollo está en que pretenda que lo que él cree, lo crea el entorno científico. Publicarlo como un hecho. Decir que no quedan dudas al respecto. Sostener que su investigación es rigurosa, eso es una falacia. Los que mantiene Patterson, a mi opinión, son sus creencias, respetables sí; pero simples creencias. La fe es creer en lo que no se puede ver ni tocar. Pienso que “La teoría de los viajeros del tiempo” es eso; la visión desde la fe ciega de su mentalizador, de que lo que dice es cierto.

Greason era un connotado articulista de People y cuanto escribía era seguido por millones de personas, ya en la edición física de la revista, ya en los medios digitales en los que tenía una miríada de seguidores.

Las tesis de Patterson habían adquirido proporciones bíblicas y el debate era cada día más acalorado, al punto que él ya no podía salir tranquilamente de su hogar sin que fanáticos los agrediesen o por el contrario lo considerasen un gurú new age, al punto que algún desequilibrado se encontraba formando la Iglesia Pattersoniana, The Pattersonian Church, y que de seguro tendría unos cuantos adeptos.

En un principio la mención general y abstracta de viajeros del tiempo, provocó risas entre los detractores y aplausos entre los conspiranólicos de siempre, que creían que el mundo vivía en medio de una gran mentira histórica y por ello eran devotos de los alienígenas ancestrales y toda esa clase de despropósitos. Turistas Temporales, el nuevo término acuñado para los viajantes entre épocas, se volvió tan popular como las abducciones extraterrestres o los avistamientos del mundo de la ovnilogía.

Pero de ahí a tocar temas tan delicados y específicos como los de un líder religioso bajo cuya figura millones de cristianos se agrupaban, era otra cosa.

—Afirmar que Jesús era un viajero del tiempo, me parece, desproporcionado-continuaba William Greason-. Decir, por ejemplo, que los exegetas bíblicos, Mateo y Lucas inventaron todo lo referente al nacimiento del nazareno y que Lucas imaginó también, el único episodio de la niñez de quien sería considerado luego el cristo, entre su nacimiento y su bautizo en el Jordán, es poco menos que una locura completa.

Que nada se hubiera dicho de la vida adulta de Jesús hasta los 30 años era conocido por todos; sin embargo, Patterson colige que ese hombre apareció, así de pronto, simplemente porque era un Time Traveler. Un ilustrado de una época futura. Un ser con conocimientos que todavía no se generaban en ese momento de la historia. Lo mismo decía del arcángel San Gabriel que recitó las sudras del Corán a Mahoma para luego desaparecer. Joseph Smith también habría contactado con un viajero temporal, en la figura del ángel Moroni que le mostró los registros dorados que el tradujo al inglés y sus afirmaciones de ese Jesús enseñando a los indios americanos, no era falsa y no hacía otra cosa que, describir otro viaje del profeta a un momento y lugar distintos a los suyos propios.

¿Pueden imaginarse? Las bases de las religiones más importantes del planeta se vendrían abajo si diéramos crédito a un simple charlatán que perdió la ruta, un sujeto al que se le quemaron las neuronas en los laboratorios y al que los libros terminaron trastornando –finalizaba.

Pero el judaísmo también había sido tocado. Patterson decía, sin remilgos que, Yahvé era un viajero también y que la traducción de la zarza ardiente, no era más que un equívoco, una mala interpretación del texto original.

El judío Yahvé – al menos eso entendió Moisés de su nombre-, habría viajado desde el siglo XXI y tenía interés en que su pueblo fuera liberado, cuando constató que los milagros del Éxodo aún no se habían producido y que el estado de esclavitud en el que se encontraban era insoportable. De haberse tratado de dios, hubiera ordenado directamente la liberación o en lugar de asesinar a los primogénitos egipcios, hubiese acabado con la vida del faraón, sus generales y sacerdotes.

Eso hubiese bastado para que los israelíes fueran libres y hubiese sido menos cruel y sangriento. Un dios lógico hubiera preferido la muerte de decenas, a la muerte de miles. Esos hechos simplemente no sucedieron; pero si algunos de los citados en el segundo libro del Pentateuco Para eso Yahvé convirtió a Moisés en el primer gran mago de la historia bíblica, proporcionándole trucos para que convenciera al faraón. Transformar un

cayado en serpiente, volver roja el agua. Asombrarlo con electricidad, mostrarle imágenes terribles en un tablet pc o hacerle ver la imagen de un supuesto “dios” video grabada fue suficiente para que el rey de Egipto decidiera conceder al pueblo de Israel su manumisión.

Esa otra “historia”, esa otra realidad, era la que había consternado a tantos. Si el pasado no era el que nos contaron. Si los textos contenían verdades a medias o únicamente mentiras era algo que no se podía aceptar sin cuestionamientos serios.

John Paterson –ya expulsado de Yale-, había pateado el tablero de la historia y se había atrevido a cuestionar de un solo golpe a tres de las religiones monoteístas más grandes del orbe. La cristiana, la islámica y la judía. El 84% del mundo tenía una filiación religiosa. 2.200 millones de cristianos; 1.600 millones de musulmanes y entre 14 y 18 millones de judíos rezaba una última medición hecha hace no tanto.

Miles de millones de seres humanos que habían afinado su fe y por lo tanto su dirección de vida en las creencias de su religión, eran ahora cuestionadas.

René Descartes en algún momento cuestionó la necesidad de un dios – pienso luego existo dijo y luego y si existo es porque soy, procesos en los que no era necesaria la presencia de la divinidad sino la razón; sin embargo, eso lo excluyó de un mundo que estaba obligado a creer y se sintió íngrimo y esa soledad frustrante y exclusiva es la que le hace retroceder, para luego tratar de fundamentar la idea de dios para volver a ser parte de un todo sin el que no podía vivir.

¿Podía la humanidad renunciar a dios?

¿Debía la raza humana quedarse sin su tabla de náufrago?

¿Les sucedería a aquellos que creyesen en Patterson lo mismo que a Descartes? ¿Se podía vivir solo?

Pero las propuestas del ex profesor de Yale tenían también muchos vacíos. Si bien había hecho señalamientos de un sinnúmero de personajes de la historia cuyo origen no podía ser explicado y cuyo conocimiento no era propio de su época, no había aportes plenos que pudieran probar la forma de viajar en el tiempo y por eso la crítica era más encarnizada todavía. Es que eso de poder trasladarse no solo dentro de un contexto geográfico, sino en una modalidad cronológica que contrastaba con lo conocido, requería de un vehículo, de una forma.

En alguna medida era como esa afirmación que sin cuerpo del delito no

hay infracción; que sin el cadáver no hay un crimen. No habría, entonces, viaje sin una forma de hacerlo. Aquello había dejado sin sustento a la teoría pattersoniana y lo había puesto en ese predicamento que ahora lo etiquetaba: o era un estafador, o un loco o un farsante.

CAPÍTULO XV

En las afueras del Credit Suisse Ag, Alfer y Abubakar no cabían en sí del júbilo que les provocaba haber adquirido La Petra. Ahora vendrían los estudios, las búsquedas, los análisis que pudieran escribir, ya de manera científica, la historia de La Llave del Tiempo y quien sabe, y con algo de suerte, descubrir cuál fue su verdadero origen. ¿Quién la fabricó? ¿Cómo había sobrevivido a siglos de inclemencias? Un objeto que tenía más de tres mil años de antigüedad tenía mucho que contar. Muchas manos lo habrán poseído y muchos abrigarían esperanzas de que su poder mítico fuera real.

Alfer Weise y Abubakar Adom eran dos de los que, secretamente, querían creer que esas no eran dos simples manufacturas humanas, dos piezas de materiales diferentes que se complementaban, en una historia pletórica de leyendas. ¿Estarían realmente frente a la mil veces buscada Piedra Filosofal?

Aquella consigna de que La Piedra transmutaba el plomo en oro, ¿sería una afirmación metafórica? o por el contrario ¿su poseedor adquiriría riquezas sin límite con solo desearlo? Todo eso bullía en la cabeza de los dos hombres el uno más escéptico por su posición de académico y científico; el segundo más abierto por su crianza en las arenas inmemoriales del Sahara donde los hombres del Kel Talgimus, el pueblo del velo, le habían narrado cuentos fantásticos sobre la magia y el poder del que ciertos artefactos estaban dotados.

Abubakar quedó huérfano desde muy pequeño y junto a su tío Abdul, comerciante y aventurero, atravesó el Sáhara varias veces y tuvo la oportunidad de vivir acogido por la hospitalidad proverbial de los Tuareg, los hombres azules, así llamados por la pintura índigo de sus turbantes que terminaba tiñéndoles parte del rostro. Libia, Niger; Malí, Marruecos, Argelia, habían sido su hogar de paso.

Abu aprendió a hablar al Tamacheg o Tamahag, con ese talento especial que tenía para las lenguas y escribía tfinagh sin problemas mayores. Llegó a tanto su dominio que los saharianos le otorgaron un título que solo utilizaban para si mismos: Kel Tamahar, el que habla la lengua del tamahag, con lo que lo convirtieron en un hermano honorario y parte de ese grupo tan cerrado de los hombres de velo —el taguelsmut-, los legendarios twaregh, como era su nombre original derivado del bereber. Ese título quedó convalidado cuando salvo a un miembro de la tribu de ser mordido por una víbora cornuda del desierto. Él conocía el chillido agudo que hacía al frotar sus escamas, los Tuareg también

lo conocían; pero aquel era sordo.

Recordó la leyenda del Velo de la Invisibilidad, que convertía a quien lo portase en un guerrero letal pues no sería visto por sus enemigos y que solo podía usar un Tuareg de sangre pura, nacido y criado en el desierto. Decían que lo había confeccionado la Madre de las Arenas la protectora de todo el pueblo de los hombres azules.

El Dromedario de Fuego, narraba la historia de un animal que aparecía cuando un hombre del Kel Talgimus se encontraba en peligro y éste acudía en su rescate. Solo se presentaba en la noche y su pelaje refulgía de modo que causaba terror en los enemigos del Tuareg en aprietos y estos huían despavoridos.

Finalmente, el mismo animal transportaba al rescatado hasta que estuviera totalmente a salvo. El Dromedario de Fuego solo podía salvar a un Tuareg una vez en su vida y por eso quien ya había recibido los favores del mítico animal, sabía que cuando estuviese en riesgo ya no sería socorrido por la bestia.

De esta leyenda nació el proverbio que decía el dromedario de la noche solo te salva una vez y que se aplicaba a alguien que ya había sido perdonado antes y era, en especial, proferido por las mujeres cuando su marido había fallado. En el pueblo del velo las mujeres eran quienes tomaban las grandes decisiones y una traición era muy difícil de perdonar y dos eran imperdonables.

En pocos instantes mientras se deleitaba en saber que ya tenían La Piedra en sus manos Abubakar se llenó de nostalgia recordando esas fogatas en las que tanta fábula e historias le habían sido legados por esas mujeres curtidas en la arena, pues eran las mujeres Tuareg las encargadas de transmitir la tradición oral, aunque ellos no dejaban de comentarlas y mantenerlas vivas en su imaginario. Los varones eran grandes jinetes y extraordinarios guerreros, cuando hacía falta. Como no recordar la ceremonia del té que era servido en sus tres grados, dependiendo de la condición emocional en la que se encontraba quien iba a prepararlo y officiar el ceremonial propio de la reunión: fuerte como el amor; amargo como la vida y dulce como la muerte. Tres veces se preparaba el té cuando había convidados. Una para Alá, otra para los invitados y otra para el Tuareg.

La Jaima Mágica, era una de sus narraciones favoritas pues contaba acerca de una tienda de piel de cabra, en el desierto que aparecía cuando los guerreros Tuareg estaban en combate y su causa de lucha era justa. La tienda se manifestaba como un espejismo reververante; pero cuando se acercaban,

allí estaba, de forma física, repleta de provisiones para que los combatientes de Alá y su causa, no padecieran de hambre ni necesidades. Se contaba la narración de dos formas: la que le atribuía la capacidad de alimentar a los combatientes Tuareg y aquella que narraba que aquella jaima curaba las heridas de quienes recibieran lesiones en sus luchas y que parecía ser una deformación moderna del mito original.

Abu, dejó sus recuerdos a un lado, cuando el taxi que Alfer había solicitado con un ademán, se detuvo. Atrás quedaron los mitos Tuareg de Tin-hinan; los camellos Farouk o el héroe Amerolais. En Bundesplatz era hora de cierre de negocios y por ello muy difícil conseguir un transporte disponible. Habían requerido un vehículo desde hace 10 minutos y recién encontraban uno que estuviese libre.

Iban a abordar el auto con la Petra muy apretada entre los Brazos. Alfer llevaba la caja de caoba portando la piedra giratoria y Adom la tablilla en su estuche de forro aterciopelado. El conductor los saludó con gentileza cuando Abu abrió la portezuela.

De repente El doctor Weise escuchó unos gritos desesperados y algo distantes que lo llamaban.

—¡Alfer!... ¡Alfer!... ¡Alfer!

El hombre giró su cabeza y ordenó al taxi que se fuera. Abu cerró la puerta molesto por desperdiciar ese auto que tanto trabajo les había costado conseguir.

Alfer Weise no lo podía creer. Samira se encontraba al otro lado de la calle y pugnaba por llegar a él entre el tráfico. En unos instantes y casi al trote, como si de un corcel se tratase, logró remontar la corta distancia y se puso frente a él con sus brazos en jarra y las manos apoyadas en las caderas.

—¡Bien Alfer! –bufó en tono desafiante-. ¿Y ahora que me tienes que decir? ¿Por qué no habías permitido que viniera contigo? ¿Qué me ocultas?

—¡Samira, no debiste haber viajado, no hacía falta! ¡Vine únicamente a concretar un negocio! ¡No puedo creer, la escasa confianza que me tienes! ¡Te comenté que solo serían un par de días!

—Por favor, Alfer y Samira, éste no es lugar para una discusión, que les parece si vamos al hotel –intervino el egipcio; pero calló cuando Samira le hizo una señal de silencio y de que no se metiera, colocando un dedo sobre sus labios.

Sin que se dieran cuenta y de entre la gente que transitaba por esa concurrida calle, salieron de improviso tres personas y se colocaron, una atrás

de cada uno de los que en ese momento participaban en la discusión.

Tenían sendas pistolas encubiertas en prendas de vestir. Fue fácil sentir las en las costillas y esa frialdad del acero es única y no se puede confundir con nada. Alfer, Abubakar y Samira supieron de inmediato que estaba ocurriendo algo serio y que sus vidas estaban en peligro inminente. Durante la eternidad de un segundo se miraron entre sí con preguntas vacías que pronto tendrían respuesta. Alfer había reconocido a uno de los saltantes. Era una mujer y hace apenas unas horas había compartido su viaje en tren hasta Berna con ella.

—¡Querido Alfer! ¡Es un verdadero placer verte de nuevo! —dijo Kitty besando la mejilla del filósofo y dejando una huella de carmín impregnada.

—¡Maldita puta! ¡arrastrada! ¡perra desgraciada! ¡Qué es lo que tienes con Alfer! —comenzo a gritar Samira; pero el hombre a su costado presionó la pistola con fuerza, lastimándola, lo cual le hizo callar.

—¡Perra, te informo que anoche he dormido junto al doctor Weise! ¡Te confieso que me parece un hombre muy atractivo! ¡Nos hemos llegado a conocer tanto, que hasta sé de su deuda de 200.000 euros! ¡Qué te parece? —preguntó sabiendo que Samira no podría responderle, adolorida como estaba del punzante golpe provocado por la pistola-. ¡Bien dejémonos de protocolos y subamos al auto! —ordenó con voz enérgica- ¡Una palabra y mató al que la pronuncie!

Samira tornaba su mirada de un lado a otro observando fijamente a su novio y a la oriental. Tenía los ojos aguados e inyectados de sangre, en una mezcla de dolor y de rabia.

Un vehículo se aparcó a los pies del grupo y todos subieron.

En ese momento Donatien Fablet abandonaba el Banco que estaba por cerrar y pudo ver a unos pocos metros como sus conocidos eran secuestrados.

Se volvió de hielo y tragó saliva apretando la manija del enorme y pesado maletín que portaba.

—¡Sacre bleu! ¡La hermandad del Loto!

CAPÍTULO XVI

Muerta Mayling Xing, la lucha interna en la Hermandad del Loto se había desatado. Pero desde antes de que aquello ocurriera, los primeros brotes de inconformidad por el manejo de la última de la dinastía, se iban poco a poco notando.

Reuniones clandestinas, murmullos de corredor, discusiones agrias sobre quien debería ahora gobernar, se iban tejiendo con énfasis.

Shui Yang era una de las que con más fuerza se perfilaba para derrocar a la hermana Xing. Desde la muerte del último varón, Shui se había constituido en firme opositora de los designios de la Emperatriz del Loto y había comenzado a tener adeptos que no compartían la crueldad extrema con gente de la misma organización. Conforme Mayling se iba deteriorando parecía ir cediendo a una fuerza siniestra que la dominaba.

En toda la mafia china se comentaba lo ocurrido un mes atrás cuando uno de sus guardias, Huang un fornido y fiel hombre de confianza de Shaoran dijo sin ánimo de ofender que aquel había sido un gran hombre y un líder justo de la Hermandad.

La Emperatriz como poseída por un demonio interno sacó uno de los palillos que ese día sujetaban su cabello, se acercó a Huang y con voz fingidamente dulce le susurró al oído que si él creía que su hermano Shaoran había sido un mejor líder que ella. El hombretón dándose cuenta de su error se puso de rodillas y con las manos juntas y la cabeza gacha, explicó que él nunca había querido decir eso. Mayling hundió el palillo en una de sus cavidades oculares con un movimiento de abajo hacia arriba, sin piedad alguna. Frunció el ceño y su mirada se congeló para después sonreír y disfrutar de los ayes de dolor que el guardia emitía en medio de un reguero de sangre que chorreaba sin parar, manchando con una pequeña lagunilla roja el piso.

Entonces retrocedió unos pasos hacia otro guardaespaldas que contemplaba horrorizado y metió la mano dentro de su chaqueta para alcanzar la sobaquera donde reposaba una Pietro Beretta. La tomó con firmeza se acercó con pasos cortos hacia el doliente y disparó 3 tiros directo a la cabeza. Dejó en ese momento caer la pistola al piso y siguió camino de su oficina.

—Limpien esa porquería de inmediato —dijo girando la cabeza y clavando sus ojos amenazantes en todos quienes estaban en aquel salón de estar.

Aun la mafia tenía códigos de honor que, debían respetarse. Nadie mataba a uno de los suyos salvo en el caso de traición comprobada. En la noche,

cuando La Emperatriz se había ido a dormir, sus hombres de confianza no pudieron ocultar su dolor por el compañero caído. Incluso Chen Li el más próximo a Mayling se atrevió a sacar de su alma una queja que todos compartieron aunque sabía que de ser delatado al día siguiente estaría muerto.

Nadie lo puso en evidencia. Lo dicho en esa noche era unánime, debían buscar la manera de acabar con aquella mujer envejecida y maléfica. No sabían que la muerte en persona se les adelantaría.

Los conjurados de esa noche comenzaron a reunirse con la persona que consideraban más adecuada para que representase a la Hermandad: Shui Yang una joven y atractiva mujer que había sido la amante de Tian Xing y que era la que tomaba las decisiones que a él le competían y mandaba en sus espacios y en el muy corto tiempo que estuvo a la cabeza de la Dinastía. Shui tenía apenas doce años cuando Tian le había puesto los ojos en la lavandería de su padre que estaba ubicada a apenas una cuadra de la sede de la Hermandad.

La agraciada niña era alta y su cuerpo se había desarrollado. Parecía tener 15. Un día Tian habló con sus hombres y la pidió para sí. Los padres de la muchacha no pudieron oponerse a sabiendas de que todos –incluida Shui– morirían de negarse a la voluntad de uno de los hombres más poderosos de Chinatown.

Así la hizo su mujer; pero desde el primer día ella se mostró rebelde, contestataria. No le disgustaba compartir el lecho con él y se mostró precoz en las artes del amor; pero a la hora en que Tian Xing, quería hacer valer su criterio respecto a su ropa, o la comida que se serviría ese día en casa, o la película que verían en la sala de cine de la que disponían, ella hacía grandes rabietas para obtener lo que quería. Siempre se negó a usar la ropa tradicional china que se le quería imponer, ella prefería jeans gastados, sandalias de corte hippy o zapatillas deportivas. Quiso terminar la escuela secundaria y lo hizo, para obtener más tarde un título en la universidad como abogada, aunque nunca logró ejercer. La muerte prematura de su hombre la sorprendió y desde ese momento tendría que lidiar con cuatro viudas que pretenderían reclamar sus derechos. Mayling nunca fue de su agrado, aunque tenían edades similares, eran absolutamente diferentes. Shui Yang era afectuosa con todos los miembros de la Hermandad, solidaria, ayudó a muchos. Su único defecto es que era mujer de cascos ligeros y cuando un hombre le gustaba no dudaba en llevárselo a la cama y por esa sola particularidad mandó a la tumba a 3 personas, pese a que Tian nunca logró comprobárselo y las simples sospechas le bastaron.

—Ante los ojos de ustedes la mujer del jefe es hombre —solía decir Tian Xing estableciendo que sus empleados ni siquiera debían mirarla.

Mayling, por otra parte, se fue envileciendo. Nunca fue blanda. Sabía que el poder se sustenta en el miedo y no dudó en hacerlo saber; pero esa crueldad extrema, que en sus días finales demostró, no le era propia en otras épocas. Había lugar en ella para la evocación, la nostalgia, los recuerdos dulces de su infancia. Un año atrás no volvió a ser la misma. Chen Li su hombre más próximo y leal era el único que creía saber lo que estaba pasando pues había escuchado muchas conversaciones de los hermanos Xing y aunque aquello era su secreto mayor, siempre se deslizaban frases y situaciones que Li, hombre inteligente, tejía de inmediato.

Chen Li sabía que los miembros de la Dinastía Xing, amos y señores de la Hermandad del Loto tenían un objeto poderoso y mágico del que se habían vuelto dependientes y que había comenzado a dominarlos. Nunca dijo nada, por supuesto, hasta después de la muerte del gordo Huang de forma tan horrible y miserable.

Chen Li y Shui Yang, se reunían a veces lejos del Barrio Chino y preferían un café en Little Italy para comer canoli y beber un cappuccino o un spumatto. Ellos eran jóvenes nacidos y criados en Nueva York, tenían una mentalidad menos tradicional, más cosmopolita pese a que estaban claros que la Hermandad estaba anclada a las antiguas costumbres chinas. Shui en esas salidas se le había insinuado; pero él le había dicho que no mientras quedase con vida un Xing. El hombre más leal de la hermandad había cambiado de parecer y haría lo necesario para acabar con la Dinastía.

En algún momento Li logró escuchar a Mayling Xing hablar con un extranjero que debía deshacerse del preciado objeto místico. Él no entendió por qué, pero sabía que aquella era una oportunidad de Oro. Fue allí cuando intervino los teléfonos de su jefa y podía escuchar cada conversación que ella mantenía. Así supo que el hombre con el que hablaba era Donatien Fable un marchad de art francés y luego supo, que a Fablet, dos hombres, un profesor de Filosofía de Viena llamado Alfer Weise y un comerciante egipcio, Abubakar Adom le comprarían aquel misterioso objeto del cual Mayling se quería desentender.

Lo demás fue fácil. Chen Li había sido entrenado por la Hermandad en labores de espionaje y fue sencillo conocer cada paso que se daría en Berna. Chen Shui; Lu Sang y él mismo viajarían a Suiza para apoderarse de algo que llegó a determinar tenía nombre: La Petra Autem Seculorum o La Piedra de los

Siglos, según las conversaciones de Weise y Adom que había logrado interceptar.

La Hermandad tenía tentáculos en todo el mundo y Europa no era la excepción. Parecía que la suerte les sonreía, pues uno de los disidentes del mandato de Mayling y leal a la nueva corriente que se estaba formando para destituirla o sacarla definitivamente del camino, era un hombre de Lietchtenstein que residía en Suiza y que trabajaba desde hace dos años para la organización del Loto. Su centro de operaciones era la ciudad de Zúrich, pero estaba en aquel país y eso era lo importante. La Hermandad tenía cuarteles en tierra helvética y Hans von Schellenberg, un noble venido a menos. Se encontraba en bancarrota y vio en el tráfico de opiáceos una oportunidad sin par, para recuperar lo perdido... y más.

Hans tenía 45 años. Alto, rubio, de ojos azules y hubiera encajado perfectamente en los ideales hitlerianos. Cuando joven había lanzado la bala y el martillo en competencias internacionales y había conservado el porte atlético y la musculatura propia de un deportista. Buena parte de su tiempo la pasaba en los gimnasios y había perdido la mayoría de su fortuna en una empresa con socios que resultaron ser homofóbicos y que, al enterarse de su homosexualidad, habían buscado los medios para sacarlo de en medio, acusándole de un fraude que no había cometido. Debió purgar unos meses en la cárcel y allí aprendió a defenderse, a pensar mal para acertar y a no confiar a ciegas en nadie.

Al salir y ser contactado por la Hermandad del Loto, se dijo a si mismo que si había estado preso sin razón, estaba dispuesto a estarlo nuevamente, pero esta vez con una causa justificada.

Para la operación de Berna, Chen Li y Shui Yang le habían pedido que tuviese disponible una Micro Van de al menos 7 pasajeros.

Von Schellemborg quería una mayor participación en el negocio, el porcentaje que el recibía era exiguo y era quien debía correr todos los riesgos de la operación en Suiza.

Varias veces había tratado con los hermanos Xing; pero ellos eran como una roca y sus decisiones resultaban incontrastables. Por supuesto el noble en desgracia tenía claro que a la mafia era imposible oponersele so pena de acaba tirado en alguna quebrada dentro de un saco de yute. La operación rendía millones y a Hans le tocaba un dinero importante; pero porcentualmente pequeño frente al monto total de las transacciones. Shui Yang le había asegurado que pronto el poder de la Hermandad pasaría a otras manos y que

en cuanto eso ocurriese, ella le garantizaba un porcentaje mucho mayor y una posición de poder superior dentro de la organización que lo incluía en la toma de decisiones.

—Vamos a democratizar la hermandad —había dicho metafóricamente, la que en sus años de universidad se hacía llamar Kitty por no gustarle su nombre propio, que traducido del chino quería decir simplemente: agua.

Desde luego la chino-americana sabía que no puede haber democracia en una organización criminal y que nunca varias cabezas dieron buen resultado en la mafia, los Xing no habían sido una corta excepción pues de entre ellos siempre uno solo era quien llevaba las riendas del negocio y los otros debían obedecerle, por supuesto habían acordado que de faltar uno cualquiera, solo un Xing podía sucederle. En breve no quedaría ninguno, aunque Kitty no lo sabía en ese momento.

Hans von Schelleberg, había jugado sus cartas, aunque la mano era peligrosa y no sabía los juegos que los otros tenían. Se había decantado por seguir a a Chen y Li y los ayudaría en sus trajines en Suiza.

Había entonces preparado todo. Había adoctrinado a su gente para que reconociesen su liderazgo en lo que tenía que ver con la Hermandad en Suiza.

Hans se preocupó porque cada hombre que reclutaba le fuera leal a él y poco supiera de los chinos de Nueva York que eran los reales dueños del negocio; por eso la propuesta de los 2 disidentes le resultaba fácil de llevar a efecto.

Entre las enseñanzas que el presidio le había dejado estaba el saber sonreír a conveniencia y hacerlo con quien le pudiera generar algún provecho; ¿pero entregar su fidelidad absoluta a alguien? Eso jamás. Estaría con los chinos mientras aprendiera el negocio, sus aristas, sus proveedores, el funcionamiento pleno de cada detalle, pero al final buscaría su independencia y tener su propio imperio de la droga. ¿Por qué conformarse con una parte cuando podía tenerlo todo? Con esa finalidad había formado un pequeño ejército de hombres bien adiestrados y armados para los que había contratado un instructor israelí que los entrenó en Krav-Maga y uso de armas estratégicas, lo que le pareció paradójico. Su abuelo había sido un admirador de la doctrina nazi y él, para generar experticia en defensa de su tropa, se había valido de un judío.

Por su parte Shui Yang y Chen Li, habían pasado algunos apuros para excusarse ante La Emperatriz por su ausencia de varios días. Kitty había optado por la vía que siempre le funcionaba. Pretender ser la niña caprichosa

que con rabetas extorsivas hacía lo que le daba la gana.

—May ling —había dicho Shui a su ex cuñada de facto—. Ya estoy harta de andar con estos harapos. Parezco una pordiosera Tian me dejó dinero suficiente y yo debo ser la burla de todo el mundo. Una abogada como yo debe andar siempre radiante y vestida con los mejores diseñadores. No sé cómo tú puedes andar con esos batones chinos que tan poco te favorecen cuando podrías estar ataviada con las mejores galas. No sé allá tú; pero yo voy a viajar a Paris y traeré lo mejor de lo mejor: pantalones; zapatos; carteras, vestidos, joyas...

—¡No irás a ninguna parte sin mi permiso! -vociferó la colérica Mayling- ¡y si quieres moverte a algun lado y yo accedo, te irás acompañada, con uno de mis hombres de confianza!

—¡De ninguna manera! ¡Tú mandas en la Hermandad, pero yo no soy parte de ella, simplemente fui la mujer de tu hermano y eso no te da derecho de querer regir mi vida! ¡No eres una reina y yo tu súbdita!

—¡Tu dinero es dinero de la Dinastía Xing de la cual ahora soy su jefa indiscutible! ¡La Emperatriz del Loto rige los destinos de cada uno de los integrantes de su negocio y tú, muchacha malcriada, no vas a ser la excepción ¡-gritó y lanzó una bofetada que impactó sonoramente en la mejilla izquierda de Shui Yang que de inmediato rompió a llorar.

—¡Si tu hermano estuviera vivo te habría puesto en tu lugar y no te hubieras atrevido a golpearme —repuso en un mar de lágrimas, Kitty!

—¡Sabes qué, pequeña alimaña, prefiero no verte un largo tiempo por este lugar! ¡Lar-ga-te! ¡Pero te iras con el más fiel de mis hombres: Chen Li! ¡Y te advierto qué eso no es negociable! ¡O te vas con él, o no pones un pie fuera de Nueva York!

Shui Yang siguió llorando de forma convincente y conveniente; pero estaba segura de que allá arriba en alguna parte había una fuerza superior que la favorecía y velaba por ella.

Chen Li estaba allí a unos pocos pasos, como siempre, observando todo lo que ocurría y no podía creer lo que estaba ocurriendo.

Chen había preparado mil y un excusas para poder partir junto a Kitty pero de repente los caminos se abrían y en breve estarían en Suiza para apoderarse de La Piedra de los Tiempos y acceder su extraño poder.

CAPÍTULO XVII

Donatien Fablet respiraba agitado. El gran maletín llevaba riquezas que nunca había pensado tener.

Hacía y rehacía un inventario mental para obtener un monto aproximado de lo que ahí llevaba. En un primer cálculo había establecido el valor de lo que la caja de seguridad contenía. Siete millones de euros había pensado; pero recordó que también se había hecho de una libreta forrada en símil de cuero azul, cuya información no había verificado.

Si la libreta contenía información importante, por si sola podía valer millones, quizás decenas de ellos. Pronto arribaría a un lugar seguro y allí podría conocer el monto de su fortuna actual.

Habiendo sido testigo del secuestro frente al banco en Bundesplatz, presumía que la Hermandad, en cualquier momento podía pedirle cuentas; ¿aunque muerta Mayling Xin, ¿quién podría conocer sobre las joyas y menos aún la libreta? De cualquier forma, Berna no era un sitio seguro en ese momento; pero tampoco estaría a salvo en su apartamento de la Rive Gauche en París porque sería el primer lugar en el que lo buscarían.

El momento en que decidió tomar todo el contenido de la caja de seguridad de madame Xing; pensó, que muerta ella, la Hermandad del Loto se concentraría en nombrar un sucesor que continuase con las operaciones y que eso provocaría una guerra interna, pues cada cabeza, de cada ciudad, en la que la mafia de los Xing estuviera presente, querría demostrar sus méritos para asumir el trono vacío de la joven-anciana.

Cuando el taxi lo llevaba a la estación de trenes, creyó que la decisión que había tomado era la mejor. Sacrificar su ticket de retorno por Air France y dirigirse por tierra hacia Ginebra. Allí tenía un amigo joyero experto en piezas valiosas o raras que era consultado por cualquiera que tuviera dudas sobre la originalidad, el precio o la antigüedad de un objeto precioso.

En menos de dos horas remontaría los 130 kilómetros que lo separaban de Genf, como le decían los alemanes, y su ubicación estratégica en la frontera con Francia le permitiría moverse cuando fuera necesario. Disponer de dos rutas de escape, si ello fuere menester, significaba –al menos cuando se trataba con la Hermandad-la diferencia entre la vida y la muerte.

Para que le serviría la gran fortuna, de la que ahora disponía, si lo atrapaban los mafiosos orientales –caviló mientras el tren avanzaba.

Donatien estaba agotado, abrazó fuertemente su maletín y se durmió.

Un jacuzzi burbujeante, una botella de Don Perignon helada y dos muchachas de cuerpos esculturales mimándolo y poniéndole uvas en la boca. Una vida que Fablet, hombre acomodado; pero nunca millonario, había soñado y que no había tenido la oportunidad de vivir. Siempre ocupado, siempre buscando obras de arte, mobiliario clásico, copado en su tiempo con encomiendas de comprar o vender. Una agenda atiborrada de citas. Muchos hoteles. Pocas horas de sueño. Algo de gimnasio. Una esposa fría y distante con la que eventualmente coincidían en París, aunque ella prefería la Riviera. Todo lo que él había ganado, ella se lo había gastado y nunca le era suficiente.

Lamentaba haberla conocido en esa exposición de Madrid. Le atrajo su erudición en lo referente a Goya. No era una mujer bonita; pero ese aire intelectual que le proporcionaban sus lentes de montura fina, le atrajo. Dialogaron un poco en el interior de El Prado y luego tomaron una copa, unas tapas y cenaron en La Candela Restó. Terminaron haciendo el amor apasionadamente. Era el mejor sexo que había tenido en su vida. Ella era una verdadera experta que dominaba el amor tántrico –como le había llamado-.

Despertó todos sus sentidos y le llevó por caminos que no había transitado. Hace ya 15 años; pero el encanto duró poco. Él era un cincuentón muy ocupado, ella una mujer que no podía vivir sin el sexo. Una combinación letal en un matrimonio.

La diferencia de edad también ponía distancias. Ella tenía 20 años menos. Quizás en un principio, la clase, los buenos modales de Donatien y esa apariencia de hombre de mundo, experto en arte, le hicieron creer que estaba enamorada. Ella no tenía un euro en su cuenta –gastadora compulsiva como era-. Él haciendo sus negocios de toda la vida, podía permitirse un nivel adecuado y vivir en el mejor sector de la Ciudad Luz, la Rive Gauge. En realidad, ella amaba el arte al que él tenía acceso por su trabajo; pero nada más. Tuvo cuantos amantes quiso y quiso muchos amantes. Él prefirió no hurgar para evitar encontrar. Debió dejarla, eso estaba claro; pero no lo hizo. Le gustaba su compañía en esas escasas ocasiones en que se veían. Disfrutaba mucho de acariciarla desnuda, aunque ella, cuando él lo hacía, parecía estar en otro planeta, en otra galaxia, en un lugar, muy, muy distante. Extraña, ausente, insensible. Accedía que él la amase simplemente como un pago por las tarjetas de crédito que festinaba en Cannes, en Montecarlo, en Niza.

Carmen Fernández, esa complicada y díscola madridista le había robado a Fablet, la vida y las cuentas bancarias.

Ahora, la felicidad plena, el Don Perignon, las muchachas, las uvas y los

sueños, que lamentablemente se diluyeron al despertarse. Afuera, el terminal de trenes de Ginebra.

Donatien, estiró los brazos y bostezó para desperezarse. Había llegado a su temporal destino. Mañana mismo sabría a cuánto ascendía su fortuna.

La ciudad estaba oscura, opaca, húmeda por la llovizna. El limpia parabrisas del taxi parecía un metrónomo acompasado que lo adormecía. Las luces de neón se reflejaban en el asfalto mojado como en un espejo tétrico. El taxímetro iba marcando los valores y la distancia. Nunca le gustó Ginebra en noches de lluvia. Le parecía callada, mustia, cansada. Durante el día era otra cosa. Una de las capitales diplomáticas y financieras del mundo. Fortificada por César, habitada por Burgundios y Francos, se abría al orbe como una perla enclavada en la antigua Galia Narbonense.

Camino a Saint-Gervais, fue recordando, otra vez a Carmen, a la que nada le diría de su reciente hallazgo para evitar que lo dilapidase. Con ella, al inicio de su relación, habían pasado un verano en esta ciudad. Se bañaron en la Geneve Plage y en les Bains des Paquis mientras miraban a lo lejos el Mont Blanc, profusamente nevado. A la Fernandez le parecía especial que aquella ciudad tuviese un aeropuerto que tenía una salida a Francia y otra a Suiza, cosa única; pero después ya nunca quiso volver, como ya nunca quiso acompañar a Fablet en sus viajes.

Después de dialogar con el chofer del taxi, se decidió por el Ibis Geneve Centre Garé, un hotel modesto en el que no llamaría la atención. Había plazas disponibles de modo que allí se alojó pensando en la cercanía de la estación ferroviaria.

Se registró como Monsieur Bretón.

La habitación era pequeña, limpia, pero algo ruidosa. Usaría tapones en los oídos, los que siendo viajero frecuente eran indispensables.

Hundió la mano en el maletín que portaba. Un alborozo desconocido hace tiempo, le inundó.

Volvió a meter la mano en la maleta y a solazarse con el dorado contacto de su tesoro particular. Extraía los collares, miraba a contraluz las gemas, sopesaba los pendientes y pulseras, se regocijaba en el disfrute de los finos camafeos y contaba las monedas antiguas que soltaba en cascada sobre la mesita multiuso de su pieza, para escuchar el dulce tintineo.

Tomó su teléfono y escribió un mensaje al joyero Mussard que le daría la cifra que esperaba.

—Francoise, por favor confirma si mañana estarás disponible en tu

joyería, llegué hace un momento a Ginebra y necesito verte –decía el mensaje.

—Donatien, te espero por la mañana a las 10 –decía la lacónica respuesta.

La cama era mullida y el colchón demasiado grande para su soledad. Llamó al servicio a la habitación y solicitó Raclette. Notó que durante el día no había probado alimento alguno, excepto una taza de café.

La orden de Gschwellti y queso fundido, llegó con demora. Ya se estaba durmiendo. Protestó por el retraso, pero el hambre pudo más. Comió ávidamente las patatas con cáscara; pepino y cebollas al vinagre que fue remojando con el queso. Bebió agua con gas y luego tomó de su maletín la libreta azul de la Xing. Todo estaba en chino, excepto unas pocas frases en un idioma que no pudo identificar. El chino era un idioma, que él no conocía. La libreta estaba llena y para que hubiera permanecido guardada en la caja de caudales, debía ser importante. Mayling había visitado Berna hace 6 meses y supuso que personalmente depositó, en ese u otros momentos, cuanto pudo hallar en esas bóvedas de alta seguridad.

—¿Qué puede contener esa libreta? ¿Serán listados de clientes de la droga? ¿Serán personas que le deben a la mafia? ¿Se trataría acaso de un simple diario? -Las respuestas llegarían; pero no en ese momento.

Decidió dormir y lo hizo, poniendo el maletín debajo del edredón que lo cubría.

Mañana sería un largo día.

Francoise Mussard Galerie, rezaba el letrero afuera del establecimiento.

Eran las 9h55m y la garúa de la noche anterior había desaparecido por completo del asfalto de Ginebra. Arriba, el sol resplandecía y la temperatura era agradable.

Donatien Fablet, entró por la puerta principal. Llevaba traje beige, con camisa celeste; pero sin corbata un cinturón marrón claro y zapatos al tono. El francés se acarició la barba de perilla y se acomodó los lentes mientras preguntaba por el dueño.

—¿Monsieur Mussard, por favor? –interrogó con voz educada.

—Ha salido a desayunar –respondió el empleado-. Pero se fue hace más de media hora, así que de seguro, llegará en unos instantes. ¿A quién debo anunciar?

—No se preocupe, él me verá y sabe quién soy.

El maletín pesaba demasiado. Posiblemente 25 o 30 libras de joyas que impresionarían a un pachá persa. Fablet la asentó en el piso para descansar un momento.

Consultó su Cartier.

Las diez.

Francoisse Mussard entró como un tren inglés a su tienda. Miró a su izquierda y allí estaba Donatien Fablet, impecable como siempre.

—Bon jour mon ami –saludó el francés.

—Salut –contestó el suizo-. Vamos entra a mi oficina que no tengo mucho tiempo.

Mussard era de aquellos que aplicaban estrictamente el refrán aquel: “El tiempo es oro”.

—¿Qué tienes en esa pequeña maleta? Se ve muy pesada.

—Lo está –respondió el del traje beige-. Y te va a interesar.

Acto seguido, Donatien vació sobre el enorme escritorio de Mussard el valioso contenido.

El enorme y gordo Mussard, abrió la boca descomunalmente dejando caer un hilillo de saliva-

—¿Pero ¿qué es esto, por Dios Santo? –musitó dejándose caer en el asiento en forma pesada.

—Necesito que valores todo este lote.

No al azar, Francoise eligió una pieza y la levantó, no sin antes colocarse en el ojo derecho su visor de joyería que amplificaría para él los detalles. Extrajo un pañuelo del bolsillo posterior del pantalón y se secó el sudor, aunque no hacía calor alguno.

—Esto es fantástico, increíble, inimaginable –masculló. Este parece ser el primer huevo de pascua fabricado por Peter Carl Fabergé a pedido de Alejandro III que quería regalárselo a su esposa María Fyodorovna. Es llamado la Gallinita y debería estar en el Museo de Fabergé en San Petersburgo; pero lo tengo aquí en mi mano lo cual es increíble. Sólo esta pieza vale millones. Debo decir que hay 11 huevos cuyo paradero se desconoce por lo que, el que tenemos podría ser uno de ellos y de no ser el primero sería uno de los primeros hecho en la misma línea que contiene una esfera y dentro de ella una pequeña gallina de oro puro. No debería venderse en menos de 5 millones de euros.

—¡Fantástico! –atinó a responder un también boquiabierto Fablet.

—Esto de acá –continuó el obeso-es también muy interesante –y alzó otra pieza de aquel tesoro.

—¿De qué se trata? –preguntó el francés con los ojos enormemente abiertos y una mano en ademán de taparse la boca-. ¡A mí me parece

simplemente un dólar americano!

—Sí lo es. Es un dólar de plata norteamericano de 1794 similar al Amón Carter. Su peso en plata nos daría un valor de 12 dólares de Estados Unidos de América. Este cumple con los tres requisitos que la numismática impone para tasar su valor: rareza, conservación y valor cultural. Esta también podría obtener una calificación, por su conservación de 66 o 68 sobre 70, pues está como si hubiera sido recién acuñada. Tiene a un lado la dama de la libertad y al otro el águila, se acuñaron 1.758 monedas el 15 de octubre de 1794. Se sabe que 130 sobreviven y que la Amón Carter es la mejor conservada; pero ésta la supera.

—¿Y cuánto vale? —se animó a preguntar el francés.

—¡Al menos 10 millones de dólares!

—¡Pero eso es imposible, una moneda que contiene 12 dólares de plata! —me has dicho que en estas condiciones es muy rara; pero ¿puede costar 10 millones?

—O más. La que te he mencionado se vendió en 2013 en ese valor y éste, siempre es ascendente. Han pasado 5 años y estando en mejor estado que la que te he mencionado no dudo que podría venderse hasta en 12 o 14 millones.

—Y apenas hemos podido revisar dos de los cientos de piezas que me has traído. A juzgar por la primera impresión, aquí tenemos muchas joyas y monedas únicas. El lote sin dificultad podría llegar a más de ¡100 millones de euros! Tendríamos por supuesto que revisar una por una si no son robadas y hay órdenes de detención para quien las tenga. Hay que tener cuidado con Interpol. Eso podría eventualmente disminuir su valor; mas, aun así, los coleccionistas privados se volverían locos por tenerlas. Hay mafiosos y millonarios a los que el dinero les sobra y pagan cantidades astronómicas por objetos como los que debo evaluar.

—Vaya, esto es una gran y magnífica sorpresa.

—Supongo Donatien, que eres un intermediario. Quien te haya consignado este lote, es o muy ignorante o muy tonto. Este tipo de reliquias y joyas invaluable, se transportan de una en una. Nunca todas y en una maleta de cuero sin ningún tipo de seguridad. Tú mismo parece desconocer totalmente los peligros de haber hecho lo que has hecho. ¿Has viajado en tren, supongo?

—Así es.

—¿Y sin ninguna escolta?

—Efectivamente Francois —musitó el francés bajando la cabeza.

—¿Sabes que por un teléfono de 500 euros se asesina en las calles? ¡Y tú

tienes la osadía de transportar más de 100 millones en tren!... ¡Y lo haces solo! ¡Un convoy blindado y 30 hombres con rifles de alto poder y ametralladoras serían insuficientes ante la codicia que un botín así despertaría!

—En verdad, no lo había visto de esa manera – se justificó el de la barba de perilla.

—Dime la verdad Donatien, amigo – dijo con voz muy suave el gordo experto en joyas, dejando su silla y acercándose a un costado de Fablet-. Tú eres un viejo marchand de art y conoces todas las seguridades que han de tomarse con artículos valiosos. ¿Cuéntame que es lo que te ha obnubilado de tal forma que has perdido la perspectiva? ¿A quién pertenecen estas maravillas que tenemos en mi escritorio?

—¡Ahora son mías! –confesó Fablet, apesadumbrado por su ingenuidad y falta de profesionalismo.

—¿Cómo que son tuyas?

—¡Lo son! ¡Pertenecieron a una narcotraficante asiática que ha fallecido sin dejar descendencia! Eran cuatro hermanos y todos han muerto Francoise.

—¡Los Xing!... ¡Santo Cristo Redentor de la Suprema Iluminación! – vociferó el gordo haciendo que aflore su educación católica. –¡No sabes en lo que te has metido, mon ami!

—¿Y tú sabes de ellos?

—No solo eso. Conozco a su testafarro local. Un noble empobrecido que fue a parar a la cárcel acusado de un desfalco: Von Schelleberg. Esta tienda es, como un puente en el Bósforo, quien quiera conocer toda Constantinopla, tiene obligadamente que pasar por él –sentenció valiéndose de un adagio turco.

—¿Así que él ha venido?

—Sí y lo hizo también en su momento, una china añosa de la que me comentaron que era una de las cabezas de la mafia.

—¡Mayling Xing!

—Efectivamente, ese era el nombre.

—¡Por Durandarte, la espada de Rolando! Acabo de darme cuenta que mi vida ya no vale nada ¿Cómo pude ser tan inocente, tan iluso? ¿Cómo pude pensar que el quedarme con tesoros de la Hermandad del Loto, no traería consecuencias?

—Dime Donatien... ¿De qué lugar sacaste el botín?

—¡De una caja de valores de un banco en Berna!

—¡Pero puedes devolver todo! ¿Entiendo que tienes las claves para acceder a ese lugar?

—Así es; pero no podría hacerlo.

—¡Tu vida pende de un hilo!

—Pero también cabe pensar que nadie reclame por esto. Dudo que Madame Xing le hubiera contado a alguien que tenía todos estos objetos valiosos guardados aquí en Suiza.

—¡Es muy posible! Sin embargo, estoy seguro que vaciaste por completo la caja de seguridad. Una caja vacía da mucho que pensar y será fácil determinar, con el poder que tiene la mafia, quien fue el último en acceder a la caja privada de Madame Xing.

—Los bancos en este país guardan el secreto ¿verdad?

—¡En circunstancias normales, sí! Pero con amenazas de muerte de por medio, no lo sé.

Los hombres habían hecho una pausa para comer algo y retornar luego a la oficina para continuar la valoración de lo llevado por Fablet.

Todo había quedado en la caja fuerte de

Doblones españoles; regios collares; anillos portados por príncipes. Era tal el inventario y tan variado que el propio experto no sabía medir todas las piezas. Mussard debía de tanto en tanto hacer unas llamadas o revisar en Internet y luego tomaba nota de cada elemento que había tasado.

Francoise había ordenado a sus empleados que no le interrumpieran bajo ningún concepto. Las horas iban pasando.

—Lo dicho –ratificó el obeso-, aquí hay aproximadamente 100 ó 120 millones de euros. Casi todas son piezas de colección que superan en mucho su valor en materiales preciosos. Hay un collar de la Reina Cristina de Suecia, las mecenias de Descartes al que no sé siquiera que valor adjudicarle, es netamente invaluable. Encontré monedas del siglo primero; en fin, cada cosa aquí tiene su historia.

Para ese momento Donatien había perdido el interés en el monto de sus posesiones que seguía subiendo y sus preocupaciones iban más por el problema enorme que se había ganado o quizás ya lo tenía desde que aceptó tratar con Mayling Xing.

Fablet meditó unos instantes. Si los hombres de la hermandad ya habían secuestrado a quienes compraron la Llave del Tiempo, quería decir que las comunicaciones de Madame Xing, estaban intervenidas y que alguien más sabía de las negociaciones. Si así era, las llamadas telefónicas que la china le

hiciera a él, también eran de dominio de gente del Loto. Por lo tanto, él, Donatien Fablet sería el próximo objetivo de la mafia oriental.

Habían pasado apenas unas horas desde la muerte de la número uno de la organización delictiva y un grupo armado tomaba prisioneros –si aún estaban vivos- a Alfer Weise; Abubabakar Adom y a una mujer desconocida que los acompañaba, rememoraba el francés.

La Piedra de los Tiempos, el macabro objeto que había vendido y del que Mayling Xing quería deshacerse a toda costa, era del interés de la que fuera su propia gente. ¿Sabrían tal vez ellos algo que él no sabía? ¿Acaso el objeto, en verdad tendría poderes o simplemente eran supercherías de gente que aún creía en la magia? Mayling le había determinado en su último diálogo que no le importaba lo que se obtuviera en dinero de la venta de La Piedra. Lo importante era que fuera a parar a otras manos. ¿Qué la hizo temer de tal forma a ese par de viejos artículos de barro cocido y piedra?

Podía entender lo de Weise y su interés, él era un académico, un buscador de objetos de valor histórico o arqueológico, reliquias antiguas y Adom era un comerciante, experto en los temas de piezas de valor de las culturas de Mesopotamia y Egipto, en especial; pero al fin un comerciante. El valor de las cosas era su valor pecuniario en el mercado. Los mundos mágicos, místicos, esotéricos, metafísicos, quedaban para aquellos chinos crédulos e ignorantes. Lo terrible era que, aquella ignorancia haría que le buscasen por los 4 confines del mundo.

Francoise, el gordo joyero se había excusado para ir al cuarto de baño, mientras Fablet permanecía en su oficina frente al reguero de objetos de valor, muchos de los cuales ya habían sido clasificados y puestos en fundas sobre las que se escribía su tenor y valor.

De repente el joyero retornó.

—Donatien ¿tú sabes que es lo malo de los secretos?

—¿Qué? –dijo a secas el francés mirando el rostro transfigurado de ese que consideraba su amigo.

—¡Que cuando los saben más de dos ya no son secretos!... y alguien más acaba de enterarse que tú estás aquí y me ofrecido 5 millones de euros después de escuchar acerca del inventario.

De pronto y en unos minutos, Fablet pudo reconocer el rostro de la codicia, en la cara regordeta de Mussard, su frente sudorosa, los ojos enrojecidos.

Al salir había realizado una llamada y había buscado su piestola.

—Perdóname Donatien, pero todos tenemos un precio y la oferta excedió el mío, lo siento tanto —dijo al levantar la pistola y apuntar muy de cerca a la cabeza del marchand de art.

Ya todos se habían ido de la Joyería Francoise Mussard Galerie.

Había anochecido.

Entonces un disparo sordo, el de un arma portando silenciador, rompió la quietud de la noche.

Una mancha de sangre viscosa y roja escarlata se esparcía por el suelo, corriendo, reptando como si tuviera vida propia.

Un hombre yacía en el suelo, muerto, con los ojos transformados en vidrio estéril, con la boca en un rictus congelado en una palabra que no pudo decir.

Francoise George Mussard dueño de ese lugar, había sido asesinado. En la oficina, Von Schelleberg tenía un arma que todavía humeaba en la mano y Shui Yang desde la puerta cuidaba el acceso a la Galerie.

—Este cerdo hijo de puta, ya sabía demasiado —sentenció el de Liechtenstein.

Donatien Fablet temblaba en una esquina de la oficina y a sus pies había un charco de líquido amarillo.

Se había orinado en los pantalones.

CAPÍTULO XVIII

Una bodega hacía las veces de cárcel.

Alfer Weise; Abubakar Adom, Samira Faruk y Donatien Fablet estaban sentados en el piso o en alguna caja de las muchas que había en el lugar.

Samira no había abierto la boca desde el instante en el que fueron apresados. Alfer había intentado abrazarla o simplemente dirigirla la palabra; pero ella no lo había permitido.

Abubakar también hizo su parte, queriendo que Samira rompiera el mutis. Tampoco tuvo respuesta.

Fablet tenía el pelo y el rostro cubiertos de sangre. Un cachazo de von Schellemborg lo había noqueado en la oficina del gordo, que a estas alturas estaría valorando las joyas de los coros celestiales. Todavía estaba mareado y confuso. Había dejado de ser millonario excepto por una moneda de un dólar de apariencia común que había guardado en el bolsillo sin entender por qué.

No los habían amarrado, no lo consideraron necesario, apenas eran dos sesentones y un cincuentón, junto a una mujer ya madura.

Chen Li había querido maniatarlos, pero Shui Yang lo consideró innecesario y von Schellemborg había pensado lo mismo. Lu Sang, el cuarto hombre los vigilaría constantemente, aunque la puerta era de hierro y tenía un enorme aldabón que necesitaría una bomba para abrirse.

La bodega tenía hacia el fondo unas ventanas de ventilación muy pequeñas por las que un hombre o mujer adultos, no pasarían. La bodega era un recinto seguro, máxime para cuatro personas para las cuales, sus mejores años, en el aspecto físico, ya se habían ido.

En un mesón Shui y Chen, observan la tablilla con el mapa y la piedra móvil. La giran, la colocan sobre la pieza de arcilla cocida. No logran ningún resultado. Prueban todas las formas posibles y nada parecía funcionar.

Von Schellemborg, que también curioseaba, sugiere llamar a Alfer Weise.

Chen Li, ordena a Lu Sang abrir y llamar al profesor de filosofía.

Un manotazo en la nuca hace que el austríaco camine más rápido. Lo sientan junto al mesón y Kitty le levanta el mentón y lo besa en los labios. Alfer escupe en el piso de inmediato y esta vez es él, quien recibe el cachazo que le rompe la sien izquierda abriendo una herida de un par de centímetros. El dolor es tan intenso que se desmaya.

Lu Sang, pronto arriba con una cubeta de agua y la lanza sobre la cabeza de Alfer, inconsciente y con sus brazos extendidos sobre el mesón cerca de la

Piedra de los Tiempos. De inmediato se espabila y con sus ojos lanza una mirada borrosa a la mujer que lo había golpeado. Ella sostiene la pistola que esta vez lo apunta.

—Me estoy cansando de ti Herr Proffesor. He sido muy condescendiente contigo, ahora necesitamos que nos digas como funciona esta maldita cosa por la que pagaste 200.000 euros.

—No lo sé —respondió con sinceridad el académico.

—Y porqué pagaste por ello, desgraciado —berreó Kitty-, no nos creas tan estúpidos. Si invertiste tanto dinero es porque sabias que estas dos piezas servían para algo ¿No quieres hablar? ¡Yo sé lo que te hará decirnos todo lo que necesitamos! ¡Lu Sang! ¡Trae a la mujerzuela!

Samira salió tapándose los ojos, la bodega en la que los habían encerrado estaba en casi completa oscuridad y aquel lugar estaba iluminado por reflectores muy potentes. Tambaleó un poco y sin que nadie pudiera evitarlo se lanzó contra Kitty que se vio sorprendida y dejó caer su pistola ante el ataque.

La agarró de los cabellos, y Sui Yang hizo lo mismo. Pronto rodaron por el suelo. Los hombres prefirieron no intervenir divertidos ante una pelea de mujeres.

—¡Mil vece puta! —gritaba Samira rompiendo su largo silencio-. ¡China maldita acabaste con mi felicidad, te metiste con el hombre que amaba! —bufaba la libanesa.

—¡Perra vieja no te mereces un hombre como él, te voy a partir la cara! —respondía Shui Yang-. Deberías estar en un hospicio desgraciada.

Dieron varias vueltas y Samira alcanzó a rasguñar el rostro de Kitty, que con eso 4 hilillos de sangre corriéndole, pareció empeñarse más a fondo en la pelea y entonces hizo prevalecer su juventud y su entrenamiento como artista marcial. Logró ponerse a horcajadas y entonces propinó varios golpes de puño hasta que la contrincante quedó desmadejada. Alfer intentó ponerse de pie e intervenir; pero Lu Sang con el pulgar y el índice presionó una vena de su cuello dejándolo inmóvil.

Von Schelleberg y Chen Li reían más divertidos que antes.

—Vaya que buena pelea -dijo el del diminuto país.

—No me imaginé a una mujer de esa edad poniendo en su sitio a Shui Yang.

—¡Silencio malditos! —tronó con su voz la ex mujer de Xing, mientras se tocaba la cara y constataba en sus dedos que la sangre manaba. La herida era profunda y de aquello quedaría cicatriz. Levantó la nariz, arqueo las cejas y se

fue nuevamente contra Samira que yacía en el piso, propinándole 2 puntapiés. Luego recogió su pistola del piso y estuvo a punto disparar contra la caída; pero Lu Sang la detuvo.

—¡La necesitamos! —susurró.

Kitty, bajó la pistola un instante, pero la volvió a levantar y esta vez la apuntó hacia Chen Li y von Schellemborg.

—¡Perros de mierda! ¿Creen que pueden burlarse de mí? ¡Fui mujer de uno de los hombres más peligrosos del mundo y pude imponerme! ¿Creen que ustedes par de mamarrachos van a reírse de la futura reina de la Hermandad?

—Eso está por verse —dijo entre dientes Chen Li.

Kitty escuchó, pero prefirió fingir que no, pues no era el momento.

—Levanten a la zorra —dispuso con voz de mando.

Esta vez le metió el arma en la boca, provocando una herida en el labio.

—¡Alfer, sabes que tengo mucha gana de matar a esta ramera! ¡Si tú no me dices lo que sabes acerca de La Piedra, por lo menos tendré el placer de destaparle los sesos a esta puta vieja!

—¡Te lo he dicho Kitty, conozco su historia, lo que la gente a lo largo de los siglos ha comentado de ella, las leyendas que se tejen; pero no tengo idea de cómo funciona! —dijo desde lo más profundo de su alma.

—Quizás dice la verdad intervino el de Liechtenstein —entre las joyas que recuperamos de la Galerie, hay un pequeño cuaderno de color azul, está escrito en chino quizás allí Mayling Xing nos dé una pista.

—¡Pedazo de animal! —atacó Shui-. ¿Y por qué no habías dicho nada al respecto?

—¡Tú estuviste allí conmigo, pudiste haberlo visto también; además ya estoy cansado de tus gritos y tus insultos! ¡Tú no eres mi jefe!

—¡Pronto lo seré! —dijo Shui Yang.

—¡Tú y yo tenemos las mismas oportunidades de ocupar la silla vacía de los Xing —ripostó von Schellemborg, añadiendo-! Quiero que recuerdes que estás en mi territorio, afuera todos los hombres que rodean el lugar son leales a mí, no estás en Nueva York ni en China, para excederte.

—¿Te das cuenta de lo que dices? ¿Crees que un europeo va a ocupar la jefatura de la mafia china?

—¡Todos tenemos las mismas oportunidades! ¡Pero mientras nosotros estamos en Suiza, en Nueva York ya deben, otros tantos, estar pensando en el sillón de Mayling Xing —acotó Chen Li!

Entonces y por un instante todos callaron.

Había que buscar de inmediato la libreta.

CAPÍTULO XIX

“Sham ga ata necedel, vic al formur, atra sin doc paretec alan dur malsec sutan gar dadel, vic mar vic portri, vic catar, ung mol, sapur etnel falan”.

Todo lo demás estaba escrito en pictogramas, hànzi, la escritura china.

El cuadernillo azul era claro y no dejaba lugar a dudas. Los 3 hijos del Loto lo habían leído con detenimiento.

No era una lista de deudores de la mafia.

No era un libro de cuentas de los negocios de La Hermandad.

No era un diario en el estricto sentido y si lo era, era un diario muy especial.

Era más bien una crónica de viajes en el tiempo.

Mayling, escribió:

Siento que con cada viaje me voy deteriorando enormemente. Me veo en la necesidad de escribir en esta libreta, porque siento que pronto ya no podré recordarlo.

La muerte va a llegar, eso lo sé, al igual que a mis tres hermanos: prematuramente. Aún no cumplo 25 años y mi cuerpo se siente como si tuviera al menos 60.

Todo comenzó cuando un hombre que desconocíamos logró convencer a mi hermano Shaorán de comprar una antigua reliquia de dos partes llamada La Piedra de los Siglos. Yun y Tian de inmediato se mostraron muy interesados, lo mismo me pasó a mí, porque aquel extraño puso su propia vida en juego para demostrar que lo que nos estaba vendiendo: funcionaba.

Había que colocar una cuña en el sitio del lugar geográfico al que se quisiera viajar; luego con la piedra móvil de 2 ejes se obtenía una fecha algo imprecisa, más bien te ubicaba en un siglo específico. Lo demás iba de tu cuenta. Recitar la oración que he colocado al inicio de este cuadernillo y entonces debías formular una razón por la cual hacer el viaje y concentrarte en ese momento de la historia que querías visitar.

Aparentemente no pasaba nada, llevabas la piedra a tus aposentos y te despertabas muy cansado y con leves recuerdos de un sueño que se desarrollaba en otra época, en otro lugar. Para cualquiera de tu entorno, que te había visto la noche anterior, solo habían pasado unas horas; pero para ti, el viajero; el tiempo corría de manera diferente. Lo hacía de una manera que para nuestra forma de ver no correspondía a las normas de la física. Lo dejaré establecido de forma simple. En una sola noche podías estar en otro lugar por

años y esos años, obviamente, para ti ya transcurrieron y no se podían volver a vivir y tu cuerpo se iba transformando a ese ritmo de tus noches, que con La Piedra duraban lustros, décadas aun.

Si alguien tiene, en algún momento, la oportunidad de leer estas líneas, podrá pensar que este objeto maléfico no hace más que canjearte tus años de vida, por otros en un lugar y un momento que no son los tuyos; pero está equivocado. Vivimos para construir recuerdos, para edificar un concepto vital lineal que nos permita hacer una retrospectiva, trazar una línea de tiempo que va contando nuestra historia. La Piedra, te lo impide.

No puedes recordar sino una muy pequeña parte de lo vivido por las noches y siempre tienes la sensación de que se trató de un simple sueño. No hay manera de concluir a tu voluntad un traslado o un viaje, es La Piedra la que decide cuando debes regresar y sin embargo regresas, ante todos, después de una sola noche. En nuestra medida de tiempo, la travesía nunca dura más de 8 horas y siempre durante la noche; pero en el calendario del otro lado pasan muchos años.

De una manera que no alcanzo a entender, ésta que también lleva por nombre Petra Autem Saeculorum, te permite cada vez traer una prueba del otro lado. Ignoro como ocurre, pero al regresar tienes un testimonio físico de tu visita y siempre es algo de aquello que te llevó a viajar. Así La Petra te deja saber que no soñaste, que no imaginaste todo, que lo recordado vagamente, ocurrió y que tu deseo se ha cumplido.

Yo retorné algunas veces con diamantes de las minas de la India, de África, de Brasil. Los diamantes siempre me gustaron, es más fueron mi obsesión, por su significado del griego “adamas” que significa invencible y encarna el triunfo; la perpetuidad. Así mismo no hay dureza como la del diamante: mi corazón estaba hecho de ese material. Si me preguntan que me quedó de esa experiencia, les diría que nada, salvo cuatro o cinco pedazos de carbón comprimido por los que cambié mi vida. No necesitaba esos diamantes, hubiera podido comprar muchos más con mi dinero; pero comprendí demasiado tarde que, en las primeras travesías, uno mismo pedía a la piedra ser llevado y luego de un par de excursiones en el tiempo, La Petra decidía por ti.

Ya no eran necesarias las oraciones en lengua extraña, ni siquiera la misma piedra. Te ibas a tu cama a dormir y de repente estabas en un día que no te correspondía vivir y en muchos días, que se volvían años. Esto lo pude entender porque en las memorias de viaje, siempre me veía de varias maneras

según los años corrían allá en esa otra realidad, Mi físico era cambiante aparecían canas, me recordaba con menos arrugas y luego con muchas. Por eso decidí –allá o aquí-hacer una prueba en Minas Gerais, en las minas generales de Brasil y escribí mi nombre y una fecha en la bitácora de la Capitanía.

Luego volví a encontrar mi nombre escrito 7 años después, aunque a ese lugar realicé un solo viaje. Hace poco, logré por medio de mis contactos en Sudamérica hacerme con esos antiguos registros de la mina, ahí estaba la prueba. Viví por lo menos 7 años en esa tierra. No estaba segura de nada, los pensamientos se agolpaban en mi mente sin claridad ni precisión; sin embargo, mi nombre, de puño y letra era una prueba incontestable. Además, hablo portugués antiguo sin haberlo aprendido nunca en esta vida en el Nueva York del 2018.

Yo sabía que La Roca, concedía a quien la usara, el don de la poliglosia – podría hablar a donde fuera la lengua del lugar-; pero desconocía que aquel talento inusual se pudiera trasladar a este lado de la realidad.

¿Cómo se me ocurrió lo del registro en la Capitanía? Pues pienso que al otro lado estoy consciente de quien soy y lo que he vivido a este lado de mi vida en la que tengo casi 25 años; pero acá me es imposible recordar con detalle lo que pasó en esa especie de destierro en el tiempo y el espacio. No creo poderlo explicar de otra manera; mas así ocurrió y eso demuestra que por las noches y únicamente por las noches, en esas que deberían ser mis horas de sueño yo Mayling Xing soy una viajera del tiempo.

Si esto puede servir de advertencia, que lo sea. Este artefacto maldito no concede poderes, no te hace más fuerte, ni quizás más rico. Cumple, sí, el objetivo básico que te propones al viajar; pero a un muy alto precio.

Estoy segura de que en alguna parte de mi mente alborotada y dispersa están las respuestas como también creo que lo están en las palabras que conforman el conjuro que te permite iniciar los periplos temporales. Nunca pude, ni aún con los expertos más sabientes, averiguar su significado, ni siquiera de que dialecto proviene, mas allí está la clave.

Estoy convencida de que hay una forma de regresar desde las arenas de los siglos, sé que hay cómo parar la expedición, a esos mundos de otro momento. Si alguien lo consigue y al regreso puede tomar nota de cuanto ha vivido al otro lado, en esa dimensión distinta a la que emigramos en horas de sueño, se habrá adueñado de la máxima capacidad que hombre o mujer alguna han tenido jamás.

Curvar el espacio-tiempo, romper la última barrera, escabullirse de esta

dimensión, entronizarse como amos y señores de la historia, cambiar el mundo y sus hechos fatídicos, evitar Hiroshima, asesinar a Hitler o con mentalidad menos humanista, comprar propiedades a precios muy bajos en los lugares que tendrán una alta plusvalía más adelante llevar tecnología; bajo el principio de un viaje, un objeto.

¿Saben el poder que tendrían hace dos mil años con una simple computadora? Mi hermano Yun trajo, desde 1794, una moneda que ahora vale millones. Es así de simple, quien controla el tiempo lo controla todo; más el control implica consciencia, el poder requiere de entendimiento, el entendimiento por si solo no sirve de nada si no se aplica. Hay que dominar cada arista de ese todo complejo, multifocal, por ahora misterioso y enigmático.

Ni siquiera sabemos que es el tiempo: una dimensión, un camino, una línea, un algoritmo matemático, una constante física, la mano de Dios que regula, norma, organiza.

Yo he aprendido que el tiempo es un saco de semillas. Las que dieron fruto son las hacen que tu vida valga la pena. Los frutos más valiosos son el saberse amado, respetado y no temido, recordado por tus obras. Mis semillas han sido estériles, ni siquiera tengo los recuerdos de una larga vida, soy una anciana que pronto va a morir y que nació hace tan poco. Soy una mujer ávida de riqueza y poder, prefiero mandar que obedecer, matar que morir. Esa ha sido mi ley. Tuve mucho; pero no tuve nada o lo poco que llegue a tener, realmente valioso, se lo llevó este artefacto que maldigo con mi alma marchita.

No dejo hijos, ni familia alguna. Los pocos que me amaron, ya no están, se fueron arrastrados por La Piedra.

A mi alrededor, la adulación barata, el miedo, el interés, el oportunismo, la venganza, el rencor y el dolor, son los únicos sentimientos que percibo.

Mientras tanto, si no logramos dominar el poder de La Piedra y ella nos domina, más vale alejarnos, no formularle expectativas o deseos, porque lamentablemente, se pueden cumplir.

Pero había mucho más en la libreta azul.

CAPÍTULO XX

Rápido fuera todos los necesitan de inmediato! –gritó un fornido guardia de Schellemborg que se paró a un costado del marco de la puerta y que los iba empujando conforme salían

Primero fue Abubakar, bastante demacrado. Sus ojeras proverbiales eran más notorias ahora. Apestaba, un olor nauseabundo salía de su cuerpo. Él no había puesto un pie fuera de aquella especie de celda donde los habían confinado, casi sin luz, con muy escasa comida y con apenas una letrina en la que nunca hubo agua.

Luego fue Donatien, la herida que tenía en la cabeza parecía habersele infectado y casi no se podía sostener en pie. Su ropa estaba sucia de forma que nadie hubiera podido adivinar el hombre elegante que era. Samira le ayudaba a sostenerse, pero ante el manotón del guardia, Fablet cayó y no se pudo levantar. Ella, lucía cansada y daba la apariencia de haber envejecido al no llevar el maquillaje, el lápiz labial que era infaltable, el rubor en las mejillas, la máscara de pestañas. Su ropa estaba raída y parecía la de un pordiosero luego de la pelea con la oriental, poco se podía adivinar de la mujer hermosa que era, salvo en la profundidad de esos ojos infinitos que Alfer amaba.

—Por favor ayuda –gimió Samira mirando al guardia-este hombre está muy enfermo.

Alfer, había demorado un poco en salir y cuando escuchó la voz de su gata se apresuró y entre ambos intentaron lograr que Fablet se sostuviera por sus medios. Esta nueva caída había lastimado una de sus rodillas y la mancha de sangre había comenzado a verse sobre el empolvado pantalón. A rastras y luego a pulso, lo sentaron en una silla, que colocaron en una esquina de manera que el cuerpo del francés pudiera apuntarse contra la pared y no caer. El guardia en tanto les urgía para que pasasen a la habitación contigua donde los miembros de La Hermandad los esperaban.

—¡Vaya, vaya, pero que es esto! –comentó Shui Yang-. ¡Una piara de cerdos! –añadió tapándose la nariz, pues el olor en verdad era insoportable-. El dueño de casa debería tener algo más de cortesía con sus invitados –concluyo, mirando a von Schellemborg.

Ya se les había informado que Fablet estaba en un estado muy delicado de salud.

Chen Li, una vez que todos se habían sentado, fue quien tomó la palabra.

—¡Señores, señora! –dijo ceremoniosamente-. Sabemos, de manera

básica, la forma en que La Petra Autem Saeculorum trabaja; sin embargo, disponemos de un texto, indispensable para su utilización inicial, cuyo significado desconocemos. La organización tiene nexos con expertos en lenguas muertas y en vigencia a los que hemos remitido el contenido y hasta el momento, nadie conoce ni siquiera el idioma en el que aquel párrafo está escrito.

—Parece ser que esa especie de conjuro, esa sentencia antigua, crea un campo vibratorio a través del que, el cuerpo puede viajar en el tiempo y el espacio. Ustedes como eruditos lo saben —comentó Lu Sang, mientras Samira permanecía desconcertada pues ella no conocía absolutamente nada de La Piedra, aunque prefirió callar, pretendiendo estar al tanto, pues estaba consciente que a estas alturas de la situación, su vida no valía nada.

—Y nosotros ¿qué ganamos ayudándolos en esta investigación? —se animó a intervenir el Doctor Weise.

—Si conseguimos resolver el acertijo, puesto que lo es para nosotros, mi querido filósofo —respondió Shui Yang con su característico tono burlón-, respetaremos sus vidas. Los dejaremos en la frontera francesa con el dinero necesario para que puedan retornar a sus hogares; pero si no colaboran y aun si colaboran, sin resultados. Los mataremos uno por uno y su ejecución no será breve ni indolora. ¡Comenzaremos con la perra!

—Yo soy un simple comerciante y no sé en qué medida puedo aportar —participó Abubakar.

—Sabemos perfectamente quien eres y conocemos que, en cuanto a lenguas muertas de raíces arábigas, semíticas o mesopotámicas, tú eres el que sabe más —puntualizó Chen Li, después de beber un sorbo del té que tenía servido.

—Bueno, yo soy Psicóloga —pronunció con duda la golpeada Samira dejando ver los moretones que Kitty le había causado.

—Pero eres políglota, perra. Puedes hacer que de algo sirva tu miserable vida. Hablas árabe libanés, alemán, francés e inglés...

—Y español, perra —cerró la frase Samira, devolviéndole el epíteto y poniéndose de pie con rostro furioso, para ser obligada a tomar asiento de inmediato por uno de los dos guardias armados que custodiaban aquella sala de reuniones improvisada.

—Señoras tranquilas —pidió Chen Li.

Alfer al costado de la libanesa, intentó tomar su mano; pero ella se la retiró sin amabilidad alguna.

—Les proporcionaremos computadoras, pero monitorearemos cuanto

escriban, en tiempo real. Tendrán acceso a la red y la Petra, estará disponible para que la evalúen o manipulen conforme sea necesario –explicó Lu Sang que dejaba ver en su forma de actuar que era jerárquicamente inferior a los otros orientales. Siempre miraba a Chen o Sui, esperando una mirada de aprobación.

Von Schellemborg había permanecido callado, escuchando con atención a todos. De repente hizo una señal a los 2 hombres armados.

Dos tiros se dejaron escuchar, potentes, sonoros. Su eco quedó retumbando un momento al rebotar en las paredes de la amplia habitación.

Chen Li y Lu Sang, yacían ahora muertos.

Li tenía un orificio sobre su oreja izquierda; Sang uno en la espalda que le atravesó el corazón.

Kitty quiso alcanzar a von Schellemborg, pero el rastrillar de las pistolas la detuvo.

—¡Infeliz, no sabes lo que has hecho, te acabas de tirar encima a la hermandad! ¡Ya estás muerto hijo de puta! –vociferó.

—¿De qué Hermandad me hablas? Primero, tú ni siquiera eres parte, fuiste apenas una de las amantes de un Xing. Segundo, La Hermandad, de la última llamada que acabo de recibir, vive en Chiantown una verdadera guerra civil. Han saqueado los depósitos de dinero, las caletas de droga. Todos quieren hacerse con el control de la operación y ser el nuevo Jefe del Loto; pero nadie tiene ni la inteligencia ni las agallas. Hay un enorme baño de sangre y en última instancia cada uno quiere llevar, al menos, una tajada. Además, los Xing blindaron su negocio de tal forma, que nadie aparte de los 4 hermanos, manejaba listas de clientes, proveedores de insumos, cuentas, logística y lo demás. De esa manera cualquiera podía operar una parte, pero no el todo.

Así que Shui, de ese enorme imperio que conociste solo quedan fragmentos que será imposible unificar ni reconstruir. Con Mayling, terminó la dinastía Xing y con ella La Hermandad del Loto, lo cual me libera y me permite iniciar mi propia operación por toda Europa. Pronto el apellido von Schellemborg será reconocido en todo el bajo mundo. ¡Así que tú, china de mierda! ¡Deberías empezar a temerme!

—¡Mátame entonces, cobarde, buitre!

—¡Necesito un traductor del chino, para hacer revisiones de la libreta azul! ¡De lo contrario ya estarías en el piso agujereada por una bala! –repuso el de Liechtenstein.

Samira fingió que sentía náusea al ver la sangre y se puso de pie; pero solo

para asestar un sonoro puñetazo en la nariz de Shui Yang, fracturándole el tabique. La sangre manó a borbotones. Alfer iba a sacar un pañuelo, caballero como era, para que Kitty se limpiase, pero una mirada de Samira bastó para que no lo hiciese.

Abubakar no podía creer lo que estaba viendo, esa mujer madura y aparentemente frágil le había partido la nariz a una artista marcial con cinta negra.

Von Schelleberg, reía a carcajadas golpeando la mesa hasta quedar casi sin aliento y con el rostro enrojecido.

Uno de los guardias, prestó finalmente su pañuelo.

Repentinamente otro de los guardias de la bodega entró para notificar a su jefe que el francés, deliraba y se estaba muriendo.

Lo habían colocado sobre unos cartones haciendo las veces de camastro. La infección se había expandido y se lo estaba llevando.

Samira fue la primera en acercársele y pedir un poco de agua.

Le limpió el rostro. Lo besó en la frente, pues solo con él había dialogado en esos días de encierro, dolida como estaba ante la presunta traición de Alfer y la complicidad de Abubakar.

Donatien le había contado de Carmen y de cómo había minado su fortuna. Le hablo de su vida casquivana y como él había preferido ignorar sus deslices, mientras que Samira le había contado de su infancia, de su familia y sus viajes.

En un momento en que los guardias no le miraban, Fablet entregó a Samira algo que tenía en su mano.

—Esto te puede sacar de cualquier apuro, tómalo como el regalo de un amigo que te ha tomado el afecto de un padre. No he sido un buen hombre, he estafado, he mentido, he robado. Deja que me redima en el instante final – musitó apenas.

—No te mueras Donatien –dijo sollozando.

En ese preciso instante el galo se había ido a morar más allá de las murallas de la muerte.

Era ya bastante tarde y habían sido anoticiados de que los trabajos de investigación se iniciarían temprano por la mañana.

Habían vuelto a ser 4 en cautiverio; pero esta vez Shui Yan había tomado el lugar de quien fuera en vida, Donatien Fablet.

Samira Faruk no pudo dormir en toda la noche. Por una parte, le embargaba la tristeza de la muerte de aquel francés, que conoció hace tan poco -en circunstancias tan difíciles-y que, sin embargo, le había abierto su corazón.

Por otra, temía ser asesinada en la noche por Shui, a la que Alfer llamaba Kitty, aunque ella estuviera tan adolorida con su fractura, que no se levantaría hasta el amanecer en que les darían la oportunidad de tomar una ducha y les proporcionarían ropa limpia, como von Schellemborg había prometido.

Alfer durmió muy poco. Sin quererlo accedería a la manera en que La Piedra operaba. De lo que pudo escuchar, ésta tenía el poder de permitir los viajes en tiempo y espacio. No era por lo tanto un mito, una fábula, una simple historia tejida por la necesidad de los pueblos de procurarse herramientas de poder, aun cuando estas, solamente existieran en la tierra de los sueños y los imposibles. Cuando, junto a Abu, habían planeado la compra de la Petra, todo esto era nada más un anhelo, una ensoñación, un deseo irrealizable. Él hombre de letras y de ciencia se resistía a creer que un objeto mágico realmente existiera. Algo dentro de él lo llevó a jugársela entero. Era como si el objeto místico lo llamase a la distancia y le hubiera hecho perder la cabeza al asumir una deuda tan grande. Desde el principio trataba de reconfortarse con la idea de que –como la lógica le decía–,

La Piedra, sería un simple objeto de estudio, algo para exhibir en un museo y quizás una forma de revelar un párrafo más de la historia del hombre y sus inquietudes metafísicas. Algún mecenas, interesado en el tema, quizás lo ayudaría y así saldría del embrollo económico que se estaba procurando. Ahora, sin bien había dejado de ser de su propiedad, podría estudiar La Petra Autem Saeculorum y el conjuro que la activaba; quién sabe si podría descifrarlo, pero si en algo estaba claro es que él, sin importarle las consecuencias, probaría La Roca de los Siglos, La Llave del Tiempo y se dejaría llevar en ese periplo hacia otro momento, otro lugar. Le bastaba con demostrar que un viaje en el tiempo era posible, de la forma que fuere y ese solo hecho valdría aun, perder la vida.

Abubakar roncaba plácidamente.

Samira en medio de su insomnio, había recordado el regalo de Donatien.

Hurgó en el bolsillo de sus jeans.

Estaba muy oscuro para poder tener detalles.

Lo que sí sabía es que se trataba de una moneda. Esperaba que fuera ese talismán de la suerte que tanto les hacía falta.

CAPÍTULO XXI

Amaneció. Por las pequeñas aberturas de ventilación entró un muy tenue haz de luz que apenas permitía adivinar que había llegado el orto solar.

Uno de los guardias abrió la puerta de la bodega-prisión y arrojó 4 toallas al piso después de encender la luz que siempre mantenían apagada.

—Salgan desnudos, cúbranse con esto. Quemaremos toda su ropa vieja y también evitaremos que puedan portar nada que no podamos controlar. Al salir les proporcionaremos batas de laboratorio. Y sandalias descubiertas.

Abubakar fue el primero por decisión unánime, Su olor era más potente que el de una mofeta.

Solo Shui, estaba al fondo de la estancia sentada. Tenía los antebrazos sobre las rodillas inclinadas. La nariz se le había inflamado de tal manera que parecía la nariz de un boxeador. La sangre se había secado dificultándole respirar. Estaba sola en el mundo y lo sabía, aun si se liberase, ni siquiera sabría a donde ir, porque el único mundo que conocía desde los 12 años era el de La Hermandad, que ya no existía. Si bien había estudiado la universidad y obtenido su título de leyes y se había acostado con muchos, no tuvo más amigo que Tiang Xing, el hombre que la desfloró cuando aún era una niña. Grosero, descortés, gritón y despiadado como era, había sucumbido al poder que Shui tenía entre sus piernas y a la fogosidad que demostraba no solo en el lecho.

Samira, pudorosa, buscó unas cajas vacías que reposaban junto al asqueroso retrete, para desvestirse. Además, tenía un regalo, la moneda de Fablet que no quería perder. Quemarían su ropa exterior e interior así que debía arreglárselas para conservar el que ahora consideraba su talismán. Lentamente se fue desnudando, su cuerpo era todavía firme y apetecible. Grandes senos un ombligo sensual y piernas torneadas. No era de grandes glúteos, pero en conjunto no había dejado de ser una mujer atractiva. La ropa cayó al piso y tenía la moneda en la mano. La humedeció con saliva y la metió en su ano. Sintió que su único espacio virgen se le desgarraba y se mordió los labios para no gritar. No era una moneda pequeña. Se le dificultó salir cubierta con la toalla apretando las nalgas. Caminaba casi en puntillas. Al salir sonrió al guardia, casi justificándose. Él se limitó a verla con desprecio.

Alfer tenía la barba desordenada y sin forma. Era muy pulcro a la hora de cortarla y perfilarla. Le gustaba pequeña, bien alineada, simétrica. Sabía que así disimulaba su rostro redondo. El baño le vino de maravillas; pero no la bata con la que se sentía ridículo y casi desnudo. Hubiera querido protestar;

pero sabía que no tenía caso.

En breve estaría finalmente frente al objeto de su búsqueda y que en buena lid le pertenecía. Pensaba todo el tiempo en Samira y la cortina de hielo que había puesto entre ellos. La gata, aún creía que él había tenido un romance con Kitty y no se lo había perdonado y ni siquiera había permitido que intentase explicárselo.

—Las mujeres son seres insondables; pero que sería de la vida sin ellas —pensó el filósofo—. Samira me devolvió la fe en el amor y ahora más que antes su compañía y su fortaleza me hubieran sido necesarias. No sabemos si podremos salir bien librados de este cautiverio y morir distanciados sería lo último que quisiera que ocurra. No permitiré que pase de hoy. Encontraré el momento adecuado y le diré a mi princesa, como fueron las cosas.

El guardia ofreció a Shui Yang la opción de bañarse. Ella no aceptó.

—Me bañé anoche. No hace falta —dijo con voz nasal por los tapujos de sangre. El golpe había sido tan fuerte que incluso los ojos se le habían amoratado. Parecía un mapache oriental. Tenía también la cicatriz que la gata le había dejado como recuerdo

—Pero lo de la toalla va para ti también —le espetó el guardia haciendo ademanes con sus pistolas, mostrándole el camino.

Kitty, iba a responder, negándose; pero no quería poner en riesgo eso que se había vuelto su única razón de vivir: La venganza.

A ella no le importó ser vista. Se desnudó allí mismo frente al sicario de von Schellemborg y aunque su cara era una masa sanguinolenta y amoratada, su cuerpo era como esculpido en arcilla por un artista supremo.

Sabía que era observada con detalle por el tipo armado y se tomó su tiempo. Primero extrajo con movimientos casi eróticos la sudadera con capucha que llevaba puesta. Luego una camiseta interior ligera de algodón que finalmente reveló un brasier de color negro con encajes que dejaba ver casi la mitad de sus pechos erguidos. Llevaba unos Converse de caña baja que sacó ayudándose con el pie contrario. Sus pies eran sensuales y llevaban pintura de uñas de color rojo Ferrari.

Entonces acometió con el par de jeans gastados que rodaron hasta sus tobillos. Con movimientos ágiles de sus pies dejó de lado los pantalones. Solo la cubrían una trusa a juego con el brasier y éste que parecía querer reventar. Su captor estaba a unos 5 o 6 metros. Ella camino 3 ó 4 para estar muy cerca del enemigo y entonces se liberó del sujetador de broche delantero. Dos grandes colinas brotaron y dejaron ver sus pezones erguidos y pequeños con

aureolas oscuras. Luego le tocó el turno al panty que descendió muy lentamente por la piel tersa de sus piernas atléticas llevado por sus manos en movimiento estudiado. La negra mata de su pubis hizo que el guardia sudara y un bulto creciera en medio de sus piernas. La visión duró apenas unos segundos para ser cubierta con la toalla blanca.

Shui, pensó rematar la faena con una mirada matadora, pero recordó que su rostro deforme no se lo permitiría así que mirando al piso caminó y cuando había dejado atrás la puerta soltó, como por error, la toalla para que el cancerbero pudiese admirar esa espalda perfecta y sus nalgas altivas y redondas.

Eran las 6h55m. Hoy les habían servido desayuno. Birchermüesli en recipientes plásticos desechables y pan de centeno de miga gruesa con semillas de ajonjolí. En la sala de trabajo, habría café, les dijeron.

El grupo asemejaba a un cuarteto de enfermos del psiquiátrico, con batas blancas y sandalias de playa. Samira y Shui se habían rozado de hombros algunas veces. Abubakar y sus ojeras inmensas parecía un búho diurno. Alfer, ansioso se frotaba las manos todo el tiempo.

El guardia de turno les condujo a un piso superior subiendo las escaleras. La estancia estaba muy bien iluminada y se veía el verdor del exterior y a lo lejos el Mont Blanc impertérrito. Había robles, hayas y coníferas. Gencianas Bávaras en tonos azules y más allá un Sauce Rodeno del que solo se podían ver las ramas pues su tronco estaba profundamente enterrado. Más allá, a la distancia se podían avizorar los cultivos de alfalfa, trigo y patatas. Estorninos Pintos revoloteaban, al otro lado de las ventanas. Era bueno ver otra vez la naturaleza. Los cautivos durante su estancia habían imaginado que ya no la verían más y así le ocurrió A Donatien Fablet que se fue sin haber podido clavar sus ojos por última vez en el infinito, ni en la hierba, ni en los pájaros.

Hans von Schelleberg, entró al salón de reuniones con el mejor de sus ánimos. Recién afeitado. Y totalmente espabilado para esa jornada que podía ser el inicio de su oportunidad para dominar el mundo.

Al inicio de su relación con La Hermandad del Loto, siempre se vio a sí mismo dirigiendo una operación internacional, liderándola, dando órdenes y teniendo un séquito de hombres fieles que le sirvieran en todo, aun en sus más íntimos deseos; no obstante, jamás, ni en sus sueños más peregrinos habría imaginado ni sospechado que el destino iba a poner en sus manos la mayor reliquia de la historia.

Tamaño oportunidad solo ocurría en las novelas fantásticas: acceder a un

elemento mágico que le conceda, de alguna manera, controlar el pasado y utilizarlo para su beneficio. Ya lo habían leído en la libreta de Mayling.

Un viajero podía controlar los mercados inmobiliarios, bursátiles, comprar acciones de empresas que en un principio no valían nada. La información privilegiada de la que dispondría alguien del futuro abriría posibilidades infinitas. Pensó entonces lo que sería adquirir en sus inicios acciones de Coca Cola; Mc Donald; Walmart; Facebook y luego retornar para encontrarse tan rico como Salomón, tan poderoso como Alejandro, tan temido como Atila. Ya no era un despropósito creerlo.

—Bien doctor Weise, usted liderará este equipo de investigación. Aquí tiene los equipos necesarios. Microscopios electrónicos de alto poder, recién adquiridos; computadores de última generación; acceso a Internet con la más alta velocidad y en línea un grupo de expertos en ramas pertinentes con los que usted podrá compartir, cotejar e interrogar, si fuere del caso.

Abubakar y Samira lo ayudarán con sus conocimientos idiomáticos y Shui Yang le ayudará a conocer todos los pormenores contenidos en la libreta azul que dejara la señorita Xing.

—¿Herr von Schelleberg...? -intentó inquirir Alfer.

—Hans por favor, seremos colaboradores...

—¡Prisioneros más bien!

—¡Prefiero colaboradores!... ¿Qué iba a preguntar Alfer?

—¿No le parece que deberíamos hacer una prueba con lo que sabemos; ¿es decir, llevar a alguien a ese supuesto viaje en el tiempo? No hay algo más importante en este tipo de cosas que el saber experiencial. Lo que nos diga el sujeto de prueba, puede resultar vital.

—¿Por qué dice “ese supuesto viaje” Alfer? -inquirió Hans.

—Esta investigación debe ser hecha con rigor científico. No podemos asumir nada como cierto hasta poderlo probar. Recuerde que quien asegura que doblar el espacio-tiempo es posible, es una persona que no aporta ninguna prueba. Es su palabra. No hay más. En las 2 reuniones que he mantenido con usted en estos días de cautiverio, me ha narrado lo que puede ser un simple delirio.

—Pero el relato de Minas Gerais en Brasil, la bitácora...

—¡Muéstreme la bitácora! No existe. Usted me dijo que el diagnóstico de los médicos para todas las muertes de esa familia china, fue progeria. Un caso único y atípico de progeria. Ellos físicamente eran ancianos al morir, aunque sus edades biológicas fueran menores. La señora Xing pudo sufrir demencia

senil.

Delirios, no sé. Creame Hans, yo, como el que más, quiero creer que esto es real y haré todo lo que esté en mis manos para que lo podamos demostrar. Si La Piedra y el conjuro generan un campo vibracional, un boquete en el espacio-tiempo o simplemente obran por magia, lo cual dudo, pues la magia no existe, lo demostraremos, de una forma simple: enviando al pasado y trayendo a ese ser humano de vuelta. Hans, todos nos ilusionamos con la posibilidad de que una reliquia, un objeto, un artefacto, pueda hacer lo que las leyes de la física dicen que no puede hacerse.

—Yo en mis años he aprendido que los objetos que aseguran poseer poderes no los tienen —aseguró Abubakar—. A mi tienda en El Cairo han llegado desde alfombras voladoras a lámparas mágicas y hay personas que las compran porque creen firmemente que descubrirán la forma de hacerlas funcionar. ¡Yo les cuento la leyenda y ellos la hacen real!

—Yo como psicóloga puedo aportar diciéndoles que la gente cree lo que quiere creer. Las personas tienen carencias, vacíos, necesidades y si estas no pueden ser llenados en la cotidianidad, en la realidad, en lo concreto; pasan a satisfacerse de alguna manera. Una fantasía, una hipérbole, la magia, los delirios o la misma locura como medida de evasión o falsa completud —se animó Samira a participar.

—Pero no estamos aquí para discursos filosófico o psicológicos —cortó von Schellemborg—. A mí no me caben dudas que La Petra Autem Saeculorum permite viajar en el tiempo. ¿Progeria en 4 miembros de la misma familia y de un tipo único? Pamplinas. Yo mismo voy a probar las capacidades de la Llave del Tiempo mientras ustedes desentrañan el significado de la invocación, del conjuro, de la oración que activa el artilugio.

—Herr von Schellemborg —opinó Samira—. ¿No le parece que es un riesgo innecesario hacerlo antes de que podamos, al menos, tener certezas básicas?

—Estoy de acuerdo —asintió con la cabeza Alfer.

—¡No es necesario que concuerde conmigo doctor! —ripostó la indignada Faruk, mientras Alfer pensaba que al menos ya le había dirigido la palabra y que ese era un gran avance.

—¡Señores opinen lo que opinen, hoy haré mi primer viaje como que me llamo Hans von Schellemborg!

—¡La llave del apuro abre la puerta del error! —comento Abu, citando un viejo proverbio Tuareg.

—¡Las puertas siempre se abrirán para los osados y valientes que se

atreven a golpear en ellas! –contestó el de Liechtenstein citando algo que había leído en un libro de auto ayuda-. Los dejo, para que arranquen su labor – finalizó y dio largos pasos para salir de la habitación.

—Bien, a lo nuestro -propuso Alfer Weise, mientras que los hombres de Hans, ingresaban al salón un pizarrón grande y blanco en el que se había escrito con tinta deleble y muy buena caligrafía una cita ininteligible:

“Sham ga ata necedel, vic al formur, atra sin doc paretec alan dur malsec sutan gar dadel, vic mar vic portri, vic catar, ung mol, sapur etnel falan”.

CAPITULO XXII

Necesito hablar con el Dr. John Patterson -masculló Alfer-. He pasado la noche investigando sus escritos y sus teorías me parecen muy interesante e innovadores. Es quizás el único miembro reputado de la comunidad científica que defiende que han existido en la historia viajeros temporales. Le diré a von Schelleberg que me urge sostener un video conferencia con aquel hombre para esclarecer ciertas nociones y formularle unas cuantas preguntas.

—¡Mierda! ¡No ha sucedido nada! –irrumpió Hans en la sala.

—¿A qué se refiere? –interrogó Samira.

—¡He formulado el conjuro, letra por letra con absoluta exactitud! ¡He escogido el lugar en el mapa, he insertado la cuña, he movido la piedra en sus dos ejes; luego me he acostado! Me costó conciliar el sueño, pero a la postre ¡lo hice!...

—¿Y...? –se le escapó a buen Abu.

—¿Y...? ¡Nada! ¡No hubo viaje en el tiempo, ni siquiera un sueño, nada de nada! Estoy comenzando a creer Alfer, que usted tenía razón, que la magia no existe y que los viajes en el tiempo son un timo.

—¿Seguro no recuerda al menos un lugar, un rostro, un momento? –lanzó Alfer.

—¡Le he dicho que no!

—¿Y si me permite intentarlo? –respondió con voz fuerte y decidida Samira.

—¡No Samira, no te atrevas! –pronunció, un muy preocupado Alfer.

—¿Cómo que no te atrevas? ¡Usted no es mi dueño caballero, es más, usted no es nadie para insinuarme nada; peor imponerme!

Alfer calló de inmediato. La conocía lo suficiente como para saber que saldría perdiendo en aquella discusión.

—¡Entonces mi valiente Samira, lo haremos esta noche! Yo mismo vigilaré tu sueño para ver qué ocurre –estableció Hans.

—Yo también quiero estar ahí –dijo Alfer-. Necesito documentarlo todo.

—¡Usted no! –le aclaró la tajante Faruk.

—Pero no puedes pasar la noche a solas con Hans –espetó el profesor un poco celoso.

—¡Sí que puedo y quiero! —sentenció ella.

—¡Así se hará! —dirimió el rubio.

Cuando von Schellemborg iba abandonar la habitación después de cruzar algunas ideas con todos, llamó hacia una esquina a Alfer Weise.

—Lo veo muy preocupado Alfer. En efecto soy un truhan, no respeto nada, ni a nadie; pero soy gay, así que tranquilo.

Alfer respiraba otra vez. Ya había pasado por su mente lo peor. Samira con ese hombre alto, rubio de ojos azules. Además, una mujer dolida era capaz de todo. Esperaba, entonces, que lo afirmado por Hans, fuera cierto.

Aquella noche se hicieron todos los preparativos. El texto transcrito a la perfección. La tablilla. La piedra móvil. Una cama mullida para que el efecto vibratorio que dispare el viaje, no se complique. Cortinas gruesas. Ninguna interrupción. Luz de velas para generar un efecto místico.

Samira con mucha concentración y aplomo pronunció las palabras contenidas en el conjuro.

Buscó el lugar y el momento, que a nadie le había dicho. Deseó fuertemente visitar ese espacio y ese tiempo.

—La ciudad de Viena 1930 —suspiró—. Quiero conocer a Sigmund Freud y mi deseo es el conocimiento.

Cerró los ojos y espero que el sueño la asista en su deseo.

Amaneció y en un sillón contiguo a la cama de Samira, von Schellemborg se había quedado dormido. Ni las grandes dosis de café, ni el deseo de observar el posible viaje de la decidida mujer, lo había impedido. Dormía a pierna suelta.

Samira Faruk se despertó creyendo tener un león junto a ella. Eran los ronquidos de Hans.

Se restregó los ojos y en un viejo reloj digital la hora decía: 6:00 am.

Tampoco había dejado su lecho.

No registraba sueños.

No había habido viaje.

La Piedra, parecía no funcionar.

Quizás había una letra mal escrita por Mayling en su libreta azul o las instrucciones no habían sido bien redactadas.

Este no era un tema que se podía buscar en Google. No había un recetario ni un manual del usuario.

O había un craso error o simplemente todo había sido un cuento.

Samira recordó los cuentos de los hermanos Grimm que le narraban en la

infancia, ella quería creer que eran ciertos, como quería que La Piedra hubiese funcionado para visitar, al que ella consideraba; uno de los grandes pensadores de la humanidad.

En la bodega-presidio, Alfer y Abú llevaban casi una hora despiertos. Cerca de ellos, Kitty que pretendía dormir, pero escuchaba atentamente.

—¿Crees que haya viajado Abu?

—No lo creo, aunque me gustaría.

—Pero regresaría vieja.

—¡Ya lo es!

—¡Abu!

—Es una broma.

—No me gustan esas bromas

—Está bien.

—¿Abu...?

—Dime Alfer.

—¿Crees que salgamos vivos de ésta?

—He salido de peores.

—Lo dices para tranquilizarme.

—En verdad sí. Nunca he estado en una situación como esta; además es tan difícil tratar con alguien tan cambiante como von Schelleberg. Lo mismo puede ser un caballero que un patán. Un aristócrata que un asesino. Muy amable o terriblemente agresivo y grosero. Nunca sabes que esperar. Parece ser 2 personas. A veces hasta bromea y casi que lo sientes como un amigo; pero a los pocos minutos estalla, atruena, revienta, se vuelve volcán.

—Tienes razón Abu. Ese tipo me pone muy nervioso. Intento seguirle el hilo y no es fácil.

—Ya es hora de levantarnos Alfer. Al menos ya nos han colocado colchones y nos han dado agua y luz. Es un gran avance.

—La comida ya no falta, estamos mejor.

—¿Pero se puede estar mejor, encarcelado Abu?

—Hay encierros y encierros. Cualquier pequeño detalle que haga esto más llevadero, vale la pena Alfer.

—Tienes razón amigo —diciendo aquella palabra con sinceridad. El egipcio se había ganado esa consideración.

—Gracias ¡amigo! —devolvió Adom haciendo énfasis en esa palabra que él usaba muy poco- ¿Mi buen Abu...?

—¿Sí, Alfer?

—En verdad crees que von Schellembert sea homosexual.

—Deja de torturarte profesor, si él lo dice, así será.

De repente el guardia gritó.

—¡Pueden pasar al baño!

Los 3 bostezaron por turnos y fueron saliendo de a uno para tomar una ducha. La inflamación en el rostro de Kitty se veía un poco mejor esa mañana, aunque su nariz, salvo una intervención estética, nunca volvería a ser la misma. La oriental se había vuelto callada, meditabunda, esquiva, planificadora. Algo perpetraba y pronto se iba a saber.

CAPÍTULO XXIII

Kitty tomaba notas mentales.

Había 8 hombres de Hans von Schellemborg en la casona. Por la noche hacían turnos y solo permanecían en guardia 4.

Tenían armas de todo tipo, de lo que había podido constatar, metralletas y pistolas.

Cada 2 noches el hombre que la había visto desnuda y que no le quitara los ojos de encima, cuidaba la puerta del lugar que habían convertido en su dormitorio y que compartía con Weise y Adom.

Samira tenía desde la noche del experimento fallido un dormitorio más cómodo y con escasa vigilancia, excepto la cerradura asegurada desde afuera. Pero esa mujer era su enemiga declarada, su némesis. Mojigata, moralista –a su criterio– y por ser psicóloga, dueña aparente de la verdad absoluta. Imposible contar con ella.

Alfer y Adom, por su físico, no eran hombres de lucha ni capaces de violencia física, aunque sabía que estaban tan deseosos como ella de escapar y que podrían generar algún pequeño aporte con la causa.

No podía contar con más que ella misma para conseguir la ansiada libertad. El qué hacer luego con su vida, era otra historia. Xing, su hombre desde siempre, le había dejado algún dinero en sus cuentas personales; pero los montos importantes estaban en las cuentas de La Hermandad del Loto y en las de los extintos Xing y le serían, con certeza, inaccesibles. Era abogada, inteligente, sagaz; pero no había ejercido y sería difícil insertarse en el circuito legal en una ciudad competitiva al máximo, como Nueva York. Una vez libre, quizás sería el momento de cambiar. Ser una prostituta de élite era algo que no le disgustaba; pero prefería elegir que ser elegida.

Pero allí en la misma casa reposaba un enorme tesoro que junto a Hans habían tomado en Berna en La Galerie y que a su vez Donatien Fablet obtuviera de la caja de caudales de la propia Mayling Xing.

Porque ser pobre a pocos pasos de un mar de riqueza, porque ser libre y desvalida y no libre y poderosa. Por eso sus planes debían incluir no solo la fuga sino la manera de apoderarse de un botín que le permitiría vivir con holgura varias vidas.

Primero debía ubicar la caja fuerte en la que de seguro reposarían las joyas.

Segundo, tenía que encontrar la forma de obtener la clave o idear la forma

de abrirla.

Tercero, le guste o no, debía involucrar a todos los cautivos para facilitar una fuga masiva.

En unos momentos estarán nuevamente reunidos en el salón y aquella sería la ocasión para detectar el lugar donde se guardaban las joyas, que eran sacadas regularmente tratando de encontrar pistas en ellas de algún hipotético viaje en el tiempo.

Es mañana Hans von Schelleberg, había amanecido colérico.

—Hemos buscado contactarnos con el Doctor John Patterson; pero hasta el momento ha sido imposible... —inició Alfer cuando fue interrumpido por el rubicundo europeo.

—¡Un mes buscando respuestas, un mes y no tenemos nada! —golpeó la mesa con fuerza y una iracundia no usual a esa hora-. ¡Weise tu eres el responsable! ¿Has logrado averiguar algo, que no me hayas dicho?

—Hans, hay que tomarlo con serenidad —respondió Alfer intentando apaciguar al descontrolado rubio, cuya molestia evidente, podía poner en riesgo la vida del grupo-. Estas investigaciones no son cosa de un día. Los descubrimientos pueden darse en meses, aun en años...

—¡No voy al esperar más necesito respuestas en 72 horas máximo! Ese es el tope de mi paciencia. He cedido en todo. He tratado de hacer su estancia más cómoda. He procurado que estén bien alimentados, limpios y lo que es más importante, no he utilizado, aún, la violencia; pero creo que ya es tiempo.

—Hans, te ruego que entiendas algo —aportó Samira que se había la más próxima a von Schelleberg y sostenía largas charlas con él y que incluso había comenzado a analizarlo y sabía perfectamente como era su personalidad y sus patologías-. “Una gallina nunca podrá volar”. Tiene alas y las agita y parece despegar del suelo; pero su naturaleza no le permite hacerlo. Si La Piedra, pese a su fama que la califica como instrumento para moverse entre épocas, carece de la singularidad de hacerlo en el plano físico, en la realidad, nosotros no podremos hacer nada para que así ocurra. ¡Compréndelo!

—¿Quién te crees tú para darme lecciones? —vociferó lanzando saliva el nativo de Liechtenstein-. ¡Te he brindado mi amistad, mi consideración, te he contado cosa de mí que a nadie le he dicho; pero eso no te da derecho de sermonearme! Así qué... ¡silencio! —volvió a levantar la voz y Samira calló sabiendo que aquel hombre era prisionero de sus propios demonios. Su hermano lo había violado cuando tenía 10 años y se lo estuvo haciendo durante un largo tiempo.

—Herr von Schelleberg! –rogó Abu, haciendo con las dos manos un signo de pare con sus palmas abiertas. El liechtensteiniano tomó una engrapadora de la mesa y se la lanzó a la cabeza; pero golpeó en su mano izquierda levantada.

—¡Mátanos de una vez, hijo de puta! –saltó Shui Yang encarándolo.

El rubio le propinó una sonora bofetada que la tiro al suelo. Todos quisieron reaccionar poniéndose de pie, pero el rastrillar de las armas los detuvo. Los dos guardias habían levantado sus pistolas apuntándoles. Abu puso el brazo de la oriental en su hombro y ayudó a levantarla. La propia Samira se sintió indignada y solidaria, aunque le extrañase ese sentimiento respecto a una mujer que odiaba con el alma.

—Poco hombre –susurró Samira, Hans aturdido en su locura, no la escuchó.

—¡Lleven a los cuatro a la bodega! –ordenó Hans a los guardias, quitándole las prerrogativas a Samira-. ¡No quiero verlos el día de hoy! –esputó visiblemente desencajado.

La sala había quedado vacía. Pidió a los guardias que le dejaran solo y que se mantuvieran vigilantes en la puerta de la bodega. Sacó de su bolsillo una pequeña caja plástica con compartimentos y extrajo dos pastillas. Las tragó en seco y respiró profundo, sentía que se ahogaba. Su rostro estaba literalmente rojo, incluso las orejas. Se puso de pie y lanzó un golpe de puño a la pared que le lastimó los nudillos.

Se volvió a sentar y espero que el medicamento hiciera algún efecto.

Su psiquiatra le había recetado olanzepine y leveritacetam. Generalmente no tardaba mucho su efecto tranquilizador. Un psicótico como él, no podía estar lejos de sus medicamentos.

—72 horas, no voy a darles más de 72 horas –sentenció.

Capítulo XXIV

Samira es tiempo de que me escuches, nunca me has dado la oportunidad de explicarte como son las cosas y has puesto una muralla entre nosotros. Este es el momento en que más unidos deberíamos estar. Jamás tuve nada con Kitty, ella solo buscó provocarte y lo logró. Viajamos juntos en el tren de Viena a Berna y coincidimos únicamente porque yo era su objetivo. ¡Por favor entiéndelo!

—Quisiera hacerlo Alfer —cedió ella llamándolo por su nombre como no lo hacía, desde hace mucho tiempo—. ¡Pero no puedo! ¡He dejado de creer en ti...! Yo confiaba ciegamente —dulcificó la voz, mirándolo desde sus ojos pardos mojados.

—Samira yo te amo más que a nada en el mundo. ¡Daría mi vida por ti! ¡Contigo, no necesito otra mujer, tú eres la que poca mis espacios, la que llena mi alma, la que escogí como compañera de ruta! —pronunció suavemente, pero con énfasis, tomándole luego el rostro. Ella dejaba escapar grandes goterones de sus ojos que rodaban largamente por sus mejillas blancas y con algunas pequeñas pecas.

—¡Alfer! —dijo simplemente y se dejó besar largamente cerrando los ojos y transportándose a ese lugar donde nada dolía, en el que era libre, cálida, etérea, inasible, transparente, sencillamente amada.

Abubakar para no ser indiscreto se había alejado y se fue a parar cerca de Shui que estaba sentada en su colchón con la espalda apoyada en la pared, limpiándose con una de sus uñas las otras. La bata que llevaba dejaba mucho al descubierto. Abu miró un segundo entre sus piernas dobladas y abiertas; pero se dijo a si mismo que ya no estaba para esas cosas.

—¡Me viste perro! —dijo ella para abochornarlo y lo consiguió.

—¡No he visto nada! —se excusó él.

—Igual, no importa ¿Qué es lo que quieres? —le soltó con su forma irreverente de siempre.

—Charlar.

—Habla entonces.

—Shui, estoy seguro que la amenaza de von Schelleberg es cierta esta vez. Disponemos de 3 días para encontrar una manera de salir de aquí. Necesitamos unirnos, dejar por un momento las diferencias. Te vengo a proponer una tregua, que ya formulé a Samira. Una vez terminada, sáquense los ojos si así lo quieren; pero debemos hacer algo o nuestras venganzas y

odios personales terminarán matándonos a todos.

—Puede que tengas razón, egipcio.

—Está claro que la otra vía es imposible; es decir conseguir que se produzca un viaje en el tiempo o por lo menos traducir el texto antiguo que se cree es una invocación o conjuro que activa La Piedra para abrir los portales temporales. Cómo tú sabes, hemos cotejado el texto con todos los idiomas antiguos de los que tenemos información; pero no hemos hallado ninguna coincidencia. No hemos podido traducir ni una sola palabra. Creímos todo el tiempo que hallaríamos raíces semíticas o hebraicas, árabes, mesopotámicas, latinas, griegas, sánscritas.

Hemos corrido programas sofisticados de ordenador que buscan similitudes con alguna de las lenguas de sus bases de datos que son casi infinitas... pero nada. Hemos perdido las esperanzas y estos últimos días transcurren en un monótono esperar. Ya no sabemos por dónde avanzar. Von Schelleberg probó a realizar el viaje, Samira hizo lo propio, se utilizó a uno de los guardias para un tercer ensayo y el resultado siempre fue el mismo. O algo estamos haciendo mal o esa piedra del demonio nunca ha sido más que una pieza mítica, que, aunque posee un valor histórico, museográfico; carece de poder alguno. Quizá su único poder sea el de la muerte, porque han muerto muchos por culpa de ella y los próximos podemos ser nosotros.

—Entonces egipcio. Es tiempo de ser un equipo.

Con la mediación de Abu, consiguieron reunirse y exponer sus ideas, Cada uno por su cuenta había madurado un plan; pero ninguno era perfecto.

Algo quedó claro en aquella junta, pues la jornada era propicia. Esa noche intentarían salir de su prisión.

El primer paso sería el acordado y esperarían a que la tarde cayese. A esa hora esperaban que el genio colérico de Hans hubiese cambiado.

Las horas se hicieron eternas.

A eso de las 6 Alfer golpeó fuertemente y en repetidas ocasiones la puerta, hasta que el guardia abrió siempre con la pistola rastrillada en la mano.

—¿Qué quieres? —preguntó seco y deliberadamente hostil.

—Necesito ver a tu jefe.

—Él pidió que por hoy no le molestaran.

—Debes llamarlo. Creo haber encontrado una forma de resolver sus interrogantes.

—¡Dijo que no lo molesten!

—¡Están bien! Mañana le diré que tenía un camino para darle respuestas y

que tú no quisiste comunicárselo. Estoy seguro que se molestará mucho y no conmigo.

—Lo llamaré espero no importarlo, conozco sus estados de ánimo — explicó innecesariamente el hombre armado. Cerró la puerta y desapareció por unos minutos.

Alfer no era un hombre codicioso pero la lista de los tesoros que le describió Shui Yang, era tentadora para cualquier hombre. Piezas históricas, quizás invaluable. Solamente verlas y tocarlas era algo que cualquier investigador hubiera soñado. Ese análisis le llevó a mantenerse firme y continuar en el intento, aunque las piernas le temblasen.

—Mi jefe dice que, espera que sea importante —aclaró el guardia al regresar, abrir la puerta y llamar a Alfer.

—Lo es, no te preocupes.

—Vamos sígueme.

Hans von Schellenberg lo esperaba ya calmado en la mesa de trabajo de siempre.

—Tú dirás Alfer

—He charlado bastante hoy con Shui y le he pedido que me diga más sobre la libreta azul de Mayling Xing. Me ha contado que parte de las joyas de las que se apropió Donatien Fablet, podrían eventualmente ser objetos de otra época, traídos por los hermanos Xing de sus periplos temporales.

—¿Y...?

—Pues estudiando esas piezas podemos llegar a determinar si en efecto vienen de otro tiempo lo que convalidaría las funciones de La Piedra, en cuyo caso, vale la pena realizar más intentos buscando hacer pequeños cambios en el conjuro extraño, que pudieren haber sufrido un cambio por un error de escritura de la señora Xing que como sabemos, se iba deteriorando.

—Tiene lógica, Alfer.

—Así lo pienso.

—¿Entonces qué quieres hacer?

—Revisar las piezas con el microscopio, cotejarlas con imágenes de internet, ubicarlas en un momento histórico determinado, averiguar su historia.

—Hagámoslo. Si eso genera una opción más. Pero... ¿necesitas la ayuda de alguien? Yo preferiría que esas joyas no anduvieran de mano en mano

—Realmente no será necesario. Creo bastarme, aunque Abubakar hubiera podido ayudar.

—Menos ojos menos codicia —simplificó Hans.

—Quiero comenzar hoy mismo.

—Me parece bien, aunque ya es algo tarde.

—He dormido algunas horas durante este día, así que estaré lúcido.

—¡Mis hombres te revisarán cuando termines!

—¡No hay problema!

—Yo te estaré visitando también de tanto en tanto.

—Será un placer Hans —actuó Alfer y su performance le habría ganado un Oscar.

El hombretón de ojos azules. Dejó la estancia unos momentos para regresar con un maletín grande de cuero marrón con dos seguros numéricos dorados a los costados. Lo abrió y vació su contenido.

Alfer Weise nunca había visto tanta belleza y tanto resplandor unidos. Era un tesoro digno de una reina y en efecto así fue: la reina de la mafia Mayling Xing.

Había pedrería preciosa, diamantes y esmeraldas de colosales tamaños, collares, diademas, pendientes, anillos y un hermoso huevo Fabergé, que fácilmente reconoció.

No podía cerrar la boca de la impresión. Acarició por un instante las piezas dejando salir al avaro que hay en cada ser humano, al codicioso que a veces emerge. Por eso el refulgir del oro había costado tantas vidas a lo largo de la historia. La gente se la había jugado entera por un puñado de oro y había matado y había muerto, por la seducción misteriosa que ejercía aquel metal.

—¡Guau...! —es todo lo que alcanzó a decir el filósofo, historiador y coleccionista austríaco.

—¡Muy expresivo! —rió Hans, que había recuperado el humor.

—¡Me he quedado sin palabras!

—No es para menos. Aquí hay más dinero del que la mayor parte de los habitantes de este planeta jamás verá en su vida, Alfer.

—Es realmente fabuloso, Hans. ¿No sabré por dónde comenzar...?

—Siempre es bueno comenzar por el principio —carcajeó, cayendo en el lugar común.

—Bueno, manos a la obra.

El doctor Weise, fue revisando y analizando prolijamente cada pieza, iba haciendo detalladas notas y en cada anotación iba tomándose el tiempo necesario para que von Schellemborg, entre aquel momento y la media noche se cansase y se fuese a dormir. Usó calibradores, micrómetros, monóculo de joyería, microscopio en algunas pequeñas monedas.

De tanto en tanto inventaba algún dato interesante para que Hans pudiera pensar que aquel proceso podía ser realmente útil.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué es lo que tenemos aquí? —comentó Alfer con expresión de júbilo, tomando un doblón español del siglo XV.

—¿Qué ocurre? ¿Qué descubriste? —inquirió curioso y ávido el del diminuto país.

—Pues estos doblones son los del naufragio de la “Nao María Fernanda”, una nave carguera española que acompañaba a la carabela “Eustaquio”. Estos doblones fueron especialmente acuñados para que circularan en el Virreinato de Lima y al hundirse la nao, no existe ninguno, ni en museos, ni en colecciones particulares, ni en ninguna parte, como te he dicho no queda uno solo, se fueron a pique.

—¿Y que con eso?

—Qué solamente un viajero del tiempo pudo traerlo a nuestra época. La única oportunidad que hubo para obtener uno de estos doblones hubiera sido en la casa de acuñe o estando a bordo del barco que desapareció.

—¡Oh, vaya... muy interesante!

—Así es. Esto indica que desde una perspectiva estadística hay un 95% de posibilidades de que la moneda, este doblón de oro haya llegado al siglo XXI en manos de un navegante del tiempo y el espacio.

—Podríamos decir que con el hallazgo se corrobora la posibilidad de viajar en el tiempo.

—No todavía, necesito analizar cada pieza, yo como investigador trabajo con certezas, no con presunciones.

—Bien Alfer, te dejaré que trabajes a tus anchas. Buen trabajo —comentó Hans, despidiéndose-. Pero recuerda que cuando termines, los guardias me despertarán para que guarde las joyas y van a revisarte minuciosamente.

—¡Me ofendes!

—¡En el mundo en el que yo me muevo, eso no es una ofensa, es una necesidad y una acción de supervivencia —complementó dándole a Alfer una palmada en la espalda!

Lo que desconocía el rubio es que la Nao María Fernanda y la carabela Eustaquio, no existían y que jamás hubo tal naufragio. Los doblones eran del siglo XV, sí; pero eran medianamente comunes en el mundo y había docenas de ellos circulando entre los numismáticos y exhibiéndose en museos. De lo que no cabía duda es que había conseguido su objetivo despertar expectativas en Hans y reavivar en él la idea, de poder efectivamente viajar en el tiempo.

Ahora esperar a que el plan continúe como estaba diagramado y mientras las horas pasaban, disfrutar de esa cantidad de objetos con historia, para luego guardarlos en el maletín, listo para lo que habría de venir.

Las horas pasaron.

Tres golpes en la puerta.

Tres más.

Otros, mucho más fuertes.

La puerta de la bodega-presidio se abrió perezosa.

El guardia con la pistola en la mano preguntó:

—¿Qué demonios quieres a esta hora?

—No podía dormir —musitó Shui Yang, ronroneando como un minino.

—¿Y para decirme eso me has despertado? ¡Entra ya! —alzó la voz y quiso cerrar la puerta.

—¡Espera! —pidió y puso su pie delicado de uñas rojas como una tranca en el marco de la puerta.

—¡No me obligues a meterte a empellones!

—No te hagas el desentendido, tú sabes lo que quiero. Hace uno días me desnudé para ti porque me gustas mucho y vi que tú me correspondiste con tus miradas —añadió y puso su mano entre las piernas del guardia.

Él sin aflojar la pistola, la tomó entre sus brazos y la besó apasionadamente. Con su mano izquierda levanto la blanca bata y acarició sus senos, tenía los pezones parados. Ella era una mujer fogosa y también estaba excitada, pero tenía una misión que cumplir. El Hombre continuó con sus caricias y fue bajando sus manos acariciando primero su ombligo y luego su bajo vientre. Shui estaba húmeda, consumida por el fuego de aquel hombre, que en otras circunstancias, le hubiera permitido disfrutar de una buena noche de amor.

Kitty en sus planes había establecido que el sicario, guardaría su pistola tras de su pantalón, sujeta por la correa de cuero, como siempre hacía. Ahora la estaba masturbando con la diestra sin aflojar la pistola con la zurda. ¡era tiempo de improvisar!

Shui puso su mano sobre la diestra del hombre, pidiéndole con un gesto que se detenga y de inmediato llevo la mano otra vez al bulto enorme que despuntaba bajo los pantalones.

Tras la puerta entreabierta, Abu y Samira esperaban el momento, amparados por la oscuridad.

Kitty había extraído el miembro del guardia y lo acariciaba. Luego se puso

de rodillas y comenzó una felatio que hizo que el beneficiario emitiera un sonido de placer profundo. Su mano derecha sujetaba la cabeza de Shui, enredándose en sus lacios y negros cabellos.

La caricia bucal continuó por un buen momento, el hombre comenzó a estremecerse, ella hizo lo propio y apretó las piernas, pensando que un poco de placer en el trabajo, no estaría mal.

Cuando el hombre comenzó a eyacular, ella clavó sus dientes alrededor del glande con tal fuerza y determinación, que casi decapitó al firme instrumento.

Él alcanzó a golpearla con la diestra en la cabeza, pero ella no soltaba su presa. En ese instante intervino Samira que mordiéndole también la mano izquierda le hizo soltar la pistola. Abubakar la tomó y descerrajó un tiro limpio en el pecho del guardia que en ese momento bufaba de dolor.

El grito desgarrador del cancerbero retumbó en la casona. Tenían muy poco tiempo para completar el plan.

Shui Yang pidió la pistola a Abu que se la entregó, la oriental tomó el mando de la operación como estaba previsto, entrenada como fue por su marido, en artes marciales y manejo de armas. La del barrio chino, ordenó al egipcio que tomase el cuchillo que ella había visto que el hombre caído llevaba en una pernera. Abubakar lo hizo raudo. Samira recogió un madero que reposaba en el piso, pues eso era mejor que ir con las manos vacías.

En el recorrido hacia el salón donde Alfer, supuestamente trabajaba, apareció un segundo hombre que los apuntó al verlos. Había sido alertado por el grito de su compañero. Un golpe en la nuca con un maletín lleno de joyas lo hizo caer. Alfer fue sobre él tratando de estrangularlo. Sin demora Abubakar Adom con una agilidad impropia de un hombre de su edad, hundió el cuchillo su la espalda. Lo hizo de nuevo y así otra vez, hasta que quedaba claro que estaba muerto.

Pero había dos hombres más parapetados en alguna parte.

Era tiempo de buscar el dormitorio de von Schellenberg.

Conocían que el rubio tenía el sueño pesado; pero con los gritos ya se habría levantado.

Lo encontraron junto a otro de los guardias, ambos desnudos y con sendas armas en sus manos, tenían los cabellos despeinados y era fácil adivinar que habían dormido juntos.

El grupo, se parapetó tras una pared. Alfer y Shui tenían listas sus pistolas, aunque el profesor de filosofía, no tenía mucha experiencia con las armas,

excepto por un curso de Reporteros de Guerra que había hecho en su juventud, cuando trabajaba en una radio de Viena.

—¡Ríndanse malditos! —ordenó con voz estentórea el desnudo mafioso-. ¡No tienen oportunidad alguna de escapar! —complementó e hizo de advertencia una ráfaga con su Uzi.

La ametralladora vomitaba humo y fuego, los casquillos volaban hacia todas direcciones.

Un hombre más —con cara somnolienta-, éste sí vestido, se unió al grupo del rubio.

—¡No haré más advertencias e iré en su búsqueda a sangre y balas! —amenazó Hans.

—¡Igual, ya estamos muertos —respondió Shui-! ¡Ahora es matar o morir!

—¡Tengo tus joyas! —intervino Alfer-. ¡te propongo un trueque!

—¡Los muertos no hacen trueques! —escuchó por respuesta.

Shui Yang supo en ese instante que tendrían apenas un segundo y una sola oportunidad.

La china hizo una señal que Alfer comprendió de inmediato. Ya lo había dicho Shui, matar o morir.

Alfer disparo de pie, apenas abierto un tanto de la pared que los protegía. Shui Yang para tener ángulo rodó por el piso haciendo un giro y disparo también.

Una ráfaga de Uzi, tableteó en el aire.

Uno de los guardias cayó muerto con un tiro en el cuello. Hans von Schellembur, sentado en el piso veía correr su propia sangre que manaba de un orificio en el estómago. El dolor le impedía seguir usando su arma. El tercer hombre gritó de inmediato que se rendía, que él era solo un empleado, que no quería morir. Abubakar ya estaba en la escena recogiendo la metralleta de manos del caído. Samira buscaba algo con que amarrar al que se había rendido y encontró en la habitación unas corbatas.

Shui Yang, yacía en el piso con la bata manchada de sangre. Dos tiros de la Uzi le habían impactado. Abu levantó su cabeza. Ella aún estaba consciente y alcanzó a decir:

—Alfer, que bonito hubiera sido conocerte en otras circunstancias.

No dijo más.

Había muerto.

El primer acto de heroísmo de su vida, fue el último.

Herido y desmadejado von Shellembur no dejaba de amenazar babeando

sangre.

—Pude accionar mi botón de seguridad, en unos instantes mis hombres llegarán y los mataran a todos —masculló con voz tenue.

No había tiempo que perder.

Buscaron en los bolsillos de los hombres muertos, las llaves de la minivan que estaba estacionada fuera.

Samira hizo el hallazgo.

Subieron raudos, vieron venir las luces de autos a la distancia.

Tomaron la Petra Autem Saeculorum, que les pertenecía y corrieron hacia el interior del vehículo.

—¡El maletín quedo dentro! —exclamó Alfer.

—¡Ya no hay tiempo! —gritó Abu-. ¡Déjalo!

—¡Nos vamos! —cerró Samira y encendió el motor con destino a Francia.

SEGUNDA PARTE



“LA PIEDRA DE LOS TIEMPOS” *CAPÍTULO XXV*

Alfer Wilhelm Weise, tomó fuertemente de la mano a su compañera Samira, al sentir un fuerte vacío que sacudió el avión. Se ponía un poco nervioso con las alturas, aunque no le gustaba confesarlo. Eso de cruzar el gran charco después de algunos años lo inquietaba y solía evitar la ventanilla, para no mirar hacia abajo, donde ese mar incommensurable aburría de tanto azul.

Los vividos últimamente, habían sido los días más excitantes y complejos de su vida. Habían estado a punto de perecer; había matado a un hombre lo que -así fuera por estricta e imperativa necesidad-, no dejaba de perturbarle profundamente. Jamás había imaginado ni en sus peores pesadillas que debería mancharse las manos de sangre. Por otra parte, sus problemas económicos se habían solucionado de la noche a la mañana y sus deudas enormes, habían dejado de preocuparle no así, el peligro latente al que estaban expuestos.

Le daba vueltas por la cabeza la imagen de von Schellenberg, herido. ¿Habría Fallecido? –se preguntaba-. Habían tenido mucha suerte de que sus hombres no los hubieran alcanzado. Debieron cambiar de vehículo al ingresar a Francia y abandonar el que habían tomado en los predios del rubio. Lo importante era que –por muy poco-habían salvado el pellejo y en ese momento estaban ya viajando a New Haven, Connecticut. Su vuelo llegaría a Nueva York y alquilarían un auto para remontar las 80 millas que los distanciaban de la ciudad universitaria. Si llegaban a la Gran Manzana a eso de las 4 de esa tarde, en 1 hora y 40 minutos estarían haciendo check-in en su hotel, el Omni New Haven, apenas a unos metros de Yale.

Extrañaban a Abubakar y sus historias del desierto y los Tuareg, que eran su obsesión, pues no hubo momento del viaje –una vez que los hombres del de Liechtenstein quedaron atrás-, en que no mencionase al Kel Talgimus, el pueblo del velo, con quienes había pasado parte de su juventud en el Sáhara.

Abu escribió, desde El Cairo, un correo, hace un par de días, en el que

mostraba su temor por las eventuales represalias que podrían devenir de los hechos acaecidos en las afueras de Ginebra. Decía no saber si la mafia china tendría algún interés en saber los pormenores que rodearon la muerte de sus hombres o si el propio Hans aún los estaría buscando, si hubiere sobrevivido.

Adom, también se lamentaba, por la maleta repleta de tesoros que se habían visto obligados a abandonar, mas se alegraba de que pudieran contar la historia y que una sola pieza de aquella fortuna inmensa hubiera cambiado el destino propio y el de los que ahora consideraba sus grandes amigos.

Pero también sufrieron grandes pérdidas.

Él personalmente, llegó a valorar en grado sumo, la valentía de Shui Yang, que había entregado la vida para salvar la de ellos. Hubiera sido la última persona de la que hubiera pensado recibir tan enorme favor. Una lástima que una mujer tan bella y tan joven, haya perecido –pensaba-. No había vuelta atrás así había sucedido y lo debían aceptar.

En aquel correo bromearon recordando la casual puntería de Alfer al atinar en el único disparo que hizo durante su cautiverio.

Samira, por su parte y de tanto en tanto, miraba a Weise, durante el vuelo y le parecía mentira que estuvieran allí, aproximándose a Nueva York, sanos y salvos. Recordó también a Kitty, su archienemiga a la que terminó admirando por su decisión final. Se sentía renovada, de alguna manera, porque había descubierto en ella una entereza, una fuerza que desconocía y que sabía que le iba a servir pronto. Además, el regalo final de Donatien Fablet había permitido que Alfer cubriera los préstamos de los bancos por más de 200.000 euros y esas deudas que había acumulado en su vida desordenada y llena de compras innecesarias, cuando se trataba de objetos que lo encandilaran, y que tuvieran esa historia, que él siempre pretendía desentrañar.

Ahora una ceca de plata, esa pequeña pieza acuñada en los albores de la gran nación americana, les permitía saberse holgados, tranquilos y con una economía sólida de la que Abu no había sido excluido.

Un coleccionista privado pagó 12 millones de dólares por la pieza, sin preguntas, sin demoras. La intermediaria comisionista –una empresa reconocida en colocación de objetos de arte y de numismática-, cumplió su palabra. En 3 semanas había 3 postores sólidos, todos de los Estados Unidos de América. Como si se tratase de la última bebida en el desierto, la moneda se vendió.

Samira era ecuánime, justa, equilibrada. De la venta de la moneda con los descuentos de impuestos y la comisión del negociador, había recibido 7,5

millones, que decidió dividir en 3 porciones exactamente iguales para cada uno de los sobrevivientes de aquella mortandad horrenda, que quería, en algún momento, sacar de su cabeza.

En un principio Alfer y Abubakar se habían negado a recibir su parte. Ella insistió. Juntos habían visto cara a cara a la muerte, se habían enfrentado a ella y vencieron.

Abu al recibir su cheque se limitó a besar la mano de Samira y en un momento de sensibilidad lloró, como hacen los niños. A él que no había tenido amigos, que no confiaba en nadie, ni había pertenecido a ningún grupo social. A él que era prácticamente un paria, un comerciante sin familia que amaba, nada más, sus objetos de arte antiguo y su tienda, que era su pulmón y su motor. A él, sin apegos, sin afectos, sin contactos -que no fueran los de negocios-con otros seres humanos; aquella mujer, tenaz, valiente y digna, lo había hecho por su merced y gracia, un hombre rico.

Ahora podría convertir su más grande anhelo en un hecho concreto: tendría la mejor tienda de antigüedades de El Cairo. Dejaría de vender, recuerdos, abalorios, baratijas y concretaría eso que lo había hecho soñar sin esperanza.

—En el momento que quieras; en el lugar que sea, daré mi vida por ti, si es necesario —dijo sinceramente el egipcio a su benefactora.

Weise, ya con el cheque listo, quiso romperlo. Su novia se lo impidió.

—¡Es tuyo, te lo ganaste! —le dijo y continuó para formular en tono de broma-. No dejaré que toques un centavo de mi dinero para comprar algún objeto extraño o antiguo. Prefiero que tengas tu dinero y lo malbarates a tu arbitrio.

Alfer en un dislate de aquellos que no le eran muy frecuentes había exclamado:

—El culo de mi novia me ha salvado el pellejo —dándose cuenta de que aquella afirmación era bastante literal en cuanto a la mención del final de su espalda, así como al haber acreedores importantes, a los que, de otra manera, le hubiera sido imposible pagar y que hubiesen crucificado su economía y tranquilidad.

Samira Fatma Faruk, había aprendido en esos pocos meses, más que a lo largo de toda su vida. Ahora sabía que la vida era corta; que pendía de un hilo; que los segundos no se debían desperdiciar y que el amor era para vivirlo intensa e incondicionalmente. Así lo estaba haciendo.

Todas las aventuras vividas parecían sacadas de una novela de Dominique Lapierre, en sus trabajos en conjunto, con Larry Collins, su antiguo amigo del

servicio militar.

La huida de Ginebra, fue bastante épica. Tres fugitivos en batas blancas de enfermero sin un centavo disponible, con un tanque de gasolina con un cuarto de reserva, no proponían el mejor de los escenarios. La ayuda providencial estaba tras la portezuela de carga de la mini van: un AK-47, el viejo y confiable rifle de asalto ruso que los hombres de von Schellenberg mantenían en el auto para cuando fuere necesario.

En la primera estación de combustible de la ruta A-40, próxima al poblado del Ródano en la Alta Saboya, Saint-Julien-en-Genevois; Abu, el gran negociador, convenció a su propietario de que un arma así era indispensable para proteger un negocio de carretera como el suyo, expuesto a la delincuencia o a cualquier gavilla de mozalbetes, que necesitando dinero para drogas intentasen asaltarla.

Adom, salió de aquel lugar con 400 euros. No conforme y percatándose de que la gasolinera aquella, tenía también un taller de refacciones mecánicas, volvió a entrar y vendió el vehículo para que se extrajesen sus neumáticos y partes. Obtuvo 200 euros más, con la condición de que lo ocultase muy bien en el fondo del garaje. Allí mismo el dueño de ese lugar los ayudó para tomar un autobús hacia Lyon. Un cómodo Flixbus fue su nuevo transporte, en el que la gente rió al verlos subir con batas, sucios y aún con cara de susto.

—Nous sommes acteurs –nosotros somos actores, dijo en un francés mal pronunciado el egipcio que manejaba algunas lenguas; pero a la hora de hablarlas con corrección, era un completo desastre.

Pese al enunciado no dejaron de reírse.

En menos de una hora estuvieron a salvo en la bella Lyon, la de la plaza de Bellecour; del Musée Gadagne o de la Fourbière; pero en ese instante solo querían una ducha tibia, un plato de comida caliente y quizás una cerveza fría.

De Lyon... al mundo.

Al día siguiente, con ropa recién adquirida, pudieron reponer sus tarjetas de crédito en la banca local; comprar boletos de avión a Viena para desde allí permitir que Abu, viaje a El Cairo.

Parecía hace tanto... y fue hace tan poco.

Hoy un nuevo viaje y con otros fines llevaba a Alfer y Samira a cruzar el océano.

Llegar a ese vuelo hacia Nueva York y a ese momento de paz y encuentro con el hombre amado era para la Faruk lo mejor que podía ocurrir. Era tiempo de reencuentro y de apuntalar el amor. Era tiempo de turismo acompañando al

inquieto Alfer.

El trayecto por British Airways American, había hecho escala en Londres, por lo que llevaban más de 11 horas en tránsito; pero estaban a punto de aterrizar. Viena quedaba atrás, por un tiempo. Alfer necesitaba sostener esa conversación que podía abrir los cerrojos que hasta ahora habían permanecido sellados.

No tenía respuestas.

Solo preguntas.

El chirriar de las llantas en el aterrizaje los sacó de sus meditaciones y recuerdos.

Habían llegado.

Sin demora se dirigieron al counter de Avis. Les esperaba un Ford Fusion concho de vino, con tapicería de piel color beige.

Dos horas después con una parada para comprar bebidas en el camino, llegaban a las puertas del Omni New Haven con su aspecto cuadriculado y esa especie de cubierta verde metálica en la planta baja.

Los faroles en el exterior de la puerta de acceso ya estaban encendidos al igual que las de buena parte de las habitaciones.

Un botones atento los condujo a su habitación decorada en tonos pastel con madera natural. Una cómoda cama de 3 plazas los esperaba, un camino de cama azul contrastaba y daba vida al ambiente. Sendos veladores también de madera sostenían lámparas elegantes de lectura. Al subir habían adquirido en Morcel's el afamado café del que ya habían escuchado. Sería para preparar en casa, una vez que retornen a Viena... si es que podían hacerlo.

Planeaban levantarse tarde. La cita era a las dos; así que podrían amarse con esa pasión impropia de sus años pero que les hacía hervir la sangre. Si llegaban tarde al desayuno buffet del hotel, tomarían el brunch de Temple, a unos metros, cruzando la calle.

Alfer la invitó a ducharse. Ella sabía lo que eso significaba.

El agua caliente recorrió sus desnudeces cansadas por el largo viaje. Se enjabonaron mutuamente, explorando, cada resquicio, cada oquedad, cada espacio, con la paciencia de los antiguos relojeros. Ese momento de relax era absolutamente necesario. Besos que sabían a espuma. Olor de feromonas flotando en el ambiente.

No se secaron siquiera. Mojados de amor removieron las sábanas. Rodaron en el amplio lecho. Ajustaron cuentas de vieja data. Alfer estaba en deuda con ella, desde la aparición de La Petra, y esa noche pensaba pagar esa

obligación. Samira lo abrazó con sus piernas atléticas. La habitación miraba al campus. Las cortinas estaban abiertas. La noche fue testigo de las chispas que salían desde esa ventana de hotel y también lo fueron las añejas edificaciones que databan de 1701.

El amanecer los encontró rendidos. Habían sido reincidentes en el amor. La luz que ingresaba por el gran ventanal despertó a Alfer que pretendió correr la cortina para continuar con el descanso; pero algo llamó poderosamente su atención. Había un sobre en el piso. Había sido pasado bajo la puerta de la habitación.

A fronte praecipitium a tergo lupi, leyó.

Aquel era el único contenido de la hoja blanca de papel que el sobre contenía.

—Un precipicio al frente y los lobos a la espalda —tradujo sin bajar la voz.

—¿Alfer, que sucede? ¿Qué tomaste del piso? —inquirió Samira.

—Nada, amor. Leía algo en el diario.

—Pues ven a meterte a la cama, es muy temprano, aún.

—Sí, en seguida —apenas coordinó verbalmente Alfer, cuya mente estaba en otro lugar.

El austriaco, quedó petrificado unos instantes. Sintió miedo, un profundo miedo que le calaba los huesos. Corrió hacia la puerta, la abrió; sin embargo, el pasillo estaba vacío. Desconocía el momento en que la misiva había sido depositada donde la encontró.

—¿Qué haces en la puerta? ¡Ven a descansar!

—Si en seguida voy, solo quería ver si el muchacho que entrega los diarios todavía estaba por el pasillo para preguntar si había otro periódico aparte del New York Times.

—¡Alfer! ¡No es momento de leer noticias! ¡Casi no hemos pegado un ojo! ¡Ven y acuéstate!

Él, lo hizo sin chistar más. Ya había cerrado la pesada cortina la oscuridad se hizo dueña. Samira en unos segundos roncaba levemente. Alfer tenía los ojos de un búho, profundamente abiertos.

Cuando Samira se levantó a eso de las 11 su profesor de filosofía seguía pensando en las implicaciones de aquella atemorizante carta. Un precipicio al frente y los lobos a la espalda. Esa era una frase que daba mucho a pensar. ¿Cuál era el precipicio que no debía atravesar? ¿Quiénes los lobos a su espalda? ¿Pendía sobre él la espada de Damocles? ¿Sería, que al llegar a New Haven se había puesto entre la espada y la pared?

—¡Alfer!... ¡Querido!... ¡Después de tamaña noche creo que nos merecemos otra ducha!

Ya no recibió respuesta, Alfer navegaba por los confines astrales y en medio de su abstracción no había escuchado a Samira, que le había repetido lo dicho por tres ocasiones.

Un golpe de palmas frente a sus ojos, lo hizo saltar de un brinco.

—¡Samira! ¡Casi me has matado del susto!

—¿En qué planeta te encuentras? ¡Estabas tan despreocupado ayer, tan tranquilo que estaba muy contenta al saberte en paz; pero de repente otra vez asumes ese comportamiento extraño por el que te había venido reclamando antes de nuestra aventura en Suiza!

—Amor de mi vida, no te lo iba a decir, pero creo que es justo que compartamos esto —musitó con la mirada perdida, abriendo el cajón de la mesa velador y extrayendo el sobre para después entregárselo a la sorprendida mujer.

—¿Qué quiere decir? Es latín, no sé qué significa —expresó boquiabierta al leer el contenido.

—Qué estamos entre los lobos y el precipicio. Me parece una amenaza

—O una advertencia —opinó ella.

—Quizás ambas; pero ninguna de las dos deja de asustarme.

—¿Será la mafia china?

—¿O von Schellenberg?

Los dos estaban equivocados. La *Petra Autem Sæculorum*, parecía estar atada a peligros indescifrables.

Su solo nombre atraía la muerte.

Bastaba su mención para desatar toda la furia del destino.

CAPÍTULO XXVI

Se reunían haciendo un círculo alrededor de un reloj de arena que posaba sobre un retablo con un mantelillo rojo. El reloj tendría un metro de altura y al iniciar la sesión se invertía, de manera que sus granos de arena fuesen cayendo poco a poco. La reunión debía terminar antes de que el último grano cruce al lado opuesto del reloj.

El salón estaba ornamentado por estatuas clásicas. Tres imágenes de la misma persona: El Thot egipcio; el Hermes griego y el Mercurio romano, el hijo de Júpiter y de Maia Maiestas; pero también padre de Cupido, Hermafrodito y Dafnis. Aquel lugar pretendía parecerse al templo en el Aventino del 500 a.C., del que hablaba el historiador romano Tito Livio.

Mercurio o Hermes, era el dios olímpico de las fronteras y de los viajeros que las cruzan; lo era también del comercio y estaba representado en aquella estancia con una bolsa de monedas que se creía erróneamente que significaban su vinculación con el mundo mercantil y que sin embargo eran la dádiva divina del tiempo que se puede gastar solo una vez. Era también la representación de la velocidad y sus talones alados se asociaban a la rapidez física; pero en el saber hermético eran la metáfora de que, el tiempo vuela.

—Las horas son monedas de un joyero escaso, nos las malgastes; inviértelas, qué no vuelven—solía decirse.

Cortinajes pesados no permitían que el sol o la iluminación exterior se filtren hacia el recinto, por lo que en aquel lugar siempre podía hacerse la noche. Apenas unas cuantas bujías alumbraban tenues, generando un ambiente que se situaba entre lo místico y lo sobrecogedor.

En realidad, el salón estaba dividido en dos ambientes el primero era abierto y sin mobiliario, se llegaba a él por un largo corredor con alfombra roja que dejaba ver a los costados la madera fina y lustrosa del piso que reflejaba las pequeñas bombillas eléctricas mostrando asteriscos de luz difusa y abstracta. Había varias columnas jónicas y dóricas. El piso de ese primer salón -y sobre el que en el centro se asentaba el reloj de arena y su retablo-, era de mármol jaspeado.

Era miércoles el día de Mercurio.

El segundo recinto y parte también del gran salón tenía una mesa con siete enormes sillones de madera tallada, con un respaldar muy alto, sin revestimientos y el asiento mullido estaba tapizado por terciopelo escarlata.

Solo un sillón, aquel que parecía ser para el personaje más importante, tenía apoya brazos. En la mesa, una especie de candelero de siete velas, que ardían siempre, era el único objeto sobre la madera barnizada.

Hace poco habían apagado una de las velas; pero ya había una nueva encendida, en una ceremonia poco frecuente y muy trascendente. Cada una representaba a un miembro, mientras estuviera vivo.

Eran siete hombres vestidos con togas negras y capuchas.

Siete como los principios herméticos.

Siete como los mares.

Siete como las grandes tentaciones: La codicia; la lujuria; el poder; la pereza; la costumbre; la fe sin convicciones y la sed de sangre.

Siete como los caminos que nos plantea el destino: el del sosiego; el de la lucha y la contradicción; el de la conformidad; el de la construcción; el de la destrucción; el del conocimiento y el de la muerte.

Siete líderes-sacerdotes que todo lo ven y todo lo saben y que alimentan su esencia en las siete fuerzas primordiales: aire, tierra, fuego, agua, vacío, lugar y tiempo.

Siete poderes los hacen invencibles: la razón, que todo lo analiza; la lógica, que todo lo sistematiza; la palabra, que convence y arrastra; el corazón, que apasiona; el espíritu, que sublima; el temple, que no sabe de rendiciones y el miedo, que logra reflejarse en el rostro del enemigo y que se constituye en el poder excelso.

—Oh gran Dios de la cabeza de Ibis, señor de la sabiduría, la escritura y la música. Amo del tiempo; padre de la alquimia; generador de la transmutación; lámpara mística; luz ancestral. Tú que nos enseñaste que los labios de la sabiduría permanecen cerrados y que solo se abren a los oídos que saben escuchar Tú que inventaste todas las palabras y todos los lenguajes, permítenos acudir humildes ante ti —recitó el supremo sacerdote y sus palabras reverberaron en la añosa habitación que cada semana los veía reunirse, cada una invocando una advocación del mismo ser: ya Thot, ya Hermes, ya Mercurio.

Un murmullo de oración se elevó por las bóvedas del recinto y una vibración estremecedora podía sentirse latiendo en el piso, en las paredes, en los cuerpos de los concelebrantes que parecían entrar en un estado de trance y que les ponía los ojos en blanco.

—¡Salve Thot, generador del conocimiento!

—¡Salve Hermes Trimegisto, el Tres Veces Grande!

—¡Salve Mercurius Ter Maximus, señor de los calendarios y de las nubes!
—¡Salve padre del equilibrio de los opuestos!
—¡Salve carcelero del tiempo!
—¡Salve rey de la alquimia la astrología y la magia!
—¡Salve receptor de la revelación del divino Poimandres!
—¡Salve redactor del Corpus hermeticum! —fueron repitiendo uno a uno los integrantes de la logia.

Entonces todos y a viva voz añadieron:

— Sham ga ata necedel, vic al formur, atra sin doc paretec, alan dur malsec sutan, gar dancel, vic mar, vic portri, vic catar, ung mol, sapur etnel falan.

—Salve piedra del gran regalo, a ti venimos, los viajeros de las horas, a tu círculo infinito de muerte y resurrección, solo serás entregada, nunca tomada, nunca arrebatada, nunca sin tu voluntad, abre puertas, encuentra preguntas nunca respuestas.

Entonces y terminada la ceremonia de inicio, tomaron asiento en la mesa redonda dejando un guardián a la vigilia del reloj.

—El portador ha llegado —afirmó con voz grave el supremo líder que se había descubierto el rostro bajándose la capucha.

—Pero no ha venido solo —añadió otro de los siete.

—¡Eso es intrascendente! —retomó el señor máximo—. Sabemos que el tenedor de la Philosophi Lapis, ha de entregárnosla y debemos encontrar la forma de que así suceda. Nuestra reliquia ha estado ausente ya más de un año y es tiempo de que vuelva a su hogar sagrado. Nosotros sus custodios, la red de viajeros así lo requiere.

—¡Cófrade Supremo! ¿Crees que el portador haya podido tomar ya la barca de las horas? —preguntó un fraterno de rango menor.

—No lo creo. Caso contrario su búsqueda, sería otra búsqueda y su camino lo habría llevado a otro destino. Quienes consiguen abrir la puerta final, ya nunca son los mismos se han bañado en el río del conocimiento o en su opuesto el del no-conocimiento que surge en la incapacidad de reconocer la luz del primero. Tanto los viajeros que se iluminan ante el destello luego de girar la llave, como los que son encandilados y quedan ciegos, retornan siendo más o menos de lo que fueron; pero nunca son iguales. El agua los ha lavado o enlodado. El portador, era y aún es un «no iniciado».

El cónclave continuó mientras el reloj tuvo arena.

El Círculo era de temer, a fin de cuentas, infundir temor, incluso miedo era

uno de sus poderes sustanciales y una de sus armas más eficientes. Sabían con claridad meridiana que quien estaba imbuido por el temor era una presa fácil, un adversario que antes de pelear ya estaba vencido. El miedo paraliza, controla, cambia los pareceres, subyuga, domina, enloquece. El temor amedrenta, disminuye, oprime. Entre ambos hay un pequeño hilo que puede tensarse y hacer que se vuelvan uno.

Los siete apegos –decían–provocaban los siete grandes miedos; por lo tanto, eran los puntos neurálgicos que debían tocarse a quien se pretendía intimidar o amedrentar: familia, ego, riqueza, lucidez, supervivencia, fe y superstición. Para hacerlo contaban con todos los medios, sabían todos los caminos y eran capaces de llegar a cualquier extremo.

Para ellos la moral era un instrumento de los débiles, que se usaba para enmascarar la mediocridad. Nada es bueno, nada es malo –afirmaban–, siempre dependerá de la circunstancia y de los fines. Para el Círculo sus fines y circunstancias estaban más allá del bien y del mal.

La mesa de los siete era su organismo máximo y el que tomaba las decisiones; pero habían constituido un inmenso poder en Europa y América y contaban de entre sus peones, a importantes políticos, magnates de la industria, banqueros, miembros del clero, líderes de opinión, periodistas y militares de alto rango, que servían a sus intereses y designios. Peones ciegos, que estaban seguros de su libertad y su independencia pero que se vendían al mejor postor o a quien mayor temor les infundiese y en eso nadie como el Círculo.

Cada uno de los siete miembros había hecho un juramento de sangre al entrar al Círculo. Una vez dentro, nadie podía salir, salvo muerto y por ello uno había preferido, hace poco, aquel camino extremo de escape.

La ceremonia de la sangre se renovaba cada vez que un miembro fallecía.

Se extraía de cada integrante un cuarto de pinta, ésta se juntaba con las otras. Y era repartida en siete copas. Todos bebían y al compartir el bebedizo eran fratris del circulus.

Aquella noche de miércoles, las últimas palabras del fratris maximun y sus adlateres, antes de que el reloj marcara el final, fueron:

—Más que nadie, sabemos doblegar la voluntad, quebrantar la entereza, tocar lo que más se quiere. Ahora debemos demostrarlo. Es tiempo de recuperar la principal reliquia y razón de ser del Círculo de Thot.

—¡Salve Thot dueño de la llave del tiempo!

—¡Salve hacedor de la Piedra Filosofal!

—¡Salve a nos, herederos de la alquimia!

CAPÍTULO XXVII

Desde que recibiera, como caídos del cielo más de dos millones de dólares, el egipcio, el dromedario, Abubakar Mohamed Adom, había estado muy ocupado, refaccionando su tienda, haciendo nuevas adquisiciones, deshaciéndose de un montón de mercadería inservible que ya no estaba dispuesto a vender. Incluso había llegado a una decisión sabia, aunque tardía, Contratar un administrador para su local, alguien preparado y honesto que manejase, pagos, inventarios, compras. No sería una tarea fácil por el valor que se había propuesto pagar; pero lo consiguió, con una recomendación de una pariente lejana, Jalila, la hija de una prima de su madre a quién no veía desde hace años y que por casualidad entrara a su tienda, preguntando por una dirección.

Ella tenía un hijo que había cursado estudios superiores, conocía mucho de computación y era muy despierto y servicial. No había tenido suerte para conseguir empleo. Parecía que el propio Alá había puesto ante los ojos de Jalila el negocio de su primo Abubakar y viceversa.

El muchacho era inquieto, parecía bailar todo el tiempo, tamborileaba los dedos en el mostrador, cosa que irritaba a Abu; pero era ordenado, metódico, aprendía rápido y garantizaría que no ocurriera lo que pasó durante su viaje lleno de aventuras y peligros con Samira y Alfer. Aquella ocasión encontró su negocio cerrado –los empleados se habían ido al no recibir pago o habían tomado ellos mismos dinero de las escasas ventas, pues sin el maestro, el gran vendedor, nada caminó y su negocio quedó al borde de la quiebra. Ahora Usaim Tarek sería su esperanza de no repetir esos malos momentos y más que nada, con su nueva situación financiera, poder viajar y disfrutar, pues ya era tiempo.

Usaim era esmirriado, de cabello ensortijado, grandes ojos vivaces y algo jorobado al andar, que no se podía negar que Abu, fuera su tío lejano. Su piel era más bien oscura, los labios finos, dedos largos y uñas roídas por la onicofagia. Usaba lentes de culo de botella que le desproporcionaban los ojos al mirar y a pesar de ellos se acercaba mucho al computador para descifrar sus caracteres y abría la boca al hacerlo en un gesto que lo hacía ver muy bobo; pero no lo era. De repente sus dedos comenzaban a danzar sobre el teclado y podía hacer con el ordenador, cuanto le plazca, desde una simple búsqueda o investigación básicas, hasta una tabla dinámica en hoja de cálculo o una base de datos perfecta.

—Ya está tío Abu, todo el inventario de su tienda –irrumpió alegre una mañana el nuevo empleado.

—¡Usaim, por Alá! ¡No lo puedo creer! ¡Has conseguido en unos días lo que no había logrado en años! ¡Eres una bendición muchacha! –dijo el dromedario abrazando al recién contratado.

—Y falta mucho: organizar la tienda por secciones; depreciar el stock que no tiene salida; poner promociones, ofertas; colocar carteles con precios; una cafetera para servir un buen ahwa turki como cortesía para los clientes...

—Basta muchacho, esos son muchos gastos...

—Inversiones tío. Vamos a hacer de esta tienda la mejor de El Cairo. Hasta he mandado a hacer un letrero, un lugar no puede llamarse simplemente tienda de recuerdos.

—¡Cómo te has atrevido sin mi consentimiento!

—Maalesh, tío; ¡pero usted me ha dicho que hiciera lo mejor por este negocio y eso he hecho!

—¡Me vas a matar pronto! –sonrió Abu, dándose cuenta de que su enojo no tenía fundamento-... ¡Shokran Usaim!... ¿Y cómo se va a llamar la tienda?

—Abu's, Store & Souvenirs, simplemente tío. Usted sabe que la mayoría de los turistas que acuden al negocio hablan inglés, así que será algo así como: La Tienda de Abu y bajo el nombre pondremos algo en nuestra lengua: Ahlan Wa Sahlan, para dar la bienvenida.

—Mabruk, mi buen Usaim, creo que serás un gran alivio para este viejo. Iré a mi computadora a revisar mensajes y correos.

Abubakar Adom se había preocupado mucho al recibir el mensaje de Alfer.

La amenaza o advertencia dejada bajo la puerta del cuarto de hotel de Weise, dejaba ver, a las claras, que alguien sabía por qué él estaba en New Haven y posiblemente que era poseedor de uno de los objetos más importantes y buscados de la historia.

Alfer descartaba que fuese la mafia china o la gente de von Schellenberg, pues ellos no se tomarían la molestia de andar con sutilezas. Su idioma eran las balas, no las cartas y menos en una lengua muerta.

Aunque le costaba escribir en el alfabeto latino Abu se correspondía con su amigo a través de la computadora.

—¿Quién puede haber enviado la misiva? –se trepanaba los sesos-. Es tiempo de mover a todos mis contactos de negocios en el mundo, los que también conocen a los grupos de poder y a las mafias más influyentes.

—Estoy de acuerdo amigo, pero en apenas unos minutos debemos ir con Samira a la oficina en Yale del Doctor Patterson.

—¿Pero no lo habían cesado en sus funciones como profesor de esa universidad?

—Efectivamente, Abu; pero como un reconocimiento a sus años de servicio le han permitido conservar su oficina hasta fin de año, así que pronto deberá dejarla. Le han prohibido hacer ningún pronunciamiento que involucre al centro de estudios y que cuanto diga sea siempre a título personal.

—Imagino que llevas prisa.

—Así es amigo.

—Entonces por la noche trataremos de comunicarnos.

—Así será Abu.

Pronto el egipcio se dio a la tarea de inquirir a sus conocidos por los grupos y sociedades que detentasen algún tipo de poder en los Estados Unidos; aunque todos coincidían al decir que aquellos clanes y organizaciones eran frontales. No advertían, actuaban. A lo largo de los 52 estados norteamericanos, cientos de agrupaciones con diferentes niveles de poder intervenían. Desde Nuevo México hasta Alaska, desde Nueva York a Hawai. Los Yakuza –la Yamaguchi Gumi-; brazos fuertes y muy bien establecidos de la Solntsevskaya Bratva –la mafia rusa-La Camorra ítalo-americana; el mismo Cartel de Sinaloa tenía tentáculos enormes en tierra del Tío Sam; La Tríada, mafia china que era aún más fuerte que La Hermandad del Loto en su momento y que ahora ante el desbande seguramente la absorbería. Abu, tenía entre sus manos una gran lista; empero un viejo conocido con quien intercambiaba artículos de interés mutuo de tanto en tanto, le dio una clave que a su manera de ver era correcta. Peter Carrington de Londres le escribió vía Hotmail, iniciando una serie de

—Las personas asocian poder y dinero con las mafias; con grupos armados. No necesariamente es así. Existen otro tipo de organizaciones muy poderosas que carecen de una rama armada, para ello están los mercenarios y asesinos a sueldo, a los que se contrata, se paga y ejecutan tus órdenes sin preguntas. Luego no los vuelves a ver. Estos no se ensucian las manos; sin embargo, su influencia puede llegar a ser mundial.

—Tu reflexión me parece acertada Peter –escribió Abu, muy interesado y afinando su inglés para que resulte comprensible-. ¿Qué más sabes de ese tema?

—Bueno... existen esferas de poder: la del poder económico y financiero;

la del poder armado militar y policial, allí figura la Cía; Interpol, las mismas mafias... en fin; allí también la esfera del poder científico y tecnológico. ¿Puedes imaginar la inmensa maquinaria de Facebook, Twiter, Instagram, Microsoft, los Sukerberg, los Gates? Esas esferas no compiten; mas son complementarias.

De hecho, algunos nombres pueden pertenecer a más de una esfera. Gente como George Bush quien negociaba con la familia de Bin-Laden, cuando era necesario o en su hora pico Henry Kissinger. Hay también una esfera de poder político y de influencia global como el Worl Economic Forum el famoso Foro de Davos; así mismo los Skull and Bones de Yale y Harvard. Todos esos grupos actúan en redes celulares. Si una parte no funciona o se desvía, se elimina. No está centralizada, algo así como el Internet, un sistema sin una locación única, que sin embargo llega a todas partes y funciona.

—No lo había pensado Peter – se animó Abu a recapacitar-. Las posibilidades son infinitas.

—Así es Abubakar. Y eso que aún no hemos mencionado a los Illuminati, que todo el mundo habla de ellos, pero nadie sabe quiénes son o como operan, cuáles son sus alcances y su real influencia o poder. Se ha manoseado tanto su nombre que ha pasado a ser parte del imaginario mítico; de un lugar común cuando se habla de conspiraciones; pero son reales, desafortunadamente muy reales. Se les endilga atentados de bandera falsa, el auto ataque a las Torres Gemelas o la instalación de antenas para controlar el clima a través del Proyecto Harp y con ese se confunde a la gente.

Además, te puedo nombrar a los Nuevos Templarios, un movimiento de gente adinerada e instruida que quiere usar las mismas estrategias de los grupos islámicos extremistas; pero esta vez contra ellos, en una nueva cruzada para acabar con los devotos de Alá; al Círculo de Thot, un grupo hermético que todavía y en pleno siglo XXI busca la Piedra Filosofal. Están los Francmasones, Los Rosacruz, la Orden Hermética del Alba Dorada, La Orden de los Templos del Este, el grupo Bilderberg y no dejemos fuera al Opus Dei, la Obra de Dios.

—¡Vaya me has dado una clase sobre este tema!... pero me encuentro más confundido que al principio.

—El saber genera conciencia de nuestra ignorancia Adom.

—Eso sonó muy socrático –bromeó el dromedario en medio de su preocupación.

—Así es camarada. Espero haberte servido en algo.

—En mucho Peter. Te lo agradezco.

El buen Abubakar Adom, había descartado en principio dos posibilidades. De repente surgieron cien más.

Debía comenzar por lo más evidente. Alfer se encontraba en la ciudad sede de Yale, de manera que una de las organizaciones que se había originado en esa alma mater, era los Skull & Bones, esa orden con casi doscientos años de historia y de la que habían salido tres presidentes de Estados Unidos. Juraban secreto absoluto y por eso eran conocidos como La Tumba. Los de la calavera y huesos son la fraternidad más exclusiva y en su sede el gran reloj de pedestal marca siempre las 8 y como número místico tienen al 322. ¿Podría aquel reloj paralizado ser una referencia a querer conocer los secretos del tiempo en cuyo caso la Petra Altem Sæculorum, generaría vital interés para ellos? Lux et Veritas, reza su escudo, luz y verdad. ¿Sería que la luz y el entendimiento quisieran alcanzarlo desde algo tan codiciado y ancestral como La Piedra y a través de ella encontrar la verdad?

Aquella secta fue acusada en algún momento del asesinato de John F Kennedy y del propio escándalo de Watergate que acabara con la carrera del presidente Nixon. Nunca se les había podido probar nada, de manera que todo quedaba en el plano de las especulaciones. ¿Estarían intentando apropiarse del tesoro máspreciado de Alfer Weise, aunque éste —y solo ellos lo sabían— nunca les había funcionado?

Por descarte simple la logia secreta que también debía ser tomada en cuenta era El Círculo de Thot. Douglas Ferrington lo había fundado en 1884 y de él se sabía quizás menos que de los Skull & Bones. Muchos creían que su existencia era un mito pues simplemente se comentaba de ella a nivel de pasillos, de boca en boca. En internet era imposible encontrar sino muy escasas referencias y para hacerlo había que buscar en la Deep Web. Su lema era Memento Mori, recuerda que vas a morir y hacía referencia a la fugacidad del tiempo que nos toca vivir.

Abu pidió ayuda a Usaim para tener la información que requería sobre el Círculo.

Douglas Ferrington apareció un día, nadie sabe de dónde provino y se matriculó en Yale previo un meticuloso examen de suficiencia pues no pudo justificar estudios anteriores. Su propio nombre pudo haber sido ficto ya que la leyenda dice que no portaba papeles que acreditaran quien era; sin embargo, era tal su sapiencia, su conocimiento de cosas y situaciones que parecían impensables en su época que el riguroso filtro académico debió

admitirlo para no perder aquel talento, que sería apeteído sin lugar a dudas por otras universidades especialmente su rival Harvard. Ferrington fue hombre de ideas innovadoras y fundó una fraternidad que requería un pacto de sangre y reglas de ultra secretismo.

Sus miembros eran de la élite económica y social del país; pero tenía también un componente místico, iniciático muy fuerte y se los asoció siempre con el hermetismo, aunque otros afirmaban que eran simplemente una logia más de francmasones.

Abubakar pensó que la relación con el hermetismo, los vinculaba directamente a la Piedra Filosofal; pero aún nada estaba claro. La misiva, la amenaza más bien; podía provenir de cualquiera y podía, asimismo no tener relación con La Llave de los Tiempos.

Esa noche le comentaría a Alfer de sus avances, aunque pensaba que lo mejor sería, y teniendo ya un administrador para el Abu's Store, viajar de inmediato a Nueva York. Para él, que había remontado los desiertos y recorrido la tierra de los Tuareg varias veces aquello era pan comido. Además, gracias a la generosidad de Samira, era un hombre rico y aquella gentileza sería un mínimo gesto de gratitud que quería efectuar.

CAPITULO XXVIII

Allí lo tenían, alto gordo, imponente, rigurosamente trajeado y con la corbata que seguramente sería símbolo de su antigua fraternidad en los años mozos.

Tenía muy escaso cabello que peinaba con gomina hacia un costado para simular presencia de pelo que hace rato había dejado de tener.

La papada era prominente, las cejas blancas y despeinadas. La nariz aguileña, líneas de expresión profundas como los caminos del destino. Un gran lunar de carne se enseñoreaba al lado izquierdo de su labio superior. Tenía la quijada partida y sus manos eran grandes como palas de limpiar nieve.

Los esperaba apoltronado en un sillón de apariencia acogedora. Estaba tapizado en piel negra con rombos y botones forrados del mismo material que generaban pliegues.

Tenía las manos cruzadas sobre su abultado vientre y lucía al pulso un antiguo reloj tipo lenteja Omega de marco dorado y pulsera de piel de cocodrilo café. Los dedos eran también regordetes con las uñas cortadas a ras. Su piel era extremadamente blanca y daba la impresión que hacía lustros no recibía el sol.

—¡Doctor Patterson, es un verdadero placer estrechar su mano!
¡Permítame presentarle a mi novia Samira Faruk!

—árabe, imagino...

—libanesa doctor, aunque, claro, árabe.

—Su apellido me llevó a determinar su origen, pero su nombre no es arábigo...

—No, doctor Patterson, fue mi padre quien lo eligió. Es hindú de origen sánscrito y significa bocanada de viento; pero en árabe Zamira es la fuerza de Dios.

—En todo caso es un nombre muy bonito. Felicito al doctor Weise por su buen gusto porque es usted además una mujer muy bella y asumo que inteligente por su mirada.

—No sabía doctor Patterson que la inteligencia de una mujer se podía medir en su forma de mirar.

—Cuando uno llega a mi edad, Samira, se ha visto todos los tipos de

mirada de la gente. Conozco la del dolor, la del miedo, la del amor, la del odio, la de la venganza y por supuesto el brillo prístino de la inteligencia es fácil de detectar.

—¡Me estoy poniendo celoso –bromeó Alfer y rió de buena gana al igual que todos!

— Es verdad doctor Weise, los ojos permiten a un ser humano reconocer en otro, todo cuanto hay. Lo bueno y lo malo. Ha escuchado aquello de: tiene una mirada sincera. Pues es cierto. Con algo de entrenamiento y cierta perspicacia un hombre no necesita un detector de mentiras. La mirada delata al traidor, al asesino, a quien lo ama o dejó de hacerlo. Veo, por ejemplo, que ustedes se aman mucho.

—Doctor Patterson, aquí la psicóloga soy yo pero resulta que quien conoce del alma humana es usted.

—Para nada Samira, solo soy más viejo que usted. He vivido más.

—Pero no soy tan joven doctor.

—El tiempo que señalan los calendarios es relativo hay gente que a los treinta años ha vivido cien, yo a mis setenta, he vivido siglos.

—No lo entiendo doctor Patterson –intervino Weise.

—No es nada, mi amigo, simplemente que he hecho muchas cosas en mi vida, desde jugar rugby, cuando muchacho, a escalar montañas en mi madurez, viajar por el mundo en cada período vacacional, leer muchísimo y así... Siento que he vivido tanto que a veces me siento cansado y creo necesitar una pausa, un descanso. Yale al cesarme en mis funciones como catedrático, con mil pretextos, me ha hecho un verdadero favor, pues me obliga a dedicarme a lo que me gusta: investigar, escribir, charlar...

—¿Qué tipo de pretextos? –inquirió la de Líbano.

—Pues pretextos para no decirle a la opinión pública que me cesan por mis ideas, por mis teorías, porque me creen loco de atar, porque carecen de una mente abierta. Por ello han dicho que era tiempo de mi jubilación, que me agradecían por mis servicios, que yo había sido un gran aporte en la comunidad de Yale, que fui un gran maestro; pero que era tiempo de retirarme. Y no me he retirado, eso es un eufemismo ¡me han cesado!

Además, los ultra religiosos me ven como a un hereje, un enemigo de la fe. Si la inquisición existiera, estoy seguro de que me habrían enviado a la hoguera. Mis escritos, son hoy por hoy, casi que parte del Index Librorum Prohibitorum de Yale. Solo falta que recurran al Malleus Maleficarum para juzgarme. Pero para que todos lo vean, han tenido la gentileza de prestarme

esta oficina hasta el fin de año académico. ¿En verdad que son buenas personas...?

—Pero Yale pierde a uno de sus cerebros más brillantes —aduló Alfer apoyado por Samira, que asentía con la cabeza, mientras tomaba la mano del viejo a través del escritorio, frente al cual estaban sentados. Mirando a espaldas de Patterson, un cuadro de Albert Einstein en blanco y negro, con el pelo despeinado y una pipa.

—Imagino cuanto amaba enseñar doctor —acotó solidaria, la mujer.

—¡Amo! —corrigió Patterson—; pero ese es ya un amor imposible, aunque una forma de enseñar es escribir, pues el legado que se deje será leído por futuras generaciones y de alguna forma el ejercicio de la docencia se mantiene en el tiempo. Lástima que el maestro ya no pueda disfrutar de ese ejercicio —continuó el anfitrión con un brillo en los ojos que parecía ser una lágrima furtiva que pretendía escapar.

Se produjo durante unos instantes un incómodo silencio durante el cual John Patterson extrajo de su bolsillo trasero un pañuelo, pretextando limpiar sus lentes pero que en verdad le permitiría secarse la humedad de sus ojos deslustrados y de verde cansado. En esos instantes Alfer y Samira recorrieron el recinto pequeño en el que por todas partes se apilaban libros y papeles de todo tipo en lo que a cualquiera le hubiera parecido un desorden infernal. Había también una pequeña cartelera de corcho en la que docenas de notas multicolores habían sido fijadas por tachuelas o cinta adhesiva. Patterson se percató de que recorrían con la vista el lugar y se excusó:

—Mil disculpas por este desorden. Siempre trabajo en varias cosas a la vez y necesito todos los libros, todas las anotaciones a la vez y esta es la forma en que las tengo a la mano...

—¡Ja, ja, ja! —volvió a reír Alfer—. A mí me pasa exactamente lo mismo en mi estudio y yo le llamo mi ordenado desorden. Creo que a todos los investigadores nos ocurre algo semejante; sin embargo, Samira se molesta mucho cuando mira el tiradero y de inmediato pretende meterle mano a cada cosa y poner orden.

—¡Alfer eres muy injusto, solo quiero facilitar tu trabajo!

—Perdone que me entrometa Samira. Los hombres somos animales cómodos en el desorden y diría que nos gusta que así sea. El desorden es simplemente otra forma de ordenar, pero en un sentido menos estricto, menos métrico, menos estético.

—¡Bah! —renegó la libanesa—. ¡Todos los hombres son iguales y como parte

de ese gremio se defienden.

—¡Mujeres! —dijeron casi al unísono los dos profesores y soltaron una fuerte carcajada.

Se había generado un ambiente de mucha camaradería. Parecían viejos amigos y charlaron de todo antes de tomar el tema que los había convocado a la reunión.

—Muchachos —soltó entre chascarrillos constantes el viejo-sin pensarlo el tiempo se ha ido y son las tres de la tarde. Una entrevista con CNN me espera; pero sé que vinieron de tan lejos, para conversar de mis teorías acerca de viajeros en el tiempo, así que para que hablemos sin tensiones, los invito a cenar esta noche.

—Tiene razón doctor, el tiempo ha volado en tan grata compañía —expresó Samira, devolviendo los galanteos del ex profesor de Yale-. Creo que a Alfer y a mí, nos encantaría cenar con usted.

—Así es Doctor... -iba a asentir Alfer, siendo interrumpido por Patterson.

—Por favor ya somos amigos, llámenme John o me obligarán a llamarlos doctor Weise y doctora Faruk; pero no creen que ¿es muy demorado y muy formal?

—Así se hará John —se adelantó Alfer.

—Pues bien, John, nos vemos en la noche —agradeció la gata extendiendo su mano para un apretón; mas el doctor la besó a la antigua usanza.

—Usted Alfer debe conformarse con un buen apretón de manos. No sería correcto que bese la mano de un hombre —se despidió el viejo con una última chanza-. Los recogeré en el lobby de su hotel a las 8.

La pareja salió de la oficina. Iban tomados de la mano. Caminaron por el césped bien cortado en el que los estudiantes descansaban o estudiaban. Grupos de muchachos en sus ordenadores portátiles, tablets y teléfonos revisaban sus redes sociales o estudiaban para un examen. Tanto Alfer como Samira recordaron su época de estudiantes y volaron con la mente a esos espacios similares en los que el problema mayor era una materia difícil o un trabajo extenso en el que poner todo su esfuerzo y su tiempo.

Caminaron lento, no había prisas, la tarde era joven y una ventisca leve les mecía los cabellos. Un café bebido en el verde pasto sería ideal. Se animaron a un beso, casi adolescente. Alfer sintió, por instantes, que era un muchacho inquieto otra vez y abrazó fuerte a La Gata para luego con su mano derecha apretar con fuerza su glúteo izquierdo. Nadie se inmutó excepto alguien que no dejó de mirarlos durante todo su recorrido por el campus, hasta que

alcanzaron la calle cruzando la cual estaba su hotel. Varios clics distantes e inaudibles para Alfer y Samira testimoniaban las fotografías en ráfaga que les habían tomado.

Cruzaron rápidamente el lobby del Omni New Haven saludados cortésmente por el personal a su paso y en el ascensor luego de deslizar por la ranura la tarjeta de acceso oprimieron el piso cinco. Su habitación, la 502, se encontraba revuelta y el contenido del equipaje tirado por todos lados. La ropa, los insumos de aseo, los pasaportes, el reloj de Alfer, que había olvidado sobre la mesa de noche. Un libro deshojado La Puta Respetuosa, obra de teatro en dos actos, de Jean Paul Sartre yacía en el piso hecho girones.

La ropa interior sexy de Samira se hallaba desperdigada por sobre las sillas y la cama. Inclusive las toallas dobladas y limpias colocadas tras el aseo reciente de la habitación, se habían abierto. Hicieron un breve recuento de sus cosas; pero no faltaba nada, ni siquiera la costosa cámara Nikkon de Samira con sus lentes intercambiables, ni un par de pequeños anillos de oro que reposaban en la mesa bajo el televisor.

Quedaba absolutamente claro que los intrusos querían dejar un mensaje. No eran ladrones. Se buscaba algo, que no estaba allí y Alfer, creía saber de qué se trataba y que felizmente se encontraba en la bóveda de seguridad de su banco en Viena.

Lo que Weise y la Faruk no analizaron, fue que aquella incursión, era también una forma de amedrentar, de imponer el temor, de causar miedo... y lo estaban logrando.

Los lobos a sus espaldas querían tirarlos al precipicio.

CAPÍTULO XXIX

Usaim, urgente! Necesito un boleto de avión a Nueva York.

—No me diga que se va, tío.

—¿Y para qué entonces querría un boleto, muchacho?

—Pero usted es ya un rejl musen jeda, tío, debe cuidarse.

—¿Cómo, que un hombre viejo? ¡Muchacho de porra! En muchos aspectos estoy mejor que tú y tengo más vitalidad y ánimo que cualquiera, mi salud está perfecta.

—Bueno ahora que ha dejado de beber, sí.

—¡Todo lo que he vivido en estos meses, me ha enseñado que la sobriedad es indispensable en todo momento, la lucidez puede hacer la diferencia entre vivir o morir, Usaim! Antes de viajar a Suiza, como te he contado, yo no podía pasar un día sin beber. Ese vaho, ese sopor que producía el alcohol me permitía tolerar esa vida insignificante que llevaba. Ahora la existencia tiene sentido, tengo amigos y te tengo a ti como familia y eso es más que lo que he tenido en años. ¿Y tú Usaim nunca has tenido vicios?

—El licor no me lo permite mi fe y ana len adekhen abeda, nunca fumaré, porque me parece muy molesto para los otros que deben soportar el humo, además el aliento de los fumadores es insoportable. Como una norma de respeto sustancial, no haría lo que no me gusta que me hagan. Am Jalila, así me educó tío Abu. Por otra parte, un buen mahometano honra siempre a su madre y sus enseñanzas e intenta hacerla feliz y, anha s'eyedh, ella es feliz de que ahora esté con usted y pueda ayudarlo en todo, lo que incluye que usted siga el sendero correcto de Alá y no caiga en tentación y pecado.

—¡Bueno, a lo nuestro! —cortó Adom, el sermón de Usaim-. Tú a reservar mi vuelo y yo a preparar maletas para acompañar a Alfer y Samira.

—Así lo haré tío —dijo acomodándose los pesados lentes.

—Necesito salir cuanto antes si es posible esta misma noche.

—Recuerde tío Abu, que con lo turístico que es El Cairo, los vuelos siempre están copados.

—¡Esta ciudad está llena de turistas baratos Usaim! Mochileros que viven en la ley del menor gasto, qué solo quieren una foto con las pirámides al fondo. Si buscas en primera clase, estoy seguro de que hallarás lugar. A ti, maestro de las computadoras, sé que no te será difícil.

—Lo intentaré tío.

—¡Lo harás! Confío en ti.

Abu caminó hacia el fondo de la tienda para beber un té y le ofreció uno a Usaim, que agradeció sin aceptarlo, el muchacho prefería no perder el tiempo y se puso sin dilaciones a ejecutar su tarea.

Los dedos mágicos de Usaim empezaron a teclear raudos.

En pocos minutos ya tenía una respuesta.

—EgyptAir, esta misma noche, tío ¿le parece?

—Por supuesto, cómpralo de inmediato usa mi tarjeta de crédito.

—¡Por supuesto! Mientras tanto usted descanse, le esperan casi doce horas de vuelo. Le recomendaría también que use ropa occidental, los americanos andan paranoicos desde el 11 de septiembre y cada vez que ven a un árabe vestido con chilaba —y para ellos un egipcio es un árabe—, lo ven como un terrorista. No estaría mal que se comprara un par de buenos trajes, se acicalara esa barba poco prolija y se peinara por una vez en su vida.

—¿Insinúas que mi aspecto es descuidado?

—No lo insinúo, se lo digo. Un buen musulmán, no miente.

—¡Me ha dolido!

—Los americanos creen que ellos son los rectores del mundo y que sus costumbres deben ser las de todos y cuando se pretende visitarlos, hay que aceptar las reglas del anfitrión así no nos gusten.

—Está bien, saldré este momento y visitaré la sastrería de Darwishi, él suele tener trajes confeccionados.

—Tío, usted ahora es un hombre pudiente ¿y aun así quiere comprar el traje más económico?

—¡Con tus consejos voy a perder mi fortuna pronto, muchacho!

—Por favor vaya a una tienda elegante. Consíéntase, dese un gusto. Quiérase un poco. Recuerde que por los ojos entra la luz de Alá. Sea esa luz, véase bien.

—¡Lo haré, Usaim, lo haré!

—Estamos en uno de los mejores y más exclusivos ejes comerciales de la ciudad, basta con recorrer unos metros y tendrá lo mejor de lo mejor.

—¡Ah, muchacho, en lugar de contratar un administrador, he contratado una madrastra!

—Que lo quiere mucho, tío.

—Lo sé, Usaim, lo sé y no sabes lo bien que me hace saberlo.

Pronto Abubakar y después de muchísimo tiempo salía a comprar para sí mismo algo de ropa que no fuesen sus clásicas chilabas, suriyas, galabiyas, o kafiyeh el pañuelo de cabeza que casi le era infaltable. Aunque las normas

del Corán mandaban vestir con modestia, él poco creyente, como era, vestiría como nunca de forma elegante y distinguida. Se imaginó frente a un espejo, con traje y corbata y sonrió.

Lo que necesitaba lo encontró cerca de la plaza Suleiman Pasha.

Un maravilloso traje de lino en color claro y un traje azul de casimir de lana inglesa. Cuatro camisas blancas, una corbata con rayas rojas, azules y grises—por si fuere necesaria-, un pañuelo para el bolsillo de las chaquetas, dos pares de zapatos en negro y café, una correa reversible que pudiera utilizar indistintamente con los trajes. Esas fueron sus adquisiciones. Llevaría también y como no podría ser de otra manera sus chilabas queridas y alguna galabiya sin olvidar un tocado, su kafiyyeh que tantas veces en el desierto lo había cubierto del sol.

Se sintió un gentleman europeo y al probarse los trajes, le pareció que incluso su proverbial joroba se notaba menos, se veía menos dromedario que de costumbre. Acudió a la barbería y se hizo un recorte de todas las pilosidades del rostro, dándoles forma. Quiso en un momento de la operación rasurarse íntegramente; pero nunca lo había hecho desde que le creció el vello en su pubertad y no tuvo el valor vara verse como una oveja trasquilada.

Retornó a su negocio y de inmediato su sobrino le pidió ver lo adquirido.

—¡Em Abu, debe probarsesus nuevos atuendos!

—¡No muchacho! ¡Suficiente he hecho al mostrártelos!

—Pero tío, alguien debe certificar que la ropa le quede como es debido.

—¡El espejo ya me ha dado la respuesta!

—¿Y qué le ha dicho el espejo?

—¡Qué esta ropa me hace ver elegante y extraño!

—¡Ande... póngasela! Yo le daré mi opinión sincera.

—¡Hasananaan Usaim! ¡Lo haré!

Abubakar Adom tomó las prendas y se dirigió a un probador con cortina verde que tenía al fondo de su negocio y en el que los clientes se probaban las chilabas que allí vendía.

El traje de lino fue el primero en ser exhibido.

—Magnífico tío, así con el cabello y barba recortados, se lo ve muy bien. Sus amigos no van a reconocerle, acostumbrados a un hombre descuidado...

—¡Ya basta, eso es todo! ¡No desaprovechas la oportunidad para restregar mi apariencia! ¡Está todo arreglado para mi vuelo?

—¡Sí señor, todo listo!

Esa misma noche Abubakar volaba hacia Nueva York. Prefirió su ropa

tradicional para viajar y así reservar las tenidas elegantes para ser usadas en su destino, haciendo caso omiso a su sobrino. El vuelo fue tranquilo y la primera clase y sus atenciones le permitieron descansar. No bebió un solo trago, prefirió té y a medio vuelo un café que le supo asqueroso y que nada tenía que ver con su ahwa turki. Quería cuanto antes abrazar a sus amigos y ponerse al tanto de las averiguaciones que Alfer pudiera haber hecho a la que él llamaba la Piedra Filosofal.

—¡Estimados pasajeros del vuelo 805 de Egypt Air con destino a Nueva York, estamos a punto de aterrizar en el aeropuerto Jhon Fitzgerald Kennedy, favor ajustar sus cinturones de seguridad! —se escuchó por los altoparlantes en árabe e inglés.

Se encontraba en el acceso a los filtros de seguridad debió quitarse los zapatos, dejar su teléfono móvil y todas sus pertenencias en una canastilla, pasar por un escáner 3d que dejó al descubierto toda su anatomía y cuando ya había cumplido todos los requerimientos, un hombre de la TSA, el organismo de seguridad creado por Bush después del 11-S se le acercó y le pidió que lo acompañara.

—¿Por qué debo acompañarlo? —interrogó Abu al hombre de traje oscuro y gafas negras que portaba un auricular y un arma al cinto —. ¡Soy un ciudadano egipcio y tengo derechos!

—Los tendrá cuando ingrese a Norteamérica, este momento está en el limbo y en el limbo los derechos no existen —agregó sarcástico el guardia tomándole fuertemente del brazo—. Esto es un control aleatorio —mintió mal—. A usted le ha correspondido hacerlo.

—Es por mi ropa verdad, todos los que visten como yo son para ustedes terroristas. Sería como decir que todos los americanos con camisa hawaiana de flores, sandalias con medias y shorts que llegan a Egipto son agentes de la CIA. ¡Por favor!

—Le sugiero que no hable en esos términos porque podemos negarle el ingreso a nuestro territorio. Todo lo que usted diga está siendo grabado y puede ser usado en su contra.

—¡Debí hacerle caso a Usaim! —exclamó Abu.

—¿Qué ha dicho? —espetó el del traje, frunciendo el ceño.

—Pensaba en voz alta señor, no me diga que eso también está prohibido.

Adom fue ubicado en una habitación más bien pequeña en la que había un escritorio y un espejo que seguramente sería como el que se utiliza en las cámaras de Gessel y que permitiría ver desde el otro lado.

—¿Abubakar Mohamed Adom? —dijo el interrogador mientras contemplaba el pasaporte.

—Sí señor. Ese soy yo.

—Pero se ve muy diferente en esta foto.

—Me he cortado el pelo y la barba un tanto ¿aquí no acostumbran visitar al barbero?

—Remítase a responder lo que le pregunto Mr. Adom. ¿Cuál es su religión?

—No tengo religión alguna, fui criado como musulmán; pero desde hace mucho tiempo no profeso esa fe.

—¿Fue musulmán? ¡Creía que un mahometano, lo era siempre!

—No siempre.

—Mas, Alá es su dios.

—No estoy seguro, a veces quiero volver a creer.

—¿Qué lo trae a los Estados Unidos de Norteamérica?

—Turismo. También vengo a visitar a un par de amigos.

—¿Y... quiénes son esos amigos?

—Alfer Weise y Samira Faruk

—¡Mmmm...! —mientras revisaba la computadora que tenía a la mano-. ¿Ellos son visitantes también...? Un austríaco y una libanesa.

—Si ellos también son visitantes y voy a verlos en Connecticut, New Haven específicamente, están hospedados en el Omni...

—Si, lo sé. Nada se escapa a los ojos del tío Sam. Dígame... ¿Qué planean hacer en conjunto... usted y sus amigos?

—Será un reencuentro simplemente. Estuvimos hace no mucho juntos en Suiza y quiero verlos.

—¡Ellos lo esperan, seguramente!

—No saben que estoy aquí, será una sorpresa.

—Una sorpresa tan grande como una donación de dos millones y medio de dólares, imagino.

—Una simple muestra de reciprocidad, que entiendo es una palabra que usted desconoce ¿señor...?

—¡Adams, George Adams! Podría explicarme ¿porque una libanesa le regala a usted tal cantidad de dinero...? ¿O será más bien un pago?

—Señor Adams, fue un obsequio sin ninguna condición.

—Y la fortuna de Samira Faruk, ¿proviene de...?

—La señora Faruk vendió una muy rara moneda de la que antes había

desconocido su valor y de ahí proviene el dinero...

—Y otra parte similar a la suya fue depositada con un cheque a la cuenta del profesor Alfer Weise.

—¿Si lo sabe todo para que me lo pregunta?

—¡Para saber si todo concuerda! Pero vayámonos entendiendo. Ella solo por afecto, por amistad lo hace rico de la noche a la mañana, ahora misteriosamente concuerdan en los Estados Unidos los tres beneficiarios del hallazgo.

—Así es y no tiene ningún misterio. El doctor Weise es un erudito, un estudioso y tenía una cita con el doctor John Patterson un ex profesor de Yale para discutir asuntos meramente académicos, ha venido con su novia Samira y éste, su amigo, ha decidido acompañarlos. ¿Cuál es el misterio?

—Pues eso, por el momento solo lo saben ustedes; sin embargo, intentaremos averiguarlo. Ya hemos hecho revisar su equipaje y no hay nada sospechoso, aunque su visita en sí, es altamente cuestionable...

—¿Los americanos no visitan a sus amigos, Mr. Adams?

—Sí, Mr. Adom; pero usualmente no nos regalamos millones. Diría que en cuanto a los obsequios somos un poco más conservadores. Si un multimillonario hiciese una donación por ese monto, sería comprensible; pero que una mujer cuyo historial bancario es escuálido y de repente una antigua moneda que ella tenía en su poder y sin explicar mayormente su origen, la vuelve rica... pues no nos resulta comprensible que entregue a dos personas proporciones iguales a la que ella conserva. Eso suena más como a un reparto, un botín o un pago por un trabajo muy grande a realizar en tierra americana.

—Esas son sus enfermizas conclusiones señor. ¡Si usted cree tener pruebas fehacientes en mi contra o al menos presunciones fundamentadas de que estoy vinculado a alguna actividad ilícita ¡deténgame! En caso contrario devuélvame a mi país, que de éste ya tengo suficiente o permitame visitar a mis amigos, luego de lo cual me iré sin demora.

—Lo dejaré ingresar —dijo de mala gana, devolviendo al egipcio su pasaporte—. Pero lo estaremos vigilando, no lo olvide.

—No lo olvidaré. Ma' a s-salamah.

—Feliz estadía en los Estados Unidos de Norteamérica, Mr. Adom.

Abubakar, se sentía humillado, como turista egipcio, gastaría su dinero en América. Dejaría sus dólares en un lugar que a todas luces no quería a las personas de su etnia y del mundo árabe en general. Usaim le había advertido. Sabía, eso sí, que había una paranoia nacional desde los atentados del 11 de

septiembre; también estaban los casos de secuestros de aviones como el protagonizado por Mohamed Atta en el vuelo 11 de American Airlines o aquel de Marwan al-Shehii en el 175 de United Airlines. Desde allí las cabinas se acorazaron lo que les resultó contraproducente en el vuelo de Germanwings en el verano del 2015, al no permitir que uno de los pilotos entre para contener a su compañero que minutos después estrellaría el avión. Cada uno de esos eventos había contribuido para que los americanos se conviertan en seres llenos de miedo, conspiranoicos contumaces que veían en cada ser humano diferente a ellos, un enemigo, un detractor, un terrorista. Usar turbante o un kafiyeh era un pecado en los bastos dominios del Tío Sam. Tomó un taxi hasta el Porth Authority Bus Terminal. La gran pantalla negra esquinera decía Made in NY. La enorme estructura de hierro en la 8ava Avenida estaba allí desde 1950. En minutos una unidad de Peter Pan Lines lo llevaría a destino y a sus amigos que tanto extrañaba. Se trataba de una travesía corta.

Las 12 horas de viaje desde El Cairo se habían transformado en apenas 6 con la diferencia horaria. Eran las 6.30 horas en NY y podría llegar a las 9 a New Haven para desayunar con Alfer y Samira, aunque conociéndolos lo más probable era que los encontrara todavía dormidos en su habitación. Sabía que el Jet lag, ese horrible síndrome del cambio rápido de horario, le afectaría; pero en ese momento se sentía despierto, despejado. No quería que el mal momento pasado con el agente aeroportuario le arruinase esas pequeñas vacaciones e iba decidido a pasar buenos momentos junto a sus socios de aventuras. El hambre lo agobiaba.

Lo único que le pareció apetitoso y que decidió probar fue el shawarma local, aunque no disponían de la variedad de cordero que a él tanto le llamaba la atención. Se animó por carne y pollo en una mixtificación que no le desagradó. Él lo prefería con labneh con mucho ajo. Peter Pan Lines estaba por salir, apuró los bocados. El té embotellado y frío le supo desastroso y lo dejó a medio beber. Usaim había hecho reservas en el mismo hotel de Alfer y Samira, lo que facilitaría el encuentro. En el terminal adquirió un chip local de telefonía para estar comunicado.

Durante el recorrido se puso al día con los correos y en uno de ellos Alfer le contaba lo de la habitación revuelta. Se inquietó, parecía que ese oasis de paz que buscaba, no lo sería tanto. Al menos ya sabía el número de habitación: 502 y conocía que por la noche del día de ayer habrían tenido una cena con el doctor John Patterson. A las 9.30 horas arribó a New Haven y a las 9.50 hacía el check-in en el Omni New Haven.

CAPÍTULO XXX

Abubakar Mohamed Adom, Alá misericordioso, del que a veces dudaba, parecía guiarlo.

—Su habitación es la 508 —explicó el recepcionista—. Un botones lo acompañará junto a su equipaje.

Después de entregar la propina a la porta equipajes, se dio una ducha breve y se enfundó el traje de lino, la camisa blanca, los zapatos y la correa reversible de su lado marrón. Se colocó el pañuelo concho de vino en el pecho y se peinó con gel el cabello.

Iban a ser las 10 cuando golpeó la puerta de la habitación 502.

Samira y Alfer se aprestaban a salir para el desayuno.

Alfer abrió la puerta con precaución, desde lo ocurrido ayer y vio a un hombre elegante de barba meticulosamente arreglada, traje de lino y muy bien peinado.

—Si... ¿en que lo puedo servir?... ¿Abu, eres tú? ¡Qué demonios te has hecho!

—¡Alfer, qué gusto enorme verte!

—Vaya eres otro. Pareces uno de los ingleses que adquirieron tu país en 1882.

—Salvo los ojos azules y la piel blanca —bromeó Abu y propinó a su amigo un enorme y correspondido abrazo que duró hasta que Samira, que estaba en el baño quitó el lugar a su novio, para abrazar también al viejo y querido Abu—Tú siempre con tus citas históricas, pareces más profesor de historia que de filosofía.

—Estás muy guapo Abu, detrás de esa maraña de pelos había un hombre apuesto y elegante —se unió la libanesa al jolgorio.

Parecían niños en una ronda. Rieron y se volvieron abrazar varias veces.

—¡Vaya, que sorpresa! —pronunció Alfer parándose a cierta distancia para analizar de nuevo a su irreconocible amigo.

—Quería que así lo fuera, Alfer. Ahora quiero que me pongan al día en todo; pero vamos a sentarnos cómodos en algún lugar y a beber un café —propuso Abu.

—Nosotros no hemos desayunado aún, Abu, así que podríamos cruzar la calle, hay un excelente Brunch. Por poco y no nos encuentras, estábamos por salir —explicó Samira pasándose la mano por el cabello en un gesto de la coquetería permanente de las mujeres.

—Entonces he llegado en buen momento. He comido algo pequeño en Nueva York, pero no me caería mal un bocado más sustancioso —comentó el egipcio tocándose la barriga y riendo con sus grandes dientes amarillos.

—¿Qué esperamos? —apuró Alfer señalando con su mano el corredor que llevaba al ascensor.

En un par de minutos estuvieron en Temple Grill y cruzaron su toldo negro.

Había muchos televisores como parte de la decoración en las paredes y pilares de color terracota. Un bar bien nutrido ocupaba el primer plano. Había también una de las paredes cubierta con lajas de piedra artificial en tono tierra clara y algunos espejos. Las mesas eran de madera y el piso de parquet deliberadamente envejecido.

—Ahora si deben de ponerme al día —solicitó Abu.

—En el correo ya te he narrado lo ocurrido en la habitación. No se llevaron nada, pero lo alborotaron todo, esculcaron cada rincón —describió el austriaco-. Es muy raro y muy intimidante. ¿Quién sabía que veníamos? ¿Quién tiene interés en nosotros? Aunque supongo que La Piedra es la culpable de todo.

—Yo pienso que debes deshacerte de ese objeto, Solo nos ha traído desgracias, inconvenientes y casi nos cuesta la vida —sermoneó La Gata.

—La Piedra, no es la culpable, son los hombres que la codician. Una pistola no es culpable de las muertes que provoca, lo es quien dispara. ¿No te parece Samira? —replicó el profesor.

—Sin pistola las muertes no se hubieran producido. Sin Piedra nada de lo que ocurrió hubiera pasado —ripostó ella sacudiéndose el cabello muy a su estilo y mirándose las uñas para constatar si estaban adecuadamente arregladas.

—Pero no solo nos ha traído desgracias —opinó el egipcio-. Nuestra bonanza económica, en parte, se la debemos a La Llave y a Samira, por supuesto —bromeó Abu, señalando con el índice a su benefactora.

—Y a Donatien Fablet —añadió la aludida-, ¡que en paz descanse!

—¡Alá lo tenga en su gloria! —acotó el incrédulo que siempre lo invocaba.

—Yo estoy de acuerdo con Abu, la piedra nos ha dado la oportunidad de unirnos, probarnos, hacernos más fuertes...

—Y nos sigue probando Alfer —cortó Samira-. No creo que el asalto a la habitación sea presagio de nada bueno.

—Si es verdad —debió reconocer Alfer-. Y quienes están detrás, deben ser muy poderosos. Basta observar, que tanto en el momento en que nos dejan la

carta intimidatoria, cuanto en el instante que penetran a nuestro cuarto, las cámaras del hotel no estaban funcionando. Las grabaciones se cortan por minutos y precisamente en esos minutos suceden los dos eventos que nos involucran.

—De mis búsquedas y de las realizadas por mi sobrino Usaim...

—¿Sobrino Usaim? —se intrigó Samira.

—Es una larga historia. Lo tengo trabajando como administrador del local. Es un buen muchacho hijo de una prima lejana y me ha sido de gran ayuda.

—¡Te era indispensable alguien de confianza a cargo de la tienda! —opinó Alfer.

—Usaim es un genio con las computadoras y lo que el Internet común no registra él lo consigue en la Deep Web.

—Creí que la Deep Web era un mito —apostilló Samira interesándose mucho en el tema y sorbiendo luego de su humeante y aromática taza de café, que le habían acabado de servir.

—La Deep Web existe y contiene saberes que no están disponibles en las rutas de búsqueda convencionales —aportó un Abú que ahora sabía más de tecnología que nunca.

—¡Bien, cuéntanos lo que halló tu sobrino! —inquirió Wise.

—Algo te he adelantado Alfer en nuestra correspondencia; pero finalmente me decanto por dos grupos que pueden ser los culpables del atentado de ayer. Los Skulls & Bones y el Círculo de Thot.

—Abu, de los primeros he escuchado muchísimo; pero del dichoso círculo nada —analizó Alfer mientras tomaba la mano de Samira por debajo de la mesa y con su mano izquierda levantaba también su taza de café para beber un sorbo.

—¡Vamos Abu, cuéntanos todo lo que sepas, las mujeres somos curiosas!

—El Círculo es un grupo hermético ultra secreto, veneran al Dios Egipcio Thot...

—Que en Grecia es Hermes y en Roma, Mercurio —terminó la frase Alfer interrumpiendo a Abu.

—Así es —dio la razón el egipcio.

—Que hace que sospeches —puntualizó La Gata.

—Estas dos hermandades o logias tienen su origen en Yale y precisamente por esta razón he pensado que son las que podrían estar involucradas.

—Pero cualquier organización delictiva podría también tener presencia —dudo Alfer.

—Si; pero los de las calaveras y los del círculo; tienen en sus prácticas y ceremonias, alusiones directas al tiempo, los relojes, la relatividad temporal —explicó el del traje de lino.

—Podría ser —dijo en tono bajo Alfer y miró a su novia que con un parpadeo asintió.

—Anoche ustedes tuvieron la reunión con Patterson ¿qué les dijo?

—Bueno es un hombre extraordinario, muy gentil, muy agradable. Un bromista, aunque hablamos cosas muy serias —inició Samira.

—Él nos contó sobre sus teorías a las que la comunidad científica y la de Yale en especial, tildan de fantasiosas, alucinadas, poco serias —continuó el vienés-. En especial la hipótesis de que Jesús fuera un viajero del tiempo, ha puesto de cabeza las comunidades religiosas: los católicos, los santos de los últimos días; los luteranos; los bautistas, los pentecostales... en fin: todas. Los cristianos se han unido para protestar. Patterson prácticamente no puede dejar Yale, pues es atacado. Le han lanzado fruta podrida, ha recibido amenazas telefónicas, han lanzado pintura en su casa. Anoche una señora, pretendiendo que era accidental, le ha echado una café latte encima de la ropa. Él por supuesto se lo atribuye, a la intolerancia, al rechazo a sus ideas, que denomina: de avanzada.

—Pero lo más sorprendente Abu es que el doctor John Patterson atribuye los saltos temporales de estos grandes hombres a la Petra altem Sæculorum —precisó la libanesa.

—¿Pero entonces él sabe de La Piedra? —preguntó el buen Abu, con los ojos muy abiertos y apurando un trago de té.

—Sabe... y mucho. Demasiado quizás —anotó el profesor con gesto adusto.

—¿Qué quieres decir Alfer? —se inquietó Samira.

—¿Sí, que insinúas? —se sumó Adom.

—Las descripciones que él hace, no son las de alguien que ha leído respecto a algo. Me da la impresión, aunque puedo equivocarme, que el profesor Patterson ha visto La Llave de los Tiempos; la Piedra Filosofal. El nivel de detalle que maneja es sorprendente y con todo y lo que nos dijo, pienso que sabe mucho más. Por otra parte, ha preguntado insistentemente si llevábamos La Piedra con nosotros, que si se la podíamos confiar para estudiarla. Que estaba dispuesto a viajar a Viena para que le proporcionásemos el acceso a ella.

—Otra cosa que me sorprendió —intervino la Faruk-, es que nos preguntó si alguno de nosotros había viajado. Lo dijo con tal contundencia, que parecía

que al él no le quedaba dudas de que quien tuviera La Piedra Filosofal, podía doblar el espacio tiempo a su arbitrio. Claro, nosotros le dijimos la verdad, qué no lo habíamos hecho, que lo intentamos sí; pero sin éxito. Patterson, se quedó luego de nuestra respuesta, con rostro intrigado y se le escapó un: ¿por qué? Con el que fue fácil intuir que algo no habíamos hecho bien y que él, conocía.

La comida que habían ordenado llegó de manos de una mesera, que cual pulpo, traía todo en sus manos, sin regar nada. La demora en el servicio, no fue sentida por los comensales porque la conversación se había tornado muy interesante. Fueron preguntados por las bebidas para acompañar su orden. Samira, optó por un jugo natural de naranja; Alfer una cerveza Guinness y Abu, otro té.

En una mesa cercana, alguien fingía que hablaba por celular y tomaba fotos, mientras desde un micrófono transmitía la evolución del encuentro de los tres amigos.

—Señor, un hombre más se les ha unido, tiene apariencia árabe y conversa animadamente con ellos.

—No te despegues de ellos Cadwell e intenta que no noten tu presencia.

—Así lo haré señor, adonde vayan, yo estaré ahí.

CAPITULO XXXI

Cada miembro podía realizar solo un salto en el tiempo.

Cada uno de los siete había agotado su oportunidad de desplazarse por las aguas de los siglos, excepto el nuevo integrante que reemplazó a Malcom Maddox que fue iniciado cuando el máximo talismán, ya no estaba.

Maddox fue un gran abogado, dueño de uno de los bufetes jurídicos más importantes de la nación. Las más grandes empresas del mundo solicitaban sus servicios y tenía además una cartera de clientes personales, muy selectos. Congresistas, multimillonarios, estrellas de cine, políticos y diplomáticos de carrera, que pudieran pagar los altos costos de los servicios de ese hombre a quien apodaban el tigre por la voracidad con la que atacaba a sus rivales en los estrados, hasta despedazarlos. Los abogados del circuito tenían mucho temor de litigar contra él, que tenía un equipo enorme trabajando en cualquier área que fuera requerida dentro de un proceso. Además, por el círculo en el que se movía sus influencias con jueces y fiscales eran conocidas por todos.

Era un hombre poderoso, severo con su esposa y sus hijos. Inquebrantable, su palabra era un documento firmado y no admitía retrocesos.

Buen deportista, jugaba al tenis muy bien y solía programar encuentros con viejas glorias del deporte como Lendl o McEnroe o Agassi.

Su casa era una verdadera mansión y a sus fiestas asistía el jet set mundial.

Parecía tener la vida ideal, hasta que un día llegó a los estrados de la Corte en un estado deplorable, calamitoso, era otro hombre, al que parecía habersele extraviado el tiempo, un par de décadas al menos, en apenas una noche.

Había cumplido 49 años en abril; pero aparentaba menos. Alto, musculoso, cabellera castaña y frondosa, ojos brillantes de color esmeralda, sonrisa perfecta y maneras atildadas, salvo en los tribunales en los que se convertía en una fiera.

De buen vestir y esposo de una ex Miss América, que era la envidia de cuantos les veían pasear en su yate o en sus autos deportivos. Encarnaba perfectamente la esencia del american way of life y por eso las revistas más prestigiosas lo habían tenido en su portada y lo habían nominado en varias oportunidades como el hombre del año.

Era hombre de hogar, pero no los miércoles en que indefectiblemente asistía, según su esposa, a jugar bolos con los amigos.

Día miércoles... de Mercurio señor del tiempo, era día de acudir con sus hermanos en Thot, allí se enfundaba una toga y una capucha y recitaba extrañas oraciones junto a otros seis compañeros.

Hasta ese día, en que amaneció distinto.

Añejo, mustio, desgastado y preso de un infierno que le carcomía por dentro así estaba el prestigioso abogado Malcom Maddox.

Hombre cumplido como era acudió a la primera audiencia de aquel día; pero no pudo ser ni la sombra de lo que era.

Todos comentaban sobre esa apariencia terrible, esas arrugas en sus ojos, ese cabello repentinamente platinado.

Salió de la Corte, como un alma que se lleva Belcebú. Gritaba. Las personas a su alrededor no podían entender lo que decía. Balbuceaba frases incoherentes o en un idioma extraño, alguien creyó escuchar castellano antiguo.

Tomó su auto y condujo un par de horas excediendo con creces los límites de velocidad. Los foto-radares se activaron a lo largo de la ruta disparando sus flashes.

Tenía un objetivo en mente.

A ser uno de los siete, no tendría inconvenientes en hacerlo.

Arribó a la sede del círculo. Activó con su iris la cerradura electrónica y la desbloqueó.

Llegó al Sanctasanctórum de la logia rompió el cristal protegido por 7 huellas digitales, una alarma inaudible se activó pudiendo ser vista en 7 teléfonos de manera remota.

Cuando llegaron al sitio, la Petra altem Sæculorum había desaparecido y era para todos obvio, que uno de los miembros la había sustraído porque la cerradura de iris que protegía la puerta de seguridad era infranqueable, salvo con explosivos de alto poder y allí nada había explotado.

Malcom Maddox parecía haber enloquecido y repetía sin pausa:

—¡Debo desaparecer la piedra, debo deshacerme de ella!

—¡Debo desaparecer la piedra, debo deshacerme de ella!

Malcom como miembro de los 7, sabía más que nadie que la Piedra no podía destruirse salvo por la voluntad de su dueño y en este caso eran 7 voluntades las que debían estar de acuerdo para acabar con la maldición de aquel objeto macabro y aborrecible.

Quien la recibiera debía estar de acuerdo en hacerlo y tenía que conocer su poder de creación y destrucción. Sin esos requisitos el maleficio persistiría sobre sus legítimos poseedores.

Recordó que entre sus clientes más poderosos estaba el Clan Xing, unos traficantes de drogas inescrupuloso, adinerados y coleccionistas de reliquias. Eran gente muy crédula en cuanto a cuestiones de magia, esoterismo y ciencias ocultas. Así que condujo hasta Nueva York, sabía el nombre del cabecilla: Shaoram Xing y con él se entrevistaría. Paró en una tienda de ropa barata en el camino y dejó allí mismo su tenida elegante. Estaba tan desmejorado que era prácticamente imposible que lo reconocieran al haberlo visto personalmente solo una vez. Ahora era un viejo.

Así fue.

La Llave de los Tiempos, dejó de pertenecer al Círculo de Thot.

Malcom Maddox encontró su fin en un callejón del Chinatown neoyorquino.

Se descerrajó un tiro después de regalar 9.500 dólares a un homeless.

Su muerte se mantuvo en reserva a pedido de la familia y se pagaron grandes sumas para que los diarios no publicasen las fotos tomadas durante el levantamiento del cadáver.

La gente en los corrillos judiciales se limitó a decir: qué el pobre hombre había, repentinamente, enloquecido.

Lo que nadie podía adivinar es que Maddox en su última noche había vivido, de una forma incomprensible para los extraños a La Piedra, durante 25 años.

Él como buen lector disfrutaba mucho de las crónicas medievales y renascentistas, se transportaba mentalmente a esos escenarios.

Sus libros los llevaban de la mano por los senderos de ese tiempo oscuro en el que el dogma religioso había dado lugar a las más grandes atrocidades. Admiraba a Fray Tomás de Torquemada y por eso cuando El Círculo del Thot le dio la oportunidad de hacer su salto, el eligió aquel momento y aquel lugar. Conocería cara a cara al mismísimo confesor de Isabel la Católica, al martillo de los herejes, al relámpago de España, como cronistas de la época llamaron al Inquisidor General.

¡Si lo conoció! Supo que su leyenda negra era cierta, al punto que terminó siendo una de sus víctimas.

En algún momento se volvió una moda, por el mito de que se mejoraba en cuanto a las sensaciones en el sexo. Maddox nunca se arrepentiría tanto, de una

decisión. Esa lo condenó. Se había circuncidado. Fue perseguido al creérsele judío y falso converso en el año del señor de 1585.

Un cuarto de siglo en las cárceles más lúgubres de la historia, terminaron con su lucidez y con su energía. Allí a una noche de distancia estaban su esposa y sus dos hijas. Para ellas un instante, unas horas de sueño; para él 500 años.

Un día sintió como era absorbido por una fuerza imponderable.

Fue succionado por una especie de torbellino.

De repente ya no estaba más en la lejana España.

La cabeza le daba vueltas.

Estaba otra vez en su país, en su tiempo.

Yacía sobre el camastro que El Círculo de Thot había preparado para los saltos de sus integrantes.

Corrió hacia el espejo. Siempre se volvía con la sensación de que todo fue un sueño.

Su rostro certificaba que se había ausentado demasiado.

Ya no era el hombre gallardo que allí mismo había contemplado la noche anterior.

Había recibido el máximo honor... y el máximo castigo.

No quería que otro sufriera por los caprichos de la Piedra.

Así decidió que se desharía de ella y así fue.

CAPÍTULO XXXII

La tarde tenía matices tornasol. El sol pegaba en las vidrieras y arrancaba destellos de luz, las escasas nubes tenían bordes rosa y violeta. Una ventisca suave levantaba las hojas caídas en el pasto y las elevaba en espirales, las volvía undívagas, leves como pompas de jabón.

La gente comenzaba a abrigarse porque el verano iba a dar paso al otoño.

La calleja gris respunteada por la línea blanca de la señalética de tránsito, llevaba a la casa de John Patterson.

Era una residencia grande; pero sin lujos pintada de blanco impoluto, con una cerca baja de madera del mismo color. En el porche una mecedora y una banca larga lacada al natural. Algunas flores pendían en maceteros sujetos al techo. El techado era rojo de teja cocida, con un ala caída de forma más pronunciada que la otra.

El hombretón desmadejado y con pantuflas reposaba en la silla que mecía con el empuje de sus pies regordetes. Pensaba en su encuentro de esta noche con Weise y su grupo. Ahora se les había unido un egipcio, de quien no sabía que esperar.

El Cófrade Supremo exigía resultados. Patterson conocía de sobra la iracundia de su líder y lo intempestivo de sus acciones. Lo había visto disparar a un hombre a quemarropa patear, inmisericorde, su cuerpo para constatar que estaba sin vida, luego pedir que lo corten en pedazos para que sea enterrado en West Rock Ridge State Park.

Eran supuestamente herederos del saber de Hermes, y el tres veces grande, seguro habría reprobado los métodos de sacerdote mayor del círculo de los 7.

John desde hace unos años, sabía que la conducción de la fraternidad hermética, se había dislocado, que los llevaba a un destino de destrucción y muerte.

Había abrazado la fraternidad siendo un hombre todavía joven y le había dedicado la vida. No se había casado, ni tuvo hijos. Su familia eran dos hermanas que vivían en Nueva York y Washington, a las que veía muy ocasionalmente. Sus sobrinos lo evitaban y su único acercamiento se producía en navidad cuando recibía, religiosamente, una tarjeta de cada uno de ellos, augurándole felicidad. Él correspondía con regalos que nunca entregó en persona, aunque fuera invitado a la cena.

Ahora, sentía como que unas manos poderosas lo asían por el cuello. Le faltaba el aire. Se daba cuenta de que El Círculo era tan enfermizo y

demandante como la mafia. No había forma de escapar.

Su misión era actuar, ganarse la confianza de Alfer Weise y Samira Faruk, aunque dado el arribo del egipcio y su proximidad a la pareja, también a aquel debía convencerlo de que era un amigo confiable al que debía dársele la oportunidad de probar La Piedra.

Su líder le había dado un ultimátum. Mortimer ya había invertido su reloj de arena. El tiempo estaba corriendo como lo hace Mercurio con sus pies alados.

El Supremo vigilaría cada una de sus acciones, documentaría todos sus acercamientos a los poseedores de La Llave y demandaría pronta resolución.

¿Quién era Alexander Hillarius Mortimer, la cabeza de los hijos de Thot...? Más que interesar quién era, bastaba con saber todo lo que era capaz de hacer y conseguir.

Su maldad y sed de poder, no tenían fin.

Alexander Mortimer, fue un graduado con honores de la Escuela de Negocios de la Universidad de Yale. Presidía una siderúrgica que cubría todo el mercado norteamericano y exportaba a Sudamérica. Se preciaba de ser amigo personal de los Bush; de los Clinton, ex alumnos también del alma mater. Siempre era invitado de honor a las premieres de Meryl Streep y Jodie Foster. Paul Krugman, el nobel, le escribía, en su momento, de manera constante. Participó activamente en 2012 en la devolución de 40.000 piezas incas que habían estado en Yale por más de 100 años pese a la promesa de devolverlas en apenas 3.

Era lo que se diría un hijo ilustre de Yale, un líder de opinión, un industrial respetado y reputado; es decir el más conspicuo representante de la crema y nata de Yale. Se dice que una vez al año se realizaba un cónclave ecuménico en el que participaban los Skull & Bones, los Wolf's Head, los Scroll and Key y los de Thot's Circle. En esa reunión se cocinaba y decidía el destino mismo de los Estrados Unidos de Norteamérica.

Varios presidentes americanos debían su elección a aquel contubernio. La falsa llegada del hombre a la luna el 20 de julio de 1969 habría sido planificada allí, para menoscabar el orgullo de los soviéticos y mostrar ante la faz de la tierra que el amo planetario tenía un nombre y ese era: los Estados Unidos de América.

El auto atentado del 11-S fue una idea criminal, que también se habría fraguado en la gran mesa de esa reunión ultra secreta, en la que los hombres más poderosos jugaban a ser los titiriteros del orbe, en ella habían intervenido

también los Nuevos Templarios, enemigos declarados del islam.

Se debía justificar la arremetida contra Irak, los filtros extremos anti-árabes, la represión, el aumento de medidas de seguridad para blindar a la nación. Qué mejor idea que acusar a una organización extremista musulmana, la autoría del más grande y sangriento atentado de todos los tiempos. Creado el enemigo, estaban justificadas las medidas para detenerlo.

Un atentado que en daños físicos costó 10.000 millones de dólares y en daños colaterales y consecuenciales 3,3 billones, era motivo suficiente para iniciar una guerra anti terrorista; pero la caída de los edificios fue fruto de una demolición implosiva.

Fue precisamente a Alexander Mortimer a quien se le ocurrió la idea de volar el corazón de Nueva York, con los aviones-proyectiles. La había comentado con el presidente de ese entonces, un miembro reconocido de Skulls & Bones. Nadie sabe si el presidente acogió directamente el plan del cabecilla del Círculo de Thot o éste lo comentó con sus allegados del FBI o la CIA y ellos lo instrumentaron.

El doctor Jhon Patterson fue amigo y confidente de Mortimer y el depositario de los más profundos arcanos de los seguidores de Hermes y así creía conocerlo y estimarlo. Su salto lo cambió para siempre. Nadie mejor que el Supremo Sacerdote de Thot para saber con detalle el cómo operaba la piedra elaborada con las mismas manos del Ter Maximus. Él en su viaje, lo pudo constatar personalmente. Se remontó a épocas remotas, allí cuando la humanidad era joven y el hombre apenas metía sus pies en el mar del conocimiento. Entonces vio la luz. Esa luz que dimanaba del nativo de Orión, del mentalizador de las pirámides que reflejaban la ubicación de sus estrellas, pues como es arriba es abajo; no obstante, Mortimer era un espejo opaco que no supo reflejarla. El señor de los sueños, los conjuros, los hechizos, los saltos y los viajes, resultó inescrutable para la pequeñez de Alexander Mortimer. El antiguo Dyehuty había usado su tablilla de escriba celestial para dibujar en ella el mundo y había tallado la piedra que con dos ejes podía girar para señalar los puntos exactos en la espiral del tiempo.

El señor de todos los saberes pudo intuir de inmediato en la mirada turbia del viajero -de ese hombre que venía de decenas de siglos en el futuro, por el puente que él mismo había construido-, la ignorancia del ego y la falacia de los errados saberes. Empero la Piedra Filosofal fue creada por el hijo de las estrellas, para buscar sabiduría; para encontrar la verdad; para iluminar; para rescatar en el lago de la historia, las gotas frescas del conocimiento.

Su fin era transmutar la oscuridad en brillantez, la ignorancia en sapiencia, el plomo de nuestras miserias en el oro de nuestra magnanimidad, nuestra ceguera en la óptica perfecta para diferenciar el bien y el mal. La Piedra nunca debía ser usada para vanagloriarse, para saciar al ávido de riquezas y poder, para conquistar o controlar, para servir a la oscuridad.

La piedra de Thot, instrumento perfecto, para los fines perfectos fue usada por primera vez –paradójicamente-para expulsar del recinto de la luz, a quien ya la había usado antes.

Un viajero del tiempo, un viajero de las sombras, defenestrado de la gran luminiscencia por no merecerla.

Alexander Mortimer exiliado del paraíso.

Jhon Patterson seguía meciéndose en su silla, lleno de temores. Era hora de alistarse. Alfer, Samira y Abubakar lo estarían esperando. Nuevo Judas ¿debía entregarlos?

CAPÍTULO XXXIII

Jeremiah Cadwell, era el hombre asignado para la vigilancia. Reportaba directamente a Alexander Hillarius Mortimer.

Era un ex agente de la CIA que había sido despedido por corrupción. La vida lo volvió un mercenario y alquilaba sus habilidades a quien las pudiera pagar.

Hoy estaba al servicio del Círculo de Thot y específicamente al de su líder máximo.

Era experto en el manejo de teleobjetivos, fotografía encubierta, comunicaciones y, por supuesto, manejo de armas de corto y largo alcance.

Esa mañana se había infiltrado en la oficina de Patterson y había implantado un micrófono en la chaqueta del enorme profesor, mientras éste – animal de costumbres-iba al baño con el New York Times en la mano. Ese espacio de individualidad y descanso era conocido en toda la Facultad de Antropología de la que fue su profesor hasta hace poco. Cadwell, lo sabía también, así que dispuso de la holgura necesaria para completar su trabajo.

Esa noche lo siguió desde la salida de su casa en Orange Street cercana al Wilbur Cross High School, había girado en Willow Street para finalmente avanzar por Whitney Avenue y terminar en Temple Street y el hotel Omni New Haven.

Su auto era un Chrysler 300C del 2017. Rojo con tapicería blanca. Manejaba lento, respetando prolijamente las señales de tránsito. Llevaba en el vidrio posterior un escudo de Yale.

Por su envergadura descomunal el vehículo le quedaba corto y le resultaba dificultosa la entrada, al punto de arrepentirse por haberlo comprado.

Jeremiah, a prudente distancia lo veía y escuchaba todo, incluso las flatulencias frecuentes del doctor y la música, que al manejar, escuchaba: John Denver en un duo maravilloso con Plácido Domingo, Perhaps Love.

—¿John, ¿cómo estás? —escucho de la voz de Samira y también el beso en la mejilla que ella se acercó a plantar, seguramente en el rostro, del obeso académico.

—Buenas noches John, este es Abubakar Adom, el buen amigo egipcio de quien te he hablado y que sabe de antigüedades más que nadie.

—¿Cómo te ha ido Alfer? —dijo Patterson y luego saludo a Abu-. Mucho gusto Mr. Adom.

—Puede llamarme Abu, simplemente, así me dicen mis amigos, es más

corto y más fácil de recordar.

—Soy John, también a secas, Abu. ¡Bueno...! ¿Qué les apetece cenar?

—Tú eres quien conoce la restaurantería local, así que esperamos tu recomendación; pero esta vez yo invito –solicitó Alfer.

—Si les agrada como a mí, la comida de inspiración mexicana, podríamos ir a Geronimo en el downtown, sobre Crown Street –propuso el gordo.

—A mí me parece bien –asintió la Faruk y todos convinieron con gestos de aceptación.

Abu se sentó junto al chofer, Samira y Alfer se ubicaron en el asiento de atrás. No era un lugar muy distante, apenas unas 9 cuadras avanzando 7 por Temple Street, tanto que podrían haber caminado; no obstante, Patterson difícilmente lo hubiera logrado con su corpulencia y peso.

Tomaron una mesa de madera junto a la ventana.

Pidieron aperitivos, solo Abu, eligió su té de siempre, pues había dejado el alcohol hace poco y no quería recaer. Pronto 3 margaritas bien decorados y copiosos, adornaron la mesa.

Alfer Weise desde la cita inicial y pese a la camaradería lograda con John. Tenía sus reservas respecto a él. Le parecía demasiado bueno, demasiado amable y demasiado solícito para ser natural.

Esa noche sus dudas se despejarían por completo.

—¡Salud! ¡Por los buenos amigos! –propuso John.

—¡Por los buenos amigos! –dijeron todos, siguiendo el hilo al profesor, porque estaban decididos a llegar al fondo de aquello y determinar quiénes eran los lobos y cuál el precipicio al que querían hacerles caer.

Todos bromearon y comentaron cosas sin importancia. Alfer narró su experiencia con Samira y Abu, en el Yale University Art Gallery y en el Sculpture Garden. Habían bebido un yogur en Froyo y se habían relajado y disfrutado a satisfacción. Abu volvió a describir por enésima vez para Alfer y Samira, sus aventuras con los Tuareg, lo que mantuvo muy entretenido a John y éste, les narró que se había ido temprano a casa para cavilar un poco y contemplar el atardecer desde su mecedora. Reían, bromeaban; empero, repentinamente todo adquirió un tono diferente:

—¡Señores...! –pronuncio lentamente y con voz ceremoniosa Patterson-. ¡He tomado una decisión!

—¿Respecto a qué...? –se interesó Alfer.

—Ya lo van a saber. Quiero toda su atención porque lo que voy a decirles es muy serio y delicado. Ustedes se han ganado mi cariño y creo que se lo

merecen.

—¡Adelante John! —animó Samira colocando sus manos cruzadas sobre la mesa en la que aún la comida no se servía. Todos se pusieron atentos y en compás de espera.

—Primero: La Petra autem Sæculorum funciona. ¡Ustedes no han sabido usarla!

—¡Pero John...! —se entrometió el vienés.

—¡Déjenme hablar! ¡Por un momento solo quiero que me oigan, las preguntas vendrán luego y sé que habrá muchas!

—Adelante John —musitó Alfer avergonzado.

—Yo mismo he tenido la oportunidad de dar un salto con ella —afirmó Patterson mirándolos uno a uno.

Todos murmuraron.

—¡Silencio por favor o no continuaré!

—Perdón John —se disculpó Samira, es que eso es fantástico.

—Y lo será más, Samira. Yo, como muchos saben, soy un amante de la música así que he viajado a Viena, tu ciudad Alfer, y he compartido con Mozart, he conocido a Salieri y he asistido a las honras fúnebres de Wolfgang.

—¡Eso es imposible...! —acotó Alfer de forma visceral, aunque quería que sea cierto.

—¡Tú sabes que no lo es Alfer, tú lo sabes y hay algo en tu interior que te lo dice! Todos me tachan de viejo loco, creen que he perdido la chaveta, que cuanto digo es fruto de un delirio; pero esto no lo es y me consta —continuó el narrador con voz grave y con seriedad total. Sus ojos verdes antes opacos, brillaban como hace años no podían.

—¿Entonces que hemos hecho mal, que debemos hacer para dar el salto en el tiempo? —inquirió ávido Alfer, atragantándose con las palabras y sin dar crédito todavía a sus oídos.

—La oración de Thot, debe ser dicha. Se ha de escoger tiempo y lugar; mas...no cualquiera puede viajar. Tiene que ser el tenedor legítimo de la Philosophi Lapis, pues esta es la verdadera Piedra Filosofal, la que puede transmutar las esencias y convertir las almas al conocimiento.

—¡Es verdad! ¡Cuando yo quise viajar aún desconocía el conjuro! ¡Luego cuando Samira intentó hacerlo, la Piedra había sido robada por von Schellenberg! ¡Después, la conservamos como un objeto antiguo y valioso, no como un vehículo capaz de llevarnos contra las manecillas del reloj...!

—Cuando se hace mal uso de la Lapis, ella te pasa factura. Te deja

estancado en la historia y te devuelve cuando ella lo quiere, al punto de partida Es el espíritu del propio Thot el que mueve y acciona el mecanismo para doblar el continuo espacio-tiempo. La Petra es cruel e inexorable contra quien contraría su razón de ser.

El grupo escuchaba boquiabierto y ni en la pausa de John para tragar saliva, por la boca ya reseca de tanto hablar, nadie se atrevió a decir nada.

—Soy parte de una logia, una fraternidad. Somos 7 miembros de número y voto; sin embargo, nuestro líder, al igual que la mayoría de los compañeros, mal utilizaron el poder de esta llave del tiempo. Somos el Círculo de Thot y somos los lobos de la misiva. Necesitábamos que voluntariamente, tu Alfer, nos entregues la reliquia temporal y yo era quien había recibido la orden de convencerlos para que así suceda. La orden vino de nuestro supremo guía, Alexander Hillarius Mortimer. Este hombre es un asesino y tengo las pruebas, lo vi matar ante mis ojos a un hombre y su cuerpo en partes está enterrado al pie de Wilbour Cross Parkway, junto al Heroes Tunnel...

—¿El dueño de aceros Mortimer? —interrumpió Alfer quien había escuchado varias veces hablar de él y lo había visto, en alguna ocasión, en televisión.

—¡Sí, Alfer! —asintió Patterson-. ¡El mismo!

—¡Por las barbas del profeta! —exclamó Abu, mientras Samira se tapaba la boca inmensamente abierta.

Cadwell no se había perdido ni un solo detalle de la conversación y creyó que era tiempo de hacérselo saber a su jefe. El gordo había soltado la lengua.

En el interior de Gerónimo el grupo ajeno a que eran monitoreados, seguía en el trascendente tema.

El doctor John Patterson, demasiado tarde se dio cuenta que había hablado demasiado y prefirió cambiar de tema, todos los presentes comprendieron, primero su mutis y luego el giro repentino, no haciendo más preguntas al respecto.

—Jesús, ya lo he dicho en mis escritos y declaraciones de prensa — continuó en otra línea el obeso doctor-, era un viajero del tiempo, un iluminado que decidió viajar al pasado a enseñar la doctrina del amor, la paz y la renunciación, por eso, el Círculo tiene uno de los evangelios apócrifos que así lo prueba. Se quedó tres años en galilea y la Piedra Filosofal, lo despertó de entre los muertos, operó en él la transfiguración y lo elevo y lo traje a su tiempo delante de sus apóstoles.

Repentinamente un punto rojo se dibujó en la frente de John Patterson. Un

estampido se escuchó distante. Un pedazo de plomo rompió el aire. El gordo profesor que en su hora había dado gloria a Yale cayó de espaldas y su sangre salpicó las mesas vecinas. Su cabeza estalló como un melón maduro.

El rifle de alto poder humeó a varios metros de distancia.

Cadwell había cumplido los dictámenes de Mortimer.

Una vela se apagaría en el candelero del Círculo de Thot.

CAPÍTULO XXXIV

Gordo maldito, ¿cómo pudo traicionarnos! —escupió Mortimer amoratado por la ira-. En algún momento lo consideré mi hermano. Era el único miembro de la hermandad en quién yo confiaba ciegamente. ¡Yo lo nominé para ser parte de nuestro selecto grupo, yo lo hice importante! ¡Él era un don nadie, un teorizante del absurdo, un perdedor! ¡Inmunda rata! ¡Te buscaría en el tiempo para hacerte morir 10 veces más y cada una con dolor, con agonía!

—¡Pero ya está muerto señor, no será más un problema! —replicó Cadwell con el teléfono algo distante de su oído para que los gritos de su jefe no lo lastimen.

— ¿Cómo que no será un problema, imbécil? ¡He escuchado toda la grabación que hiciste y enviaste! ¡Estoy embarrado hasta el cuello con las declaraciones de Patterson y hay tres testigos que pueden dar fe de eso! ¿No te das cuenta que una fraternidad tan antigua como la nuestra puede desmoronarse de la noche a la mañana?

—¿Y qué debo hacer señor?

—Primero convocar al Círculo de Thot en pleno. Diles que los espero en una hora en la sede. Anuncia código rojo. En cuanto al hijo de puta de Wise y su gavilla, esta misma noche debes eliminarlos. Mantenme informado, al minuto, de todo lo que averigües.

Las sirenas no dejaban de sonar inundando el espacio con su trágico ulular. Los reporteros, invariablemente presentes en este tipo de tragedias, disparaban sus cámaras a diestra y siniestra e intentaban recabar declaraciones de alguno de los involucrados.

Una cinta amarilla cerraba Gerónimo.

En la ambulancia Samira recibía primeros auxilios. Se había desmayado por la impresión de ver al profesor Paterson morir a escasos centímetros. Pensó que si el francotirador hubiese fallado en su tiro pudiera haberla matado a ella; pero ese tipo de profesionales no falla, menos ante un blanco casi inmóvil y enorme como lo era Jhon Patersson.

Un teniente tomaba declaraciones a un teniente que sonreía con sorna al escuchar que quién había ordenado el crimen era sin lugar a dudas era Alexander Hillarius Mortimer, el hombre más rico y prominente de New Haven, el benefactor local, el filántropo, el pionero de las causas sociales.

La sorna del oficial se transformó en carcajada al escuchar que el presunto criminal era líder de una secta secreta llamada el Círculo de Thot.

—Mire Mr. Wise ¿...verdad? —dijo con voz cansada el policía, después de una larga jornada de trabajo, que ya quería terminar.

—Si, Alfer Wise.

—Pues bien Mr. Wise. Quiero recordarle: Primero, que la persona a quien ustedes se refieren como su informante, ahora está muerta, por tanto, no puede corroborar nada. Segundo, qué John Patterson era un hombre que ya no se encontraba en sus cabales. Si bien, en su momento, fue un estudioso, un académico reconocido, un hombre público, respetado y estimado por la comunidad, tanto libro le llevó a extraviar su mente. Piense: Jesús, un viajero del tiempo, al igual que el arcángel San Gabriel, el ángel Moroni o el ángel de la revelación a María. Ja, ja,ja —carcajeó—. Mil disculpas, sé que eran sus amigos; pero este señor en la funda de plástico, era un orate, un demente, un alucinado o en su defecto un drogadicto contumaz que en los efectos de su vuelo, imaginaba cada historia; pero por su edad y su trayectoria, me decanto por la locura, quizás demencia senil.

—Me parece que usted oficial está siendo totalmente irrespetuoso con un catedrático reconocido y un buen hombre —defendió Wise—. Le pido, que, aunque su trabajo esté relacionado con la muerte día a día y de tanto verla se le haya vuelto común y hasta graciosa, que tenga un ápice de reverencia y consideración a un ser humano, sea quien haya sido.

—Discúlpeme Mr. Wise no quería ofenderlo —replicó el policía agachando por un segundo la cabeza.

—Oficial, sé que suena muy extraño e increíble; sin embargo, debería poner cuanto le hemos dicho en su reporte para que se inicien las investigaciones del caso —subrayó Adom.

—¿Y usted quien es...?

—Abubakar Adom, ciudadano egipcio y amigo reciente del doctor Patterson, teniente...

—Teniente Morris, Frank Morris.

—Mire oficial Morris, si lo que nos confió John Patterson es cierto, nosotros tres estamos en muy serio peligro.

—Si esa cofradía secreta de la que se habla en la Deep Web y en los corredores de Yale, es verdadera, estamos ante una organización muy poderosa y capaz de todo. Lo ocurrido a John, es un ejemplo —analizó el profesor austríaco.

En esos momentos Samira se incorporaba retirándose la máscara de oxígeno que le habían colocado. Lenta y dificultosamente salió de la

ambulancia. Alfer extendió su mano para que descendiera. Ella estaba mareada aún y la muerte de Patterson se le repetía en su interior casi en cámara lenta. En su mente podía ver la bala viajando a velocidades extraordinarias e ingresando en la cabeza de su rechoncho amigo haciéndola literalmente explotar.

Las gotas de sangre, según las recordaba, flotaron un instante antes de caer por todas partes y entonces, ese cuerpo, grande, pesado, se desplomó de manera grotesca. Samira había podido ver su cara en el instante final y podía jurar que aquello era algo que esperaba, un hecho ya escrito, sabido de antemano. El verde añejo de aquellos ojos, fue luego de la mirada postrera, un par de canicas de vidrio inmóviles, yertas, mudas. Apenas arena de sílice y caliza.

—¿Su nombre señora? —soltó el agente, mirando a Samira que se había abrazado fuertemente de Alfer, para evitar que su cuerpo tiritara.

—Soy Samira Faruk y estuve también compartiendo la mesa con John Patterson, oficial.

—¿Usted también escuchó decir que el señor Mortimer estaba involucrado en crímenes y que éste sería también su obra?

—Así es John Patterson, como lo conocimos era una persona completamente lúcida. Si bien sus teorías podían sonar estrambóticas, lo que nos confesó en la cena sonaba totalmente honesto y yo creo al pie de la letra, cada una de sus palabras.

—Incluyendo que Jesús viajaba en el túnel del tiempo —sonrió el policía vestido de civil, al que solo identificaba una placa en su cinturón y la pistola de sobaquera que se veía cada vez que agitaba sus manos al hablar.

—¡No es un chiste oficial! —insistió Alfer, Mientras Abu se rascaba la cabeza en señal de inconformidad ante el comportamiento del miembro del cuerpo policial.

—Usted va a perdonarme señor Weise; pero cada vez que recuerdo las idioteces que el fallecido decía en revistas, en diarios y en televisión, no puedo menos que esbozar una sonrisa. Sé que no es correcto, les doy la razón en que un muerto merece respeto; sin embargo, pónganse en mi lugar. Yo he vivido en New Haven toda la vida y conocí a Patterson desde que yo era un pequeño, mis padres residían a unas cuantas casas de su domicilio anterior, antes de que compre la casa cerca del colegio así que yo lo saludaba y él lo hacía también. Se ganó mi consideración, todos comentaban que era un tipo muy ilustrado: De pronto, la locura, viajes en el tiempo, ja, ja, ja —volvió a su

indignante risotada y se tapó la boca; empero no podía parar de reír.

—Está bien oficial, queremos que una vez que finalice la toma de indicios o en el momento adecuado, nos lleven a la delegación de policía, donde después de hacer una queja formal de su comportamiento, pediremos otro policía para que recepte nuestros testimonios —sentenció Alfer Weise.

—¡Bien dicho! —agregó Samira y Abú guiñó un ojo aprobando la moción.

A unos pocos pasos y más allá de la línea amarilla Cadwell hablaba otra vez por teléfono con el supremo del Círculo.

Hablaba bajo, para que nadie más pudiera escucharle. Con su mano hecha un cuenco tapaba la parte del micrófono del celular y parte de su boca, como si alguien fuera a leerle los labios.

—Están con la policía todavía, señor. Resulta imposible acercarse a ellos. Supongo que luego irán al precinto para las declaraciones formales.

—¿Asno insulso, ¿cuándo entonces vas a deshacerte de ellos?

—Cuándo salgan de la delegación.

—¡Hijo de una grandísima puta! ¿Cómo mierda te hago entender que ellos no deberían tener chance de rendir su testimonio? ¿O es que yo mismo debo ir hacia allá y meterles un tiro en la boca a cada uno incluyéndote a ti, malnacido?

—¡No señor yo lo solucionaré de inmediato!

—¡Más te vale infeliz, más te vale...! Yo salgo en este momento para la logia de Thot. Infórmame cuando hayas resuelto todo.

Frank Morris, embarcó a los dos hombres y la mujer en una patrulla que conduciría un uniformado. Prefirió ir en su auto y por su cuenta, para que el enojo provocado por su risa fuera de lugar hubiera pasado.

La patrulla iba ya camino de la jefatura policial.

Morris encendió su auto e iba a seguir al patrullero; pero uno de sus hombres lo detuvo cuando ya giraba los neumáticos para hacer ángulo de salida sin rozar los conos de protección colocados en la calle.

—¡Teniente, un momento!

—Dime, Walters.

—Al revisar el cuerpo del occiso hemos encontrado un micrófono de alta fidelidad y tecnología. Podríamos rastrear la señal del otro dispositivo con el que está conectado.

—Hágalo de inmediato Walters.

—En la furgoneta gris traemos los medios.

—Vamos que lo acompaño y salgamos de dudas.

Pronto en una pantalla rastrearon el artilugio. Se movía, iba justo detrás del patrullero 23, en el que los tres testigos se trasladaban a rendir su declaración.

—¡Por la sangre de Cristo! –gritó Morris-. ¡Van a matar a esos pobres desgraciados!

En el patrullero Alfer, Samira y Abu, consternados revivían la cena y sus consecuencias fatales.

El policía que conducía iba aletargado sorbiendo café en un vaso de cartón amarronado.

—¡Unidad 23, me copia! –emitió Morris.

—¡10-2 Fénix! –recibía fuerte la patrulla.

—¡10-21 unidad 23! –Morris pidiendo que lo llamen por teléfono-. ¡10-34! –hay problemas.

—¡10-4 Fénix! –entendido, despidió la patrulla.

El uniformado presionaba un número en el discado directo de su celular para comunicarse con Fénix, su jefe.

No lo pudo hacer.

Un jeep Cherokee verde, los había embestido con toda su fuerza.

El patrullero golpeó con la vereda, dos de sus neumáticos explotaron y dio una vuelta de campana completa para quedar con las llantas hacia arriba y girando todavía. El uniformado sangraba; pero tuvo los reflejos para tomar de su cinto el arma de dotación, soltarse el cinturón de seguridad e intentar salir.

Tres balazos frenaron sus intentos.

Cadwell se iba acercando a la patrulla y asestó un tiro más que lastimó el hombro de Abubakar Adom. Se disponía a rematar a los ocupantes que estaban o desmayados o muertos, empapados en un charco de sangre.

—¡Tire el arma, policía! –escuchó la advertencia en la voz de Morris que había descendido de un Malibú moderno.

—¡Vete a la mierda! –dijo Cadwell girando con celeridad y disparando.

Morris hizo lo propio y vació la carga de su Glock 37.

Jeremiah Cadwell, cayó como un fardo, todavía respiraba, pero no se iría solo. Llamó al policía con un leve movimiento de su mano y le susurró a Morris una dirección al oído. De inmediato la sangre comenzó a manar por su boca, convulsionó un segundo y expiró.

Otra vez la ambulancia en la que en esa noche había estado dos veces.

Samira Faruk tenía golpes en la cabeza, raspones en el rostro y una lesión en el brazo; no obstante, estaba eufórica y quería dejar la camilla para estar

con su amado.

Afer Weise, debió recibir una tomografía para descartar daño severo en su cráneo. Se le fisuró la clavícula y tenía un gran corte en el brazo que debieron suturar, haciéndole 20 puntos.

Abubakar Adom era el menos afectado. La bala en su hombro lo había rozado apenas. Con pequeñas curaciones estaba presto a cuidar esa noche en el hospital, a sus amigos.

En su Malibú color plata, Morris iría en busca de una dirección, llevaba también en su bolsillo el celular de Cadwell que contenía información determinante. Tres patrullas más lo acompañarían.

La noche era joven y el teniente Frank Morris -que pensaba que esa sería una noche más de las tantas de aburrimiento en New Haven, esa pequeña ciudad universitaria-, debía continuar en su brega. Parecía que los imposibles a veces, solamente a veces, tenían posibilidades de ser ciertos.

CAPÍTULO XXXV

No hubo oraciones aquella noche en el Círculo de Thot, ni invocaciones místicas, ni se había invertido el reloj de arena.

Ese encuentro apresurado y emergente solo podía significar una cosa que los cófrades, al menos, intuían.

Cada uno salió de su casa pensando que aquella llamada que nadie quería recibir, había sido un equívoco, como ya ocurriera en otro momento de la historia del Círculo de Thot.

Era el instante de entregar a las esposas, a los compañeros, a los hijos, la titularidad de los derechos de sus bienes y revelar cualquier propiedad o monto que hubiese permanecido guardado.

Marcharían con esa serenidad trágica, que ata a lo incognoscible.

Se encomendarían a sus dioses, mandarían a preparar sus tumbas, a alistar sus trajes mortuorios, sus galas fúnebres, sus pompas finales.

Querrían huir, no presentarse, escabullirse por un resquicio, por un agujero, por una hendidura y esperar.

¡Era imposible!

Había un contrato previo y hombres que ganarían una gran suma, por eliminar a quien rompiera el código.

La familia también sería parte de esa venganza, ya sin vengadores.

Como si de ultratumba regresaran los muertos y así inertes, cobrar cuentas a través de los llamados secretarios del código rojo o como bien pudo haberseles nominado sicarios de las horas finales.

Cuando se ponía un pie en el Círculo, se sellaba con sangre un compromiso de vida y de muerte.

Sendos mensajes telefónicos, escuetos, escalofriantes, inmovilizadores, fríos como la escarcha e inexorables como el destino.

—¡Código rojo, 60 minutos! -decía.

No hacía falta más.

Ni nadie pedía adiciones.

Cada sacerdote de la logia, cada hermano en la sangre, cada hijo de Thot, cada dueño de una silla en la mesa de los 7, había sido citado.

La regla decía: si alguien se encuentra fuera de New Haven, epicentro de la sabiduría, capital del antiguo conocimiento debe, por medios electrónicos, estar presente en el cónclave y acatar la resolución del Supremo, en cualquier lugar del mundo y a cualquier coste.

Por eso nadie viajaba sin la pequeña cajita metálica que contenía el pasaporte definitivo, la solución extrema, el vehículo para el sacrificio final. Tenía un sello que ninguno querría quebrar.

Pero ese no era el caso.

Todos los miembros, permanecían en su ciudad obligatoria de residencia, pues allí debía morar un hermano en el culto de la Piedra Filosofal.

Un cónclave en pleno en el que solo el infidente Patterson faltaría. El delator, el execrable y deshonorado ex miembro de la hermandad, que debió ser sacrificado en medio de la ignominia, había vaciado su silla.

In artículo mortis, cada cófrade, se rinde a los designios de Thot.

Se entrega al poder de Hermes, el Tres Veces Grande.

Al señalamiento de Mercurio, Triple Máximo.

Se ofrenda a la Philosophis Lapis.

Cumple los 7 principios herméticos: El mentalismo; la correspondencia; causa y efecto la vibración; la polaridad; el ritmo y el principio de generación.

Iban llegando, callados, meditabundos, no era tiempo de júbilo ni algarabía. Cada quien con un bagaje diferente a la espalda. Cada uno con las palabras que ya no pudo decir, las oraciones que no pudo pronunciar y los minutos que no pudo vivir. Viajeros del Gran Salto, fueron más allá de lo que permite la razón o la inteligencia.

Señores de dos mundos, caballeros de las puertas del tiempo. Llegaba el momento de la unción postrera, del cruce de la laguna Estigia, pagando la moneda a Caronte para enfrentarse al Cancerbero, custodio de los reinos de Hades. Únicamente 6 cófrades se sentaron en la mesa redonda, rompiendo el número tradicional y místico de 7. Siempre y eternamente 7.

No había togas ni capuchas, un código rojo no admitía ceremonias ni postergaciones. En más de 100 años ese código no se había usado y la última vez había sido una falsa alarma la que convocó a los miembros de ese entonces que respiraron aliviados. Hoy no había lugar para el error. Pedazo a pedazo la catedral del círculo se desmoronaba.

—Estamos en serio e inminente peligro de extinción —anunció convencido Alexander Mortimer-. ¡Hay que tomar las medidas, para que más allá de nosotros, continuemos!

Su cara se había transformado. Ya no era el líder impositivo, duro, de otrora. Su voz se oía entrecortada. Muy seguido tragaba saliva y su nuez de adán subía y bajaba exageradamente. Estaba lívido. Su rostro asemejaba el de un lívido vampiro de las cintas clásicas.

Abrió su puño y en él había 6 cápsulas.

—Hermanos en Thot, he remitido 7 correos para quienes van a reemplazarnos. En un archivo anexo he detallado todas las instrucciones, cuentas bancarias, claves, propiedades, fideicomisos, ritos y ceremonias. Todo está allí, para perennizarnos, para continuar más allá de nombres u hombres. Hay un nuevo líder que asumirá los retos del futuro.

Yo he formateado el disco duro de mi computadora para que no quede rastro y he destruido el móvil desde el cuál envié la información electrónica. Son archivos codificados; pero los hijos de Thot del mañana saben cómo proceder para deshacer el encriptado de esas páginas. He visto en las noticias que nuestra última tabla de salvación ha fracasado y ha muerto en el intento. Hoy, hermanos, todo está perdido. No creo que la cárcel sea un destino para ninguno de nosotros, así que les ofrezco la inmolación. ¡Ser mártires de nuestra causa!

Mortimer se puso de pie y comenzó a dar la vuelta a la gran mesa entregando una cápsula a cada uno, en medio de un murmullo en el que no se podía distinguir una voz específica.

—¿Cianuro? —se atrevió alguien a levantar la voz y ser escuchado.

—¡Así es, cianuro! —certificó el líder.

Nadie cuestionó, nadie dijo una palabra más. Un código rojo significaba despedirse de la familia y estar dispuesto a cumplir el código de honor de la fraternidad.

—¡Salve Thot! —dijo el sumo sacerdote, poniéndose la cápsula en la boca.

—¡Salve Thot! —respondieron otras 5 voces, haciendo lo mismo.

Luego, luces policiales ante las puertas del Círculo. Morris llegó sin problemas y junto con sus hombres, a la dirección que Cadwell moribundo le había proporcionado. Con explosivo plástico hicieron volar la puerta de seguridad. Entraron con sus armas rastrilladas y encontraron un gran salón dividido en dos secciones, una la del gran reloj de arena y otra la de la mesa circular al pie de la que yacían 5 cuerpos con espuma en la boca y los ojos exorbitados.

—Hay 7 sillas —analizó el teniente-. Si tenemos 5 muertos y Patterson era uno más de ellos, nos falta alguien. De lo dicho por los testigos de la muerte del profesor en el restaurante, ese debe ser Alexander Mortimer.

—¿Qué ocurre? —preguntó uno de los uniformados al ver a su teniente pensativo y concentrado.

—¡Por los mil demonios! —exclamó el oficial a cargo-. El hospital general

de New Haven.

CAPÍTULO XXXVI

Abu, con el hombro vendado velaba por sus amigos. Ya se había puesto de pie y se negaba a permanecer en una cama. Lo suyo fue casi un roce sin trascendencia. Lo más doloroso fue perder la chaqueta del traje de lino por el que tanto había pagado. Se imaginó como un gato que ya llevaba algunas vidas perdidas. ¿Cuántas le quedaban? No lo sabía; pero esperaba que muchas, pues él había decidido morir pasados los 100 años, ahora más que otras veces, porque ya tenía en Usaim a un heredero.

Precisamente, había dialogado con él hace unos instantes y le contó lo sucedido en el restaurante. El muchacho de los lentes de culo de botella, quedó azorado con la narración y ante la certificación de que los involucrados en esta historia eran los del Círculo de Thot, la sociedad secreta que decía sostener la vigencia del saber hermético y la realidad de la existencia de la Piedra Filosofal.

Usaim estaba claro en algo: aquellas sectas, no dejaban cabos sueltos y ellos lo eran. Al recibir información clasificada y secreta de un miembro de la fraternidad, su vida se constituía en un estorbo innecesario, pues por poco que supieran, sabían demasiado a los ojos de los de Thot.

—Tío, debe cuidarse y cuidar de sus amigos —dijo Usaim, sugiriendo lo obvio—. Yo no creo que estén salvo en el hospital, deberían irse ahora mismo de allí y dejar New Haven.

—Mi buen muchacho... ¿en verdad crees que saliendo de esta ciudad se acabarían los peligros? ¡Eres joven y por eso ingenuo! Este tipo de gente no conoce de fronteras cuando de venganza o ajuste de cuentas se trata; menos aún cuando uno de sus miembros cometió delación y nosotros hemos sido los receptores de ella. En lo que sí concuerdo contigo es que el hospital es el sitio menos seguro, de hecho, el primer lugar en el que van a buscarnos.

—Tío Abú, me parece que en esta ocasión no sabe con quienes se ha metido. Ellos han puesto presidentes, han generado atentados de falsa bandera, han cometido actos de terrorismo, han depuesto mandatarios, están vinculados con hombres prominentes de la CIA, el FBI y tienen eslabones en sus filas que pueden mover cualquiera de los hilos de la política y la economía.

—Ya escapamos una vez de von Schellenberg Usaim...

—Aquel tipo, de lo que me ha podido contar, era una mansa paloma, comparado con el poder que detenta esta sociedad secreta. Von Schellenber era un traficante de poca monta que se aupó con la caída de la mafia china,

casi un advenedizo, un aprendiz, si se quiere, en el mundo de la mafia.

—¡Estuvimos a punto de morir Uain! ¡La muerte es igual si te la produce un escorpión que una bomba atómica!

—Ni la bomba ni el alacrán lo buscarían por el mundo para matarlo, tío.

—En eso tienes razón.

—Tío intente salir de allí inmediatamente.

Alfer estaba un poco desorientado todavía, decía tener la vista borrosa. Llevaba una férula en su clavícula y le habían suministrado por vía intravenosa algunos sedantes para el dolor, ante sus quejas, por lo que pronto dormiría profundamente.

Samira no dejaba de hablar y buscaba en el egipcio un paño de lágrimas. Ella no podía creer que La Piedra, le hubiese provocado tanto dolor y tanta desgracia.

La Piedra de Sangre, decía ella y tenía razón, aunque su creador la hubiera diseñado para otros fines.

En la puerta de la habitación compartida había dos policías de civil que los custodiaban por orden de su teniente.

Abú en un sillón intentaba convencer a Samira que debían irse.

El televisor encendido y sin volumen, pasaba imágenes de los deshielos del ártico.

Como en las imágenes de la televisión, en la habitación todo era blanco, infinitamente blanco, el color de los sudarios, de las mortajas y algunos aseguran que el color de la muerte.

—Abu, como podríamos irnos si Alfer se encuentra dopado, él no podría caminar.

—Podríamos llevarlo en silla de ruedas Samira.

—Los guardias de la puerta no nos dejarían salir, recuerda que somos testigos de un crimen y tenemos información privilegiada de uno de los grupos más peligrosos del orbe.

—¡Precisamente, mujer! ¡Mira lo que acaba de pasarnos! ¡El hombre muerto a tiros, después de la colisión, es solo uno! ¡Vendrán muchos!

—Está bien Abu, me has convencido. ¿Pero... como nos iremos?

—Lo primero es conseguir la silla para Alfer, he visto al llegar a la habitación que junto a la estación de enfermería, hay varias.

—Diré que necesito caminar que sufro de calambres. No estamos detenidos, simplemente custodiados y los policías no pueden impedirnos el salir al pasillo.

—¿Bien y luego?

—Acomodaremos a nuestro profesor en su transporte...

—¿Y...?

—Tú comienzas a gritar Samira y te tiras al piso.

—¡No te entiendo Abu!

—Acabo de mirar la puerta y tiene dos aldabones exteriores, podríamos encerrar a los policías en la habitación y hasta que se liberen habríamos tomado el ascensor y bajado. Mientras tú gimes de dolor y te retuerces, yo les pido ayuda, ellos ingresan...

—¡Pero no podremos inmovilizarlos Abu, sería imposible que los tres saliéramos! ¡Reaccionarían de inmediato, es un plan irrealizable mi querido amigo! ¡Ni siquiera disponemos de un auto en el cual huir!

—¡Samira, se me acaba de ocurrir una idea!

—No parecida a la anterior, por favor...

—No, ¡está si va a funcionar! Traigo mi teléfono celular, el número de emergencia en Norteamérica es el 9.1.1. Llamaré y diré que hay una bomba en el Hospital General de New Haven. Con lo paranoicos que han mostrado ser, nos evacuarán de inmediato y en medio de la confusión... ¡ya veremos!

—¡Abu, quiera Dios que sea como dices!

Los dos amigos se miraron por un momento, tenían serias dudas, que prefirieron callar. Se tomaron de las manos para darse fuerza y cada uno, por separado y en silencio formuló una oración a sus respectivos dioses, a esos que solo en tiempo de tribulación, recordaban.

Alfer dormía, extraño totalmente a lo que ocurría. En su sueño, corría por una playa de arena dorada, con Samira a su lado. Tenía al frente un mar azul infinito, las gaviotas revoloteaban alrededor y sus pies descalzos tocaban la espuma de las olas que se desvanecían en la orilla.

—LLamá Abu.

—Lo estoy haciendo –replicó-. ¿Hola?

—9.1.1, a la orden. ¿Cuál es su emergencia?

—¡Señorita, acabo de colocar una poderosa bomba en el Hospital General de New Haven!

—¿Quién es usted? ¡Identifíquese!

Abu cortó la comunicación para demorar el rastreo de la llamada.

Con el marcado acento árabe de Abubakar Adom, con certeza se estarían remitiendo varios escuadrones anti bombos hacia el hospital.

—A veces es conveniente tener mi acento –dijo intentando sonreír, para

tranquilizar a Samira.

Un par de minutos después las alarmas del hospital se activaron y por los parlantes se anunciaba una alerta de explosivos.

Todo el mundo debía desalojar los pisos del nosocomio.

Los agentes encargados de la custodia buscaron sillas de ruedas para movilizar a quienes estaban a su cargo. Abu y Samira se negaron, diciendo que ellos estaban bien, que bastaba una para su compañero Alfer Wise. De inmediato trajeron lo requerido e intentaron conducir aquella silla. Samira fingiendo un ataque de histeria, comenzó a gritar.

—¡No dejaré que nadie toque a mi novio! ¡Sáquele esas puercas manos de encima! —vociferó La Gata retirando al policía de los manubrios—. ¡Yo misma lo haré!

—¡Está bien, no hay problema, llévelo usted! —replicó el agente, sin querer, en tales circunstancias iniciar una discusión en la que los hombres siempre perdían, sin importar su rango o posición. Pelear con una mujer histérica... ¿para qué?

El grupo caminaba por el pasillo con dirección al ascensor. La providencia otra vez se puso de manifiesto. Se abrieron las puertas de uno que iba medio lleno. Una mirada relámpago bastó para que Abu captara la idea. Samira se metió a la fuerza con Alfer, empujando a todos y Abu, casi sobre ellos, cupo también. Los guardias quisieron ingresar; pero les fue imposible. La puerta se cerró delante de ellos.

—Nos vemos en la planta baja —ofreció Samira, para despistar a los hombres armados.

Los policías decidieron bajar por las escaleras. Estaban en el piso 10. Corrieron presurosos y en su descenso uno de ellos trastabilló cayéndose. Debían encontrarlos o estarían en serios aprietos con sus superiores en especial con Morris, su teniente a cargo que les había pedido no quitarles los ojos de encima.

Samira presionó el botón.

Se quedaron en el piso 5.

Mientras todos intentaban bajar, ellos que sabían que la amenaza era falsa, se refugiarían en una de las habitaciones vacías para pensar con más calma el próximo paso.

Desde el otro extremo de New Haven alguien se aproximaba al hospital general. Llevaba en el asiento del copiloto una Walther PPK 7.65 Browning, la famosa .32ACP de 1929, esa codiciada y antigua arma con cache de madera y

cuerpo de acero bruñido. La acariciaba en cada semáforo, como si ella fuera a escapar de su control.

Las balas del arma tenían nombres y apellidos. Los de sus peores enemigos, aunque nunca los había visto.

En breve se presentaría ante ellos para matarlos.

Tres objetivos que eliminar.

En pocos minutos la deuda con el Círculo de Thot quedaría saldada.

CAPÍTULO XXXVII

Morris apretaba el acelerador, colocó con su mano izquierda sobre la parte superior de su vehículo, la luz de coctelera y activó la sirena.

Lo seguían sus patrulleros.

Las luces giratorias iban lanzando chorros azules y rojos en el camino. A su paso encandilaban a los viandantes.

Las sirenas parecían el aullido de un lobo nocturno herido.

Por la radio escucharon sobre la alarma de bomba en el hospital.

—¡Tras cuernos, palos! —dijo el teniente, golpeando con la palma de su diestra el volante del coche, en una alusión a la comedia de Moliere- ¡Solo eso nos faltaba, una puta bomba!

Al llegar había mucha gente amontonada al pie de la casa de salud.

De repente en el piso 5 se escuchó un sonido atronador y una llamarada rompió los cristales que daban a la calle.

Las personas huyeron despavoridas, ante el ruido y la lluvia de vidrio cortante.

Alexander Hillarius Mortimer cabeza cesante del Círculo de Thot y único superviviente de los antiguos 7, miraba hacia todas partes intentando detectar a los tres sentenciados.

Por las fotos que Cadwell le enviara, creía poder reconocerlos a todos; pero las fotos retrataban otro momento, trajeados, peinados, prolijos, Faruk, Adom y Wise eran unos; no obstante, heridos, golpeados, quizás con batas de hospital, podían no ser los mismos ante sus ojos.

En su confusión, detuvo a un par de mujeres que le parecieron semejantes a Samira, llamándolas por su nombre:

—¿Samira Faruk?

En ambos casos, recibió una mirada de desprecio por respuesta.

El profesor Wise y Abubakar Adom, ni siquiera registraban, en esa multitud, a alguien parecido.

Las llamaradas todavía chisporroteaban en los ventanales del 5to piso.

Los carros de bomberos que ya estaban allí, recibieron el contingente de otras nuevas unidades.

Las enormes mangueras comenzaron a disparar gigantescos chorros de agua desde las escaleras telescópicas.

La calle lucía mojada como cuando llueve en abril, a mediados de la primavera.

Un olor a tierra húmeda se percibía en el ambiente.

Los elementos primordiales encontrándose en esa noche terrible.

—¡Por Dios Abu...! ¿Pero qué hemos hecho? ¡Provocar una explosión en un hospital, en un edificio público, debe ser un delito federal! ¡Además hemos iniciado un incendio! ¡Nunca debí haberte apoyado en la idea de reventar el tanque de oxígeno! —parloteaba Samira, gesticulando con las manos y clavando su penetrante mirada en los ojos del egipcio.

—¡No teníamos otra salida! ¡La única forma de distraer la atención era ésta!

—¿De qué nos ha servido? ¡Estamos en medio de un edificio en llamas y no hemos conseguido nada!

—Confíemos en que los bomberos hagan su trabajo —razonó Abu, con tono calmado para tratar de aplacar a la libanesa—. Mientras tanto lo más seguro es buscar un escondrijo en cualquiera de los pisos inferiores. El fuego tiende siempre a subir.

—¿Y los policías? ¡Al no vernos en la calle, entraran a buscarnos!

—¡O pensarán que nos hemos ido! —complementó el tendero de El Cairo.

—¿Irnos? ¿Con Alfer adormecido en una silla de ruedas?

—Si así lo analizan los policías, van a venir a buscarnos; pero este hospital es enorme. SE requerirían decenas de hombres para peinarlo por todos sus rincones.

—¿Y el Círculo de Thot? —inquirió afilada como un cuchillo La Gata, sin dar tregua.

—Tratemos de resolver los problemas uno a uno.

—¡Abu, ahora somos criminales, fugitivos y el objetivo de una sociedad secreta!

—¡Alá misericordioso, todo lo puede! —susurró Adom, encomendándose a ese Dios en el que creía con cierto oportunismo.

—¡En este tremendo lío, ni Alá, ni Yahveh, ni Krishna, ni Buda unidos, podrían ayudarnos!

—¡Mujer de poca fe! —pronunció Abu, siendo él mismo un hombre de fe dudosa—. ¡Ya verás que pronto estaremos fuera de este dilema!

Alfer había despertado, totalmente confundido y mareado y se encontró en una especie de bodega en la que se guardaban sábanas, toallas y material de limpieza del hospital. A su lado Samira y Abubakar con rostros aterrados, respiraban aceleradamente. Casi se podía escuchar los latidos apresurados de sus corazones.

—¿Qué ha pasado...? —preguntó Weise con voz tenue.

Samira le contó a grandes rasgos la situación, dejándolo sin aliento.

Ya habían vivido situaciones de peligro; pero esta tenía complicaciones como ninguna y aun de salir bien librados, habían detonado una bombona de oxígeno por lo que serían juzgados como terroristas.

Mortimer continuaba abriéndose paso entre la gente, mirando los rostros de todos.

Hombre público como era, alguna gente lo saludaba a su paso. No era conveniente que lo viesan en ese lugar, menos aún la policía.

—Muchacho te doy 100 dólares por tu sudadera —propuso Alexander Hillarius a un transeúnte que portaba una remera deportiva con capucha

—Señor, me costó 20.

—Escuchaste bien 100 —acentuó el magnate de la metalurgia y extendió un flamante billete que extrajo de su cartera de bolsillo.

En instantes se lo había enfundado y podía evitar que cualquiera lo identificase.

Recorrió los puntos en los que había camillas y médicos, heridos y enfermos. Ni señal de los extranjeros que habían provocado tanto mal a su fraternidad.

Al pie del hospital todo era confusión, los curiosos, los policías, los bomberos que luchaban por contener las flamas que ya se habían tomado hasta el 7mo piso.

En medio de esa confusión en la que todos querían ayudar, Mortimer se coló dentro, de forma rauda y sin que nadie se percatase.

Sabía que el trío de su búsqueda se encontraría entre el primero y el cuarto piso, si todavía permanecían allí, sabiendo también que era poco probable que pudieran escapar heridos y maltrechos como debían estar.

Usando la lógica, se podía pensar que la planta baja sería el lugar menos factible en el que estuvieran, porque nadie se oculta en la entrada, en el lugar más accesible y en el que, usualmente, primero se busca.

El Supremo, se decidió a llegar hasta el segundo piso y fue abriendo una a una todas las estancias y habitaciones.

Nada, por ninguna parte.

El teniente Morris ya en el hospital coordinaba con sus hombres, después de haber recriminado enérgicamente a los dos policías que habían permitido que los tres extranjeros desaparecieran.

—¿Están seguros de que el hospital fue completamente evacuado? —

interrogó con rostro adusto y tono disgustado.

—Sí señor, nuestros hombres coordinaron con personal del hospital y con los bomberos. Aparentemente no queda nadie ahí.

—¡Yo opino lo contrario! ¡Creo que hay tres personas escondiéndose y uno más buscándolos! ¡El hombre a detener, antes que nada, es Alexander Hillarius Mortimer!

—¿El millonario? —preguntó uno de los agentes recién incorporado al lugar del siniestro y que desconocía de la incursión policial y allanamiento al Círculo de Thot.

—¡Así es y creo que la mayoría ya lo sabe! ¡Mortimer es muy peligroso y debe estar armado!

—¡Yo lo vi! —intervino un bombero que recogía una manguera y escuchó la arenga del oficial a sus hombres.

—¿Dónde? —inquirió Morris con sumo interés.

—¡Hace unos minutos, incluso lo saludé! Él, por supuesto, no respondió. Ya sabe cómo son esos ricos...

—Muchachos a cernir este hospital, piso por piso, cuarto por cuarto, espacio por espacio. A Mortimer lo conocen todos, los extranjeros son Alfer Wise, un suizo; Abubakar Adom, egipcio y Samira Faruk, libanesa. Estas que tengo en mis manos, son las fotos que acaba de hacerme llegar nuestra Delegación Policial y que he impreso para que los identifiquen plenamente.

—A su orden teniente —corearon e ingresaron de inmediato al corredor principal del Hospital General de New Haven.

Los bomberos habían solicitado el corte de la energía eléctrica en todo el edificio para evitar cortocircuitos. De repente la enorme mole de cemento y vidrio quedó en penumbras, alumbrada nada más por las luces de emergencia.

Mortimer, siempre con su Walther 7.65 sujeta con la diestra, había accedido al tercer piso.

Abajo y por el túnel de las escaleras, la policía se acercaba. El magnate, oyó el golpeteo de sus botas en tropel, aunque venían sin decir palabra. Siempre se había preciado de tener un oído muy aguzado.

Samira, Alfer y Abu, también escucharon movimientos.

Pensaron que venían a detenerlos por la explosión que había provocado el flagelo.

Decidieron salir.

Con la iluminación tenue y emergente, a causa del corte de energía, no pudieron notar una máquina de ritmo cardíaco caída, seguramente en medio

del alboroto del desalojo. La silla de ruedas tropezó con ella y Alfer cayó aparatosamente, profiriendo un grito enorme de dolor que se escuchó en medio de la quietud y se esparció por cada resquicio del tercer piso.

Alexander Mortimer corrió hacia el punto del que el grito había provenido.

Abubakar fue el primero en detectarlo.

—¡Alguién viene! —previno.

Quisieron ocultarse, pero Alfer todavía estaba en el piso y lo primero era ayudarlo.

El líder del Círculo Hermético, en un instante los tuvo frente a él.

—¡Así que son ustedes, hijos de puta!

El grito y el correteo de Mortimer también lo había escuchado la policía.

Todos coincidieron en el mismo punto.

El supremo los apuntaba con su vieja pistola alemana y la policía lo apuntaba a él con sus armas listas.

—Señor Mortimer, no sabemos que lo ha llevado a esta instancia; pero por favor arroje su arma —dijo uno de los uniformados.

Mortimer los miro a todos, tenía los ojos dislocados como los de un orate en un psiquiátrico.

Sonrió, perdido.

Se hizo un minuto de gélido silencio.

La Walther PPK vomitó una bocanada de fuego.

Decenas de balas de la policía le cosieron el cuerpo que pareció, por un segundo, un títere convulso en el aire.

Pero la 0.32ACP de Mortimer había cumplido, en parte, su cometido.

Samira Faruk que se hallaba delante de Alfer y Abubakar, hacía recibido una bala en el pecho.

Certero, limpio el pedazo de plomo le había traspasado el corazón.

Adom y Weise, desgarrados, gritaban como niños extraviados en una vorágine de dolor y desesperanza.

Un piso más abajo, Morris recibía el reporte.

No hubo cargos. Se atribuyó la explosión a un demente que la había anunciado por teléfono.

Nadie hizo más preguntas que las necesarias.

El incendio destruyó 3 pisos.

Samira Faruk, había soñado cuando niña una existencia llena de aventuras. La tuvo. hacia el final del camino; aunque a un muy alto precio.

La última flor que recibió fue una rosa de sangre que se le llevó los sueños.

Los planes que había elaborado con su amado Alfer Weise, quedaban truncos.

Allí tendida en la baldosa rígida del hospital, mantenía los ojos abiertos y vidriados, como queriendo ver la puerta que la llevaría al infinito.

CAPÍTULO XXXVIII

Habían sido meses terribles.

Alfer inconsolable, se había encerrado en su departamento, a meditar y escribir.

Nunca su vida sería la misma sin Samira Faruk.

Era extremadamente duro continuar en ese espacio, que tantas veces los había acogido para consumir su amor.

Las sábanas y toallas, en los primeros días de su ausencia, olían a ella.

En el baño, no se había atrevido a tocar su shampoo, sus lociones de cuerpo y su cepillo de dientes que abrazaba al propio, juntando sus cerdas en un simbólico y doloroso acto que la revivía, cada vez.

Un par de pantis olvidadas, se habían convertido en su pañuelo.

Abu estuvo con él, durante todo el trámite de expatriación del cuerpo.

Alguna vez, en broma, ella dijo que le gustaría ser enterrada en Viena, para que su espíritu disfrutara de los valeses y del espejo acerado del Danubio. Así se hizo. Del Líbano llegaron familiares que quisieron llevársela; pero al contemplar el dolor sentido y profundo de Alfer, respetaron el que ella reposase para siempre en Austria.

El dinero en las cuentas de la recordada y bella mujer, fueron donadas a una fundación que llevaría su nombre y que se dedicaría a la ayuda psicológica a sectores vulnerables en los países del tercer mundo. Samira así lo hubiera querido. Nunca lo dijo; pero Alfer no podría tocar ese dinero, pues consideraba ya demasiado generoso lo que había recibido de la Gata, como cariñosamente la llamó desde hace mucho.

Weise tenía todas las claves de acceso a sus bancos; pero prefirió consensuar con la familia Faruk y ellos estuvieron de acuerdo en preservar la memoria de la fallecida.

Abubakar Adom, después de quedarse casi un mes junto a su amigo y ayudarlo a tolerar el duelo, debió retornar a la Abu's Store en El Cairo, que bien había administrado su sobrino Usaim.

Hoy llegaría nuevamente a visitarlo. El viejo dromedario había prometido regresar cuanto antes y estaba cumpliendo su palabra.

Lo esperaba con regocijo, dentro de esa vaciedad a la que ya se estaba acostumbrando, pero que no dejaba de doler y encarnarse.

Cuando vendieron la rara moneda de 1794, con el importante monto recibido había decidido recorrer el mundo, después de tomar contacto con el

doctor John Patterson. Algunas noches revisaron los itinerarios de los cruceros que los llevaran por esos paraísos tropicales de playas tibias, mares turquesas y soles eternos.

Alfer, miraba su reloj de pulsera con frecuencia, queriendo que el tiempo vuela y Abu llegue. No había otro hombre que pudiera comprender lo que él sentía. El egipcio, quería muchísimo a Samira. Eso desarrolló una empatía mayúscula. Solo Abubakar Adom tenía la capacidad de ponerse en los zapatos de Alfer Weise.

Con dos horas de antelación el profesor de filosofía, estuvo en el aeropuerto. Se hicieron interminables. Cada minuto penaba para pasar por la manecilla de ese reloj perezoso que se negaba a caminar con agilidad.

Hubo un momento en que, adormilado por la espera, imaginó que Samira estaba a lado suyo y le tomaba de la mano. El anuncio del vuelo de Egyptair lo despertó sobresaltado.

Minutos más tarde el egipcio apareció al salir de los filtros aduaneros.

Iba cargado de regalos. Buen café, algunos dulces y los papiros que Alfer estimaba para decorar su oficina.

Lo abrazó fuerte y largo. Su sola presencia te traía la imagen de la mujer que no había dejado de amar.

Otra vez era el mismo Abu.

La barba le había crecido, tenía el cabello descuidado y vestía chilaba y un kafyyeh.

—¡Alfer Wilhelm Weise, ¡qué mal se te ve amigo!

—¡Igual a ti, viejo amigo!

Conversaron de todo.

Abu le contó que su sobrino, buscando el nombre de von Schellenberg, había descubierto que murió y su cuerpo fue encontrado junto a otros en las afueras de Ginebra. Al parecer se había desangrado por la herida. Él suponía, que los hombres que llegaban en su auxilio, le habían dejado que quede exangüe, para repartir el maletín con las riquezas que ellos no habían podido recoger. Seguramente aquellas joyas estarían divididas en varias manos y se venderían como simple oro y no por su valor histórico. Nada difícil sería, que el mismísimo huevo Fabergé, estuviera decorando una sala de estar o fuera un simple pisapapeles de aquellos delincuentes.

Abubakar casi había olvidado la Piedra Filosofal, que había permanecido guardada en el banco de Alfer.

Alfer la trajo a colación.

—Pensar que por La Petra, perdí a Samira, arriesgué mi vida y la tuya, me endeudé con un monto que no podía pagar. Tenerla se había convertido en una obsesión y ahora, la tengo abandonada en una casilla de seguridad, sin beneficio y quizás sin razón. He pensado en venderla Abu, deshacerme de ella.

—Recuerda Alfer que el doctor Patterson nos aseguró que funciona.

—Ya no me importa, Abu.

—¡Está bien, véndela...! ¡Pero pruébala una vez!

Alfer se quedó pensando un momento.

Miró fijamente a Abubakar Adom.

—Mañana iremos al banco —dijo con tono decidido.

—Si en efecto funciona y no se trata simplemente de los desvaríos de un hombre viejo y un poco loco, ¿a dónde irías Alfer?

—Posiblemente a China, en mis estudios de filosofía la figura de Confucio, me llamó mucho la atención.

—¡Buena elección! —concluyó Abu.

Muy temprano al día siguiente Alfer invitó a Abu al desayuno.

Les sirvieron semmeln relleno de naranja, café, muesli, embutidos, huevos duros, un zumo y alguna tarta.

Alfer parecía haberse arrepentido de volver a probar la piedra; pero Abu lo animó diciéndole que un investigador no podía dejar pasar la oportunidad de testimoniar y participar directamente, en un viaje en el tiempo.

Desde la cafetería avanzaron a pie hacia el banco a unas cuatro cuadras del lugar.

Weise recorrió la ruta más bien callado.

El dromedario monopolizó la conversación exaltando los valores de su futuro heredero Usaim Tarek y lo tranquilo que viajaba ahora, dejando la tienda en buenas manos.

Su compañero pareció no escuchar o no querer responder.

Llegaron al banco, recuperaron la Llave de los Tiempos y volvieron al departamento del profesor.

Esa noche practicarían el ceremonial.

Si todo era cierto, visitaría la antigua China imperial.

Pasaron las horas.

Alfer recitó los versos, la invocación.

Señaló en la Petra altem Sæculorum, el momento y el lugar.

Se acostó seguro de que nada pasaría.

La noche se fue rauda.

—¡Abú! -gritó a las seis de la mañana.

—¡Qué pasa Alfer! ¡Dormí tarde, por Alá! ¡Debiste dejarme descansar un poco! —respondió el egipcio, olvidando por un momento lo del posible salto. En seguida le vino a la mente lo que se habían propuesto en la noche anterior-.
¿No funcionó verdad?

Alfer abrió su mano y extendió a su amigo un pequeño objeto:

Un dragón rampante de jade, de apenas 3 centímetros de tamaño, con la boca abierta y con el pelaje de su cabeza que parecía volar empujado por el viento, cuerpo escamado y ojos feroces.

La prueba.

Ya no había dudas.

El salto que doblaba el espacio-tiempo se había producido.

La llave funcionaba.

EPÍLOGO

Alfer Weise pidió a Abubakar Adom que permaneciera en el dormitorio. Cuando su cuerpo comenzase a vibrar y desapareciera, tenía que destruir la piedra. Qué no quedase de ella sino polvo.

El profesor de filosofía no daría clases en la Universidad de Viena, otra vez.

Había hecho la transferencia de sus fondos a la cuenta de su buen amigo el egipcio.

Hoy, proferiría por segunda y última vez el conjuro:

La tablilla y la piedra de dos ejes móviles, estaban sincronizadas en ese sitio especial que había escogido. El momento también se había determinado con específica claridad.

Abrazo a Abu.

—Hasta siempre amigo de mi alma —le dijo lacónico.

—Hasta siempre, querido compañero de aventuras. ¡Qué Ala te proteja!

—Te extrañaré más allá del tiempo.

Se acostó.

Abú, mordía sus labios y apretaba sus dedos entrelazados.

Conciliar el sueño fue difícil para Alfer.

Tardó casi una hora.

Ya nadie dijo palabra.

De repente, el cuerpo de Alfer comenzó a brillar. Una luz dorada lo cubría.

Una vibración leve al principio se fue acelerando.

Había un zumbido intenso cada vez más agudo.

La vibración era tan intensa que parecía borrar la silueta del viajero.

Entonces: desapareció.

Volvería temprano, por la mañana si Abubakar Adom no destruía el instrumento que lo había hecho saltar, adelantándose a las aguas del tiempo.

En el patio trasero de Alfer Weise, el cumplido Abu, tomó una enorme maza de aquellas que se utilizan en albañilería.

Colocó las dos piezas de La Llave en el piso y de un solo golpe las hizo añicos.

Siguió golpeando, hasta que no quedaron sino pequeños guijarros.

Siguió golpeando hasta que todo se volvió polvo.

Nadie volvería a utilizar la Piedra Filosofal.

Alfer Weise ahora estaba en el Líbano, sabía de memoria las direcciones a

las que debía ir para encontrar a una joven Samira Faruk con 25 años menos. Le costaría trabajo conquistarla. No sería fácil para un hombre mayor seducir a una bella egresada de psicología; pero sabía que el amor es capaz de escapar de los torbellinos del tiempo.

DATOS DEL AUTOR

Alberto Vélez León, abogado, conferencista, motivador, investigador y escritor ecuatoriano. Autor de numerosas obras de coaching como El síndrome del gato lleno y en internet traducido a varios idiomas con su sistema Zelev Noel Training. De ficción como: La resurrección del lobo; El código de Ichán; Oro maldito: El tesoro de Atahualpa; Uriel de las sombras; Las 8 noches de Azariel y Viejas historias de robots. En la poesía y junto a Amira Trujillo, ha escrito un poemario llamado: Entre la lógica y la poesía, ilustrado con sus dibujos; además ha publicado una selección de su obra pictórica: Palabras y colores en mi paleta. Como académico e investigador se distingue por el libro: Breve visión diacrónica de la Filosofía.

Email: albertovelezleon@hotmail.com

Móvil: 593 982004333